

El vuelo de la alpisa



COLECCIÓN TAMASMA

© Portada e ilustración: María Hernández.

© De los textos, dibujos y fotos: Los propios autores.

Antóloga: Luisa Chico

Correcciones: José Luis Regojo y Rosa Galdona

ISBN: 978-84-127933-6-9

Depósito Legal: TF 325-2024

Edición: Fuerte Letra

Imprime: Sacauntos Cooperativa Gráfica

El vuelo de la alpista



INTRODUCCIÓN

¿Quién dijo que ser antóloga fuera fácil?

Cada vez que me embarco en una aventura de estas características, me arrepiento de ello al poco tiempo de haberla emprendido, pero... ¿Quién dijo miedo?

Cuando mis fuerzas flaquean, ante tantas horas de trabajo robadas al sueño, recuerdo el brillo en la mirada de los autores que me brindan sus textos en prosa o en verso para llevarlo a cabo cuando tienen el libro en sus manos, y sigo adelante con más ilusión, si cabe, que la que tuve en el momento en que el proyecto de libro pasó por mi cabeza.

Así comienza cada aventura. Con esfuerzo, tesón, paciencia y muchas tazas de café.

A lo largo del camino voy combinando los inevitables tropiezos con aquellos momentos en que alguno de los autores me hace llegar su aportación henchido de emoción. Y sigo avanzando.

En esta aventura que tienes entre tus manos hecha realidad, tengo que agradecer el inestimable trabajo que han realizado dos excelentes amigos, amantes de las letras y del trabajo colectivo, como el que más: Rosa Galdona y José Luis Regojo. Sin ellos habría sido imposible hacer realidad este sueño de Tamasma Cultural porque mis días, que son muy caprichosos, se han empeñado en tener 24 horas, como los de todo el mundo.

Quiero aquí agradecer también sus aportaciones a los 33 autores que han cedido sus poemas, artículos o relatos para llenar las páginas de esta publicación con la Cultura que se hace en las Islas Canarias, y que Tamasma Cultural quiere siempre hacer llegar al mundo a través de su revista.

Principalmente, a los que se embarcaron en los dos relatos encadenados que inician el libro y que titularon Arminda y Dolores.

Mención aparte habría que hacer al Excmo. Ayuntamiento de Candelaria, Tenerife, que siempre nos pone fácil esta publicación.

Gracias a todos los que lo han hecho posible y sigamos con atención... EL VUELO DE LA ALPISPA, que aunque aterrice para descansar un tiempo, retomará su vuelo más adelante.

LUISA CHICO

Directora de Tamasma Cultural

I PARTE

ARMINDA

RELATO ENCADENADO TERTULIA TAMASMA

La tarde se presentaba lluviosa y fría. Claro que aquello era lo normal, en La Laguna, en aquel día del mes de octubre de 1948. El invierno se aproximaba y las bufandas y los abrigos comenzaban a salir de los armarios a marchas forzadas.

Arminda avanzaba por el sendero empedrado que daba acceso al edificio de la Universidad arrebujándose en su abrigo de paño negro. Al subir los escalones que daban al portalón de entrada pasó junto a aquel muchacho que casi siempre estaba sentado allí y le sonreía azorado al verla pasar. Le gustaban sus ojos marrones, eran grandes y de mirada limpia. Aquel día se atrevió a darle las buenas tardes, corriendo a refugiarse bajo el porche de entrada de la llovizna que comenzaba a caer. Ni siquiera estaba segura de que él le hubiera contestado cuando entró apresurada en el recinto donde le esperaban las clases de aquel día, Literatura, una de sus asignaturas favoritas.

Eustaquio, que así se llamaba el joven que la miraba desde los escalones de la gran escalinata, se quedó observando cómo entraba atropelladamente en el recinto. Ensimismado, pensó a un tiempo que era preciosa, con aquella cara de virgen y aquellos ojos verdes enmarcados por ese cabello oscuro y brillante. Deseó acariciarle la melena... “¡Pero qué tonterías estoy pensando! Es una señorita fina que nada tiene que ver con mi mundo... Pues me gusta y nadie puede prohibirle a mis sentimientos que se ensueñen con una señorita de familia pudiente; ojalá hubiera podido estudiar para así estar un poco más cerca de ella”, pensó triste. Al mismo tiempo le vino a la memoria su amiga Matilde, su amiga de la infancia y su confidente. Ella era otra cosa.

Guapa sí, pero de distinta belleza, buena, trabajadora... más sus sentimientos no se disparataban al verla como con esta otra tan elegante y atractiva.

Al mismo tiempo, Arminda siguió pensando en aquel joven de ojos bonitos y mirada triste y limpia. Tenía que concentrarse en sus clases y dejarse de tanto soñar. ¡Soñar! ¿Y por qué no? Al momento se quitó la idea de la cabeza e imaginó lo bien que iba a estar entre sus compañeros de estudios pensando en lo que haría ese fin de semana. Hablaría con su amigo Leoncio, siempre tan ocurrente y novelero, para armar un plan divertido.

¿Y, cuál sería ese plan? Bueno, ya se le ocurriría algo a Leoncio, que es el que siempre iniciaba la aventura.

Al terminar las clases, lo primero que le vino a la mente fue que saldría del recinto por las mismas escaleras. En su fuero interno lo que más deseaba era volver a encontrar al misterioso muchacho de ojos tristes, pero no lo encontró a pesar de que, con gran discreción, lo buscó con su mirada por los alrededores del edificio. Por suerte, la llovizna había cesado y unos débiles rayos de sol, asomaban tímidamente entre las nubes de un avanzado atardecer que pronto se convertiría en noche. El aire se sentía menos frío, no obstante, se enroscó bien la bufanda y se marchó apresuradamente para llegar pronto a casa.

Octubre casi finalizaba y se acercaba la tradicional Noche de Difuntos o de los Finados del 31, víspera del Día de Todos los Santos.

Arminda y sus padres ya habían hecho planes conjuntos con los padres de Leoncio. Esa noche la pasarían en el casino. Allí se reunía toda la gente pudiente y bien acomodada. La celebración consistía en una cena típica de la fecha. Se comían pellas de gofio dulce, jareas asadas aderezadas con salsa de cilantro, papas negras arrugadas, frangollo dulce, y se bebía vino de la tierra. Luego se asomaban al balcón para ver a las parrandas de campesinos, que pasaban cantando y tocan-

do instrumentos en honor a los difuntos, mientras, su padre y el de Leoncio entraban a la sala de la ruleta a jugar, una sala restringida a las mujeres. Más tarde salían a la calle de la Carrera, a los puestos callejeros de castañas y ron miel, y la noche se iba animando según los grados de alcohol se iban acumulando en la sangre. Arrastrados por el bullicio callejero, llegaron hasta la Plaza del Adelantado, donde se levantaba un altar de ánimas y se encendían velas por todos los fallecidos de ese año. Y en el momento en que sus madres se acercaban al lugar de culto a encender las velas, Leoncio cogió del brazo a Arminda y la alejó del gentío, sabiendo que las dos estaban lo suficientemente entretenidas. Ella, sorprendida por la actitud de este, lo miró con enfado, no entendía tal gesto. Él le puso un dedo cerca de sus labios haciendo que ella callara. Los ojos esmeraldas de Arminda echaban chispas por semejante atrevimiento, aunque al mismo tiempo estaba intrigada por la aventura. Cuando Leoncio estuvo seguro de que nadie lo oía, le habló en voz baja.

—Arminda, me tienes que ayudar...

Ella frunció el ceño, no entendía a dónde quería llegar Leoncio con esa actitud de demente.

—Si me permites, te lo explico con pocas palabras. Quiero conocer a tu profesora francesa de clase de pintura, *mademoiselle* Isabelle. Estoy muy interesado en tomar también clases con ella.

Arminda contuvo la risa, *mademoiselle* Isabelle era una mujer culta, muy atractiva y viuda, con costumbres diferentes a las que tenían en la isla. Poco había tardado Leoncio en intentar tener un encuentro con la sofisticada francesa.

—¡Estás loco! Si sales con ella, mis padres no dejarán que vuelva a darme clase. Ya me costó convencerlos para que me enseñara a pintar, es una pintora fantástica. No querían que tuviera una profesora francesa, y menos con las cosas que dicen de ella, tiene fama de libertina—. Arminda abrió los ojos de par en par y se tapó la boca con una mano al oír sus propias palabras.

—Convence a tu madre, nos dará clase a los dos.

—No, no haré eso. Leoncio, somos amigos de siempre, pero eso no me lo puedes pedir.

—Pero...

—Sin peros, yo no puedo perder a *mademoiselle* Isabelle. Y no pienso tener contigo otra vez esta conversación, me voy a buscar a nuestras madres que estarán preocupadas.

Arminda se giró con fuerza y caminó otra vez hacia el centro de la plaza, donde estaban rezando un rosario por los difuntos. Avanzando en busca de su madre, oyó gritar “fuego fatuo” y sobresaltada aceleró el paso. La voz se oía cada vez más fuerte. Alguien seguía gritando “fuego fatuo hace unos minutos en el cementerio de San Juan Bautista”, y los que lo oían se hacían sobre su pecho la señal de la cruz asustados, intentando protegerse de todos los males.

Arminda, aterrorizada y alarmada, examinó su entorno con la mirada y encontró a su madre cerca del altar, y vio su rostro con la gran luminaria de las velas, deformado por las sombras que producía la brisa nocturna en las llamas. Un temblor recorrió su cuerpo, mientras sentía como la empujaban se recogió la falda del vestido y con grandes zancadas llegó junto a ellas.

—¡Arminda! —gritó su progenitora.

—Madre, la gente me arrastró hacia fuera de la plaza.

—Menos mal, hija, que has podido encontrarnos.

—Sí, madre —contestó, y la cogió del brazo.

Esa noche, cuando Arminda se encontraba ya descansando en su habitación, con los ojos abiertos clavados en la oscuridad del techo y el corazón golpeteando desbocado en su pecho, no pudo evitar recordar todos los hechos acaecidos. Pensó en las locuras de Leoncio, en las caras fantasmagóricas de las dos mujeres, junto al gran fuego de las lámparas de aceite encendidas, el grito desgarrado de un alma atormentada que chillaba “fuego fatuo”... Esa noche le hizo desaparecer a aquel chico de mirada triste y desconsolada de su memoria.

La casa donde vivía Arminda estaba situada al final de la calle de San Agustín. Blanca, de tejas y dos plantas, ventanas no muy grandes de madera, para proteger del viento y la lluvia. Ya dentro de la casa, lo que le daba personalidad y estilo era una escalera de tea con pasamanos tallados. Los suelos de la misma noble madera le imprimían un aire de cuento de hadas. La biblioteca y el despacho de don Procopio eran una gran estancia, donde tantas cosas importantes se concretarían. Al final del ala opuesta estaba lo que antes fue cuarto de costura y ahora era sala de pintura, de estudio y de música, aunque el piano grande seguía en el salón de gala.

Arminda había sido criada con todos los privilegios. Afuera, un sendero de hortensias marcaba la entrada. A la derecha de la casa existía una huerta cuyo cielo verde daba ya los frutos de otoño: castañas, membrillos, granadas y manzanas verdes y ácidas que, al morder, sonaban como un desgarró. Cerca de la salida de la cocina estaba el lavadero. Tenía una puerta de servicio y una cochera (don Procopio conducía). El ama de llaves, Obdulía, que llevaba en la casa desde muy joven, con mano firme organizaba y cumplía las órdenes que la madre de Arminda le daba. La señora Remedios siempre fue recta y generosa con ella.

En el fondo la miraba como a la hija que nunca tuvo y entre ambas existía una relación cómplice.

Obdulía ponía a Arminda al día de cuestiones que solo ella conocía bien por su posición de ama de llaves y Arminda le contaba lo que le impedía dormir, sabiendo que sus secretos quedarían bien guardados. Ese Día de Todos los Santos le confesó a Remedios lo que la inquietaba.

Estaba dividida entre la curiosidad que sentía por ese chico de ojos bonitos y mirada triste y limpia, que se encontraba con frecuencia sentado en los escalones de la Universidad, y la preocupación por otro chico, su amigo Leoncio, cuyo afán de conocer a su profesora de francés, *mademoiselle* Isabelle, podría arruinar los privilegios de libertad y modernidad que había conocido a través de ella.

Arminda soñaba con esos aires de libertad y modernidad de su profesora de pintura, tal vez por eso su rápida respuesta a Leoncio tachándola de libertina. Sabía que esa expresión a su amigo, impropia de ella, no encerraba, sino una profunda admiración, ella desearía dirigirse a ese chico que la tenía fascinada y tenía que reconocerlo. No podía quitárselo del pensamiento y eso la mortificaba y la hacía sufrir... y mucho, pero una señorita con su educación y su grado social no podía permitirse tal cosa.

Arminda había decidido hablar al muchacho de mirada triste, saludarle, al menos, romper ese hielo distante que los separaba y unía a la vez.

Pero esa tarde, no le vio, justo esa tarde, que se había envalentonado.

Eustaquio iba en dirección a Santa Cruz. Buscaría al estraperlista por las inmediaciones del mercado, le contaron que “el Encorvado” le conseguiría los lápices de colores que tanto ansiaba. Terminar sus dibujos era una necesidad imperiosa, un presente que quería dar a la muchacha que le aceleraba el corazón, con solo recordarla.

El tranvía le parecía demasiado lento. En la curva de Gracia sintió un escalofrío, en el mismo lugar que unos años antes ocurriese el atraco donde murieron dos hombres, uno de ellos estudiante, un acontecimiento del que aún se hablaba. La inseguridad camina paralela al hambre, los desconsuelos y la pobreza. Él no siente miedo de las veredas que transita, pocas cosas le producen desasosiego, pero el tranvía y sus ocupantes consiguen arrugarle por un instante.

Encontrar a “el Encorvado” fue relativamente fácil, y tal como le habían dicho, no solo consiguió los lápices, también un litro de aceite y dos latas de sardinas, volvería a casa desde luego más tranquilo y contento que como salió.

Iba satisfecho de su compra y de que le alcanzaran las pesetas que traía y aún tuviera para coger el tranvía de regreso. Ya la incertidumbre de la bajada había sido superada y se mostraba como un viajero tranquilo.

Quería llegar a su casa en el barrio de San Juan, en La Laguna, donde su madre lo estaría esperando impaciente, pues había salido temprano y ya pasaban muchas horas sin saber cómo le había ido por la capital en la busca de esas pinturas maravillosas de las que le había hablado con tanta ilusión.

Al llegar a su casa, doña Dionisia le abrió la puerta sonriendo, madre cariñosa. Él llegaba contento con su botella de aceite y sus latas de sardinas, un tesoro en ese tiempo para una casa humilde como la de ellos, ahora que empezaba a levantar un poco la economía. A pesar de que la guerra los había dejado en la pobreza total, con varios hijos pequeños que alimentar y tan poco trabajo para su padre, que solo conocía el campo y con poco terreno para cultivar, parecía que remontaban. Sin embargo, la pena de esa madre era no haber podido darles a sus hijos unos estudios que ella siempre ambicionó tener, como mujer lectora de todo libro que cayera en sus manos. Eustaquio, llegando a su habitación, saltó los lápices sobre la mesilla de noche, relajado, suspiró, acordándose de su chica, sin saber todavía ni cómo se llamaba. Se asomó a la ventana y nuevamente suspiró.

Emoción e incertidumbre por lo que podría depararle el futuro era lo que invadía su joven corazón. Los sentimientos no entendían de clases sociales, de creencias, de normas, prohibiciones o reglas. Empezaban a primar sus sensaciones, el rechazo a poner distancia entre las necesidades propias y las reglas de la sociedad. Preso de las emociones juveniles, se asomaba a aquella ventana, junto a un árbol viejo que parecía querer entrar por ella, y allí le expresaba sin palabras a su confidente más seguro, sus inquietudes e ilusiones. Era su sitio para soñar.

El primer amor empezaba a abrirse paso en el ambiente estudiantil, y a poner las ilusiones en primer lugar, frente a las acotaciones familiares y la lucha de clases, siempre presentes. Después vendrían los miedos. Aquellos lápices que había traí-

do podrían ser sus cómplices para dar el primer paso, pensó. Sabía que ella incluía el arte entre sus asignaturas. Si le gustaba pintar, en eso coincidían, aunque él nunca entrara a clase.

La había visto por primera vez cierto día en que tuvo que entregar una mercancía en la Facultad. Le había llamado la atención al pasar frente a la cafetería. Al otro lado del cristal, su risa, aunque apenas le llegara, le pareció resplandeciente y toda su figura se le grabó en la memoria. Ahora iba siempre que podía y deambulaba con un libro bajo el brazo esperando verla, o pasaba sus ratos libres en la escalinata de entrada por si llegaba o salía, pero eran demasiados días sin suerte. Empezaba diciembre. Los días de clase ya no serían muchos antes de las vacaciones navideñas.

Pasada una semana sin que lograra tropezarse con ella, ni siquiera verla a distancia, muy extrañado, decidió asaltar a Leoncio, a quien solía ver con frecuencia en su compañía. Le preguntó por su amiga educadamente, hablaron unos momentos y él le informó. Fue escueto, pero preciso. Eustaquio le dio las gracias y bajó a zancadas los escalones que le habían acompañado en la espera para atravesar la zona ajardinada como si le persiguiera un lobo.

En La Laguna, comenzaba a llover, el cielo se oscurecía a la misma velocidad con la que él se alejaba y como si le acompañara en su carrera, comenzó a anochecer.

Calle de San Agustín. Casa blanca, de tejas y dos plantas. Casi todas eran así, pero las hortensias le hicieron elegir aquella. Se paró en la acera de enfrente, medio cobijado bajo un alero, se dispuso a esperar, no sabía bien qué. En una ventana de finas cortinas bordadas en blanco se observaba una tenue luz.

Perdió la noción del tiempo, pero le pareció que llevaba allí un rato largo cuando se abrió la puerta principal y apareció Obdulía.

Cruzó la calle como una exhalación, y se plantó ante el ama de llaves.

—Bu... bu... buenas tardes —dijo, tartamudeando.

—Buenas son, a Dios, gracias. ¿Qué se le ofrece, joven?

—¿E... es... está la señorita Ar... ar...? —notó cómo el rubor le invadía el rostro. ¡Y aquel maldito gagueo!

—Arminda. Sí. Ella está, pero no creo que pueda atenderlo.

—Cla... claro, lo en... entiendo. —Una chica soltera no podía verse con un joven en su casa, salvo si había una carabina. Y casi siempre, ni así—. Verá, yo solo quiero entregarle unos dibu... dibujos. Puede usted dárselos, pero me gustaría hacerle una pregunta.

—Bueno, mi querido gago, creo que para eso sí que ella puede bajar. Si no le importa esperar aquí en el zaguán. Su nombre, por favor.

—Eus... Eus... Eustaqui... quio.

El ama de llaves entró en el pasillo con una rapidez que parecía que el diablo se la llevara. Subió hasta la habitación de Arminda. Esta ya sabía que alguien estaba esperando en el zaguán, pero no había conseguido verlo; por la voz, era un chico joven, pero eso era todo.

—Señorita Arminda, un gago pregunta por usted. Tiene unos dibujos y se llama Eustaquio.

—¿Eustaquio, dices? ¿Y además gago? Supongo que será un estudiante, pero no conozco a ninguno.

—En ese caso, creo que no debería verlo.

—Al revés, Obdulia. Tengo curiosidad. Y estarás tú a mi lado.

—Claro, señorita. No la dejaré sola con un desconocido. ¡Y además gago!

—Por ser gago no hay peligro, ¡mujer!

—Dicen que los gagos lo son porque se burlaron de Nuestro Señor Jesucristo.

Entretanto, ambas mujeres bajaron y Obdulia abrió la puerta del zaguán.

Arminda se quedó de piedra. ¡El chico de ojos tristes! ¡No era posible!

—Bu... bu... bu... bue... nasssss ta... ta...

¡Nada! No conseguía decir una palabra con fundamento.

—Hola. Creo que te llamas Eustaquio y tienes unos dibujos. Pero no te conozco de las clases de pintura.

—Yo... yo... que... que... que...

—¿Y si lo escribes? —intervino Obdulia—. ¿Sabes escribir?

¿Y tienes papel y lápiz? —Si el chico no tenía con qué escribir, habría un problema, pues Obdulia tendría que ir a buscarlos, dejando sola a la niña. ¡Imposible!

Eustaquio buscó en sus bolsillos hasta dar con una pequeña libreta y un lápiz. En ella escribió:

“Sí, me llamo Eustaquio, pero no puedo asistir a esas clases de pintura porque mis padres son pobres. He aprendido como Dios me lo ha dado a entender. Y a mi manera he conseguido hacerle un retrato. Quería que usted lo viera porque, si le parece usted correcto, le daría color.”

Arminda leyó aquellas palabras, escritas con una caligrafía muy pobre, pero bien legible. Se lo enseñó a Obdulia, olvidando que el ama de llaves no sabía leer; entonces lo leyó en voz alta.

—A ver esos dibujos.

El joven desenrolló su preciado tesoro. La había dibujado de memoria, recordando cada ocasión en que la había visto.

—¡Vaya, jovencito! Usted podrá ser gago, pero tiene una mano firme. No recuerdo haber posado para este retrato, y, sin embargo, está bastante bien logrado. Obdulia, ¿crees que podría posar para que pueda hacer un retrato bien hecho?

—¡Señorita Arminda! ¡Su padre tiene que autorizarlo!

—¡Claro, por supuesto! Hum, veamos. Eustaquio, aunque me gustaría, por ahora no puedo posar para este retrato. Pero creo que si lo colorea y me lo deja, podré mostrarlo a mi padre y tal vez le permita a usted elaborar este y otros retratos de mi familia.

—¡Gra... gra... graci...cias!

—No hay de qué. Gracias a ti por el esfuerzo.

Y, como sin darse cuenta, Arminda apoyó su mano en la del joven. De inmediato la retiró, pues había sentido como una descarga eléctrica que recorrió su cuerpo. Se dio la vuelta para que no se le notara el rubor.

Obdulia acompañó al joven a la puerta y, tras salir este, la cerró.

Dentro, la joven corrió subiendo la escalera muy deprisa.

Su madre, que venía de la cocina, al verla correr así, la reprendió.

—¡Pero qué modales son esos, Arminda! Menos mal que no está tu padre, porque en tal caso seguro que te impondría un castigo.

La joven ignoró cada una de las palabras de su madre. Solo pudo esperar a que la criada entrara en su habitación y cerrara la puerta para decirle:

—¿Recuerdas al chico del que te hablé? El de los ojos tristes... ¡Es ese!

Mientras tanto, en la calle, Eustaquio sentía que el corazón se le salía por la boca. Ya estaba oscureciendo, pero él sentía que los adoquines se iluminaban a su paso. Y aún sentía aquella fragancia.

Fue pura casualidad que Leoncio pasara por allí. Recordó que ese fulano le había hecho algunas preguntas y él, como un estúpido, le había dado la dirección de Arminda. ¿Qué coño pretendía aquel pazguato?

Su pregunta logró respuesta al comprobar que Eustaquio estaba intentando que Arminda se fijara en él. “¡Lo buscaré!”, se dijo, “¡y de seguro que me va a escuchar, si es lo que me imagino!”.

Pasaron unos días y su atención solo se centraba en la profesora, soñaba despierto con ella, esa mujer le había absorbido el seso.

“Tengo que insistirle a Arminda para que su madre dé consentimiento y acceda para que nos dé clase a los dos, y así estar cerca de ella”, pensó. Y lanzaba los mismos suspiros de siempre que conocía a una chica.

Arminda coincidió con él por la Catedral, y le comentó que su madre había accedido para que asistiera a clase de pintura con la profesora *mademoiselle* Isabelle. Leoncio saltó de alegría al ver que su sueño iba a hacerse realidad.

Ya en La Laguna, al pasar Leoncio por la Plaza de Abajo, se tropezó con Eustaquio.

—¡Hombre! —le dijo—. A usted quería verle y hablarle.

—Usted dirá, caballero —contestó afianzando su voz, que esta vez le había salido perfecta.

—¿Qué intenciones tiene usted con Arminda? Porque le advierto que yo la tengo en gran estima, y no me gustaría que se le hiciera ningún mal.

Eustaquio titubeó.

—Solo he hablado con ella y su criada, para ver si puedo hacerle un retrato, con consentimiento de su padre.

A Leoncio le pareció honrada la respuesta, y se disculpó invitándole al cafetín de la esquina.

Después de llegar a casa, Eustaquio se tumbó sobre la cama, miraba hacia el techo y no hacía más que pensar y pensar:

“Mi corazón me dice que lo haga, pero mi cabeza me dice, es una locura, alguien como ella, de familia adinerada, con estudios y tan hermosa, ¿querrá aceptar el regalo de un pobre como yo?”. Sin darse cuenta se fue quedando dormido y soñó que Arminda no solo había aceptado su regalo, sino que le había susurrado al oído,

“te amo”... Eustaquio abrió sus grandes ojos y, mirando fijamente al techo, vio reflejada en él la cara de esa preciosa joven que le quitaba el sueño, ella estaba sonriéndole y a su vez con una mirada pícara y cómplice. Saltó de la cama, cogió el papel, los lápices y se puso a dibujar cada detalle del rostro de Arminda: su lunar en la mejilla derecha, dos pequeñas pecas en su frente, un pequeño hoyuelo sobre el lado izquierdo de sus labios, que se le formaba al sonreír y que la hacían ser única. Mientras dibujaba tenía la sen-

sación de estar acariciándola; de pronto oyó que alguien llamaba a la puerta, era su amiga Matilde preguntando por él.

Matilde guardaba en su interior el amor que Eustaquio le inspiraba, pero se conformaba con verlo cuando iban a Tegueste y coincidían en las tareas de campo de sus familias.

El tiempo pasó, y Eustaquio continuó intentando ganarse el corazón de Arminda, mientras su amiga Matilde observaba en silencio desde la distancia, sintiendo cada vez más el peso de un amor no correspondido. Sin embargo, Arminda no estaba completamente convencida de darle una oportunidad a Eustaquio. Aunque su corazón latía con fuerza cada vez que pensaba en él, las barreras sociales y familiares que los separaban le causaban un profundo temor.

Por otro lado, Eustaquio, con la moral por las nubes, continuaba inmerso en su tarea de dibujar. Sin embargo, una noche, sintió un escalofrío. Había algo en el aire, una extraña sensación de inquietud que lo hizo detenerse por un momento. Miró hacia la ventana, y notó que la noche había caído por completo, envolviendo el paisaje en una oscuridad misteriosa y un aroma que le resultaba familiar, aunque desconocido en ese momento. El viento soplaba con fuerza, haciendo crujir las ramas del árbol que se asomaba por la ventana de su habitación.

De repente, una sombra se deslizó por el rabillo de su ojo. Eustaquio se giró con brusquedad, pero no había nadie. Sin embargo, le pareció haber visto la sombra de Matilde, reconoció su perfume. Solo la tenue luz de la luna se filtraba por la ventana, creando formas fantasmales en la habitación. Sacudiendo la cabeza para alejar sus temores, decidió continuar con su tarea y terminar el retrato de Arminda.

Mientras tanto, en la casa de Arminda, la joven estaba inquieta y preocupada. Había algo en Eustaquio que la había cautivado desde el primer momento en que lo vio. Su mirada triste la había conmovido profundamente. Pero ahora, al saber que él la estaba buscando, sentía una mezcla de emoción y nerviosismo.

Paralelamente, en una zona alejada del centro de la ciudad, Matilde reflexionaba sobre la situación con tristeza y en silencio.

“¿Qué futuro me aguarda, el de la amiga fiel que ama a Eustaquio en secreto?”, pensó. “No, ni hablar”, se dijo con seguridad.

Obdulia, al notar la agitación de Arminda, le preguntó qué le pasaba. La joven trató de ocultar su ansiedad.

—Eustaquio... —murmuró Arminda—, ese chico tiene algo especial, algo que me atrae de una manera que no puedo explicar.

—Espero que no te hagas ilusiones, señorita —dijo Obdulia con voz sabia—. Los corazones pueden ser engañosos, y no siempre es fácil comprender lo que realmente siente uno. Arminda asintió, aunque en su interior seguía sintiendo esa atracción hacia Eustaquio.

Mientras tanto, Leoncio, rabioso por la imposible relación con la profesora *mademoiselle* Isabelle, dedicó su tiempo a averiguar más sobre Eustaquio, a pesar de aquel primer interrogatorio. No podía tolerar que ese muchacho se acercara demasiado a Arminda, no era de su clase. Buscó información sobre su familia y su pasado, pero no encontró mucho. Eustaquio parecía ser un chico discreto y reservado; no obstante, su origen modesto podía representar una amenaza para la posición social de la familia de Arminda.

Un día, mientras Leoncio paseaba por la plaza, vio a Eustaquio en compañía de una chica. Los observó a distancia, sintiendo una mezcla de envidia y desconfianza. “¿Quién será esa chica y qué relación tendrá con Eustaquio?”, pensó. Decidió seguirlos con discreción, hasta que los perdió de vista.

De camino a su casa, Leoncio pensó que había algo más detrás de esa amistad entre Eustaquio y Arminda. Su corazón se llenó de una sensación parecida a celos, y una idea macabra empezó a tomar forma en su mente.

La noche siguiente, se presentó en la casa de Arminda, bajo la excusa de llevarle un regalo. Con una sonrisa falsa, le entregó una caja envuelta en un papel dorado.

—Es para ti, Arminda —dijo con voz suave—. Quería agradecerte tu generosidad y amistad.

Arminda aceptó el regalo con gratitud, sin sospechar lo que realmente estaba pasando.

Esa misma noche, Eustaquio sintió la necesidad de volver a ver a Arminda. Algo le llamaba hacia ella, una conexión inexplicable que lo empujaba a buscarla. Se dirigió a su casa, con el corazón latiendo con fuerza. Vio un resplandor y algo en su interior lo puso en alerta, aceleró el paso. Al llegar, se encontró con una escena desoladora. La casa estaba envuelta en llamas, y los vecinos gritaban tratando de apagar el fuego. Eustaquio entró en pánico, temiendo lo peor. El incendio rugía con furia y devoraba la casa de Arminda. Intentó acercarse, pero las llamas le obligaban a retroceder. El corazón le latía desbocado, lleno de angustia y temor por lo que pudiera estar sucediendo dentro.

—¡Arminda! ¡Obdulia! —gritó desesperado.

A pesar de la fina lluvia que comenzaba a aparecer, Eustaquio se acercaba más y más, cada paso que daba se desbocaba más y gritaba desesperado, ¡Arminda!, ¡Arminda! Al llegar, consiguió abrirse paso entre los vecinos, alcanzó a ver a Obdulia, que gritaba desesperadamente en la entrada del zaguán de la casa, quien le comentó entre sollozos que la señorita Arminda estaba arriba en su alcoba. Eustaquio se aventuró entre las llamas y se adentró en la casa. Al ver la escalera de madera devorada por el fuego, pensó lo peor, acordándose de lo que le había indicado Obdulia, que la señorita Arminda estaba arriba en su alcoba. Eustaquio se preguntaba cómo acceder a la segunda planta si la escalera ya no estaba, tampoco sabía dónde buscar, porque no tenía idea de la distribución de aquella casona. Las llamas devoraban los últimos peldaños del lujoso pasamanos torneado de

madera y consumían el abrigado piso de tea del lado derecho de la casa, se dispuso a gritar fuerte una y otra vez, ¡Arminda!,

¡Arminda!, con una extraña voz que le salía tan fuerte y tan clara como si saliera del alma.

Se dirigió al lado izquierdo de la casa y la vio junto al piano, en el salón de gala. Al verlo, Arminda enloqueció, como si lo estuviera esperando, anonadada, paralizada, petrificada, se aferraba al piano cada vez más como si fuera su tabla de salvación. El resplandor de las llamas iluminaba su piel y el calor sofocante la tenía inmóvil, nunca se atrevería a salir al pasillo sola y mucho menos de la casa, era su condición de mujer fina y delicada que la impulsaba a una extremada delicadeza femenina.

Al ver a Eustaquio despertó de ese sueño de terror, se despegó del piano de la emoción, no por ver que alguien venía a salvarla, sino porque era Eustaquio quien venía, como si lo estuviera esperando; Eustaquio corrió hacia ella y se abrazaron como si la confianza fuera de mucho tiempo.

Eustaquio se dirigió a la ventana que daba al jardín trasero de la casa, rompió el cristal y abrió las puertitas de madera para salir por allí. Hizo montar a Arminda en uno de los apoyos de piedra de la ventana y emprendieron el salto al jardín. La lluvia hizo su presencia en el lugar, empapándolos de agua. Sofocados por el calor y tirados en la grama del jardín trasero, los encontró Leoncio al llegar. Sus gestos de celos se materializaron en su rostro. Su disimulo diplomático se confundía cada vez más, era otra evidencia de lo que siempre sospechaba, ahora sin el taller de pintura será más difícil conseguir a la profesora *mademoiselle* Isabelle. Pensó para sí que no era el momento de especular en ello y salieron.

Ya la lluvia hacía mella en las enormes lenguas de fuego que salían de la parte izquierda de la casa donde estaba la cocina. Esta parte de la casa, construida posteriormente como un anexo a la casona del lado izquierdo, se había de-

rrumbado hasta el techo producto del incendio iniciado en el área de la cocina y el salón contiguo que funcionaba como taller de pintura, que también se había quemado.

Mientras esto sucedía, los padres de Arminda estaban en la gran capital en un evento aristocrático.

Cuando regresaron, encontraron que las llamas habían arrasado su casa. Su preocupación era su hija y al ver que estaba bien, dijeron, “esto tiene solución”.

Pasa el tiempo y Arminda y Eustaquio siguen inmersos en la sociedad conservadora del costumbrismo social de 1948. Eustaquio vive la experiencia de buscar el amor de su vida como un sueño imposible y sufrir el contraste de las diferentes formas de ser. Aprende a valorar su fortaleza, entre los pobres que lo aprecian y los ricos que lo rechazan. Arminda, al apoyar su mano junto a la del joven, aquella pasada tarde, y sintiendo esa descarga eléctrica recorriendo su cuerpo, se quedó impregnada de sus ojos, su pelo... Las mariposas no dejaban de revolotear en su estómago.

Al final, la inquietud y afán que sentía por Eustaquio, rompió toda barrera social y familiar. Y meses más tarde se entregó a él en cuerpo y alma. No midieron las consecuencias que le traía su inocencia y ahora se encontraba inmersa en “la dulce espera” que duraría nueve meses.

Allí estaba ella, mirando el techo de su habitación. Alargó su cuerpo todo lo largo que era y con una sonrisa tocó su vientre. Sintió que todo estaba casi en el lugar correcto. Sus padres habían comprado otra casa en la calle Juan de Vera, cerca de la catedral. Obdulia pudo seguir con ellos. Leoncio se había ido a Francia con *mademoiselle* Isabelle, y ella había terminado Magisterio y seguía pintando, que era su pasión. Lo más importante, su amor por Eustaquio era una realidad y sus padres lo aceptarían.

Ya eran las cinco de la tarde. Arminda se levantó y empezó a vestirse, había quedado con él para contarle su buena nueva. Los árboles envolvían la plaza del Adelantado. En un

banco sentado, le esperaba Eustaquio. Ella le miró a los ojos sonriendo y sus manos se unieron.

—Arminda, amor mío. ¡Estás preciosa!

—Tengo que contarte algo —le dijo, casi temblando.

—Yo también tengo una buena noticia que darte —le respondió Eustaquio.

—Pues empieza tú.

—Hemos recibido una carta de Cuba de un hermano de mi madre. Murió sin tener herederos y tengo que ir a recibir la herencia. Me voy mañana en el barco —le contó. Eustaquio de un tirón y emocionado.

Arminda palideció. Eustaquio no sabía qué decirle.

—¡Oh mi amor! Estaré de vuelta lo antes posible y le pediré a tus padres tu mano, te lo prometo. Espérame, Arminda. Volveré muy pronto.

Arminda, sin poder controlar las lágrimas, que no cesaban de bajar por sus mejillas, enmudeció y no fue capaz de articular palabra.

—¡Arminda! —susurraba Eustaquio— ¡Mi amor!

—Te esperaremos, mi amor —pronunció con lágrimas y voz entrecortada.

Y empezó a caminar en silencio con Eustaquio a su lado.

—Te escribiré —le dijo cuando llegaron a la catedral.

Y ella siguió sola y muy, muy triste hasta su casa. Entró y Obdulía, que estaba en la cocina, notó cómo arrastraba los pies.

—¡Mi niña! ¿Qué te pasa?

—¡Ay Obdulía, qué triste me siento!

—Pero mi niña, ¿qué te ha pasado?

—Eustaquio se va a Cuba.

—¡Pero mi niña, no llores así!

Se fue a la habitación. Por suerte, sus padres habían ido a Santa Cruz de compras. Se pasó las horas mirando el techo. No recordó cuándo se durmió, pero iría a pasear por la ciudad y a misa de los Dolores.

Salió de su casa y fue por la calle San Agustín. Ya las lágrimas fluían, ella se puso la bufanda cubriendo el rostro. Y se dirigió a la iglesia de los Dolores. Allí se arrodilló y empezó a rezar con toda su alma. Ella que esperaba un hijo y no podía compartir dicha alegría con su amor, ni con sus padres. Sería una vergüenza para la familia. Empezó a sentir mucha calma contemplando la imagen de la madre con su hijo en brazos del altar.

Recordó a su amiga María. Se conocieron en el primer año de Magisterio, dejó los estudios por la llamada de Dios y entró en el convento de las Clarisas. Ella sabría aconsejarla. Empezó a caminar hasta llegar al Callejón de las Monjas y tocó el timbre.

—Buenos días, soy Arminda de Ontañón. ¿Puedo hablar con la hermana Lirio?

—Sí —respondió la hermana—, entra y espera un poquito.

—Gracias.

Se colocó bien el gorro, los guantes y el abrigo, hacía frío en La Laguna a las diez de la mañana de finales de enero. Cuando se abrió la puerta que daba al convento allí estaba su amiga con una amplia sonrisa en su rostro dulce y muy blanco. Se abrazaron.

—Arminda, ¿qué es tan importante que vienes a verme?

—¡Oh María! Disculpa hermana Lirio. (María era su nombre de nacimiento)

—No importa —y sonrió apretándole sus manos—.

Cuéntame.

—Estoy embarazada —balbuceó entre sollozos.

—Pero no es motivo de dolor traer una vida al mundo.

—En este caso se ha complicado. El padre ha tenido que viajar urgente a Cuba. No nos hemos casado y no puedo disgustar a mis padres.

—¿Sigues pintando?—, fue la respuesta de la hermana Lirio.

—Sí, es mi pasión. Y también terminé Magisterio.

—Pues estamos de enhorabuena las dos. Mis padres me han llamado ayer, y me han dicho que se abre una galería de arte en Madrid, que si conocía a alguien en La Laguna para empezar a trabajar allí. Primero irás a Lanzarote a casa de mis padres y luego pensaremos si irás o no a Madrid.

—Lanzarote —susurró Arminda.

—Sí, a Lanzarote. Es el hijo de un matrimonio amigo de mis padres. Cesar Manrique, él estudió también en esta Universidad —Arminda seguía mirándola y escuchando—. Eres la persona adecuada, tienes Magisterio y entiendes la pintura. Y así te dará tiempo para tener a tu hijo, y más tarde decidiremos.

—Sí, después pensaremos.

Pasó un mes entero hasta que decidió contar lo que ocurría a su madre y a Obdulia. Esperaba encontrar una opción distinta de la que le había dado María. ¿Irse a la aventura para encontrarse con unos desconocidos? ¿Qué excusa darían a sus amistades? Doña Remedios se disgustó mucho con la noticia, pero enseguida abrazó el plan de Lanzarote. Se puso en contacto con la hermana Lirio, reunió dinero e hizo las maletas. Se alojarían en una casita en Arrecife, que había logrado alquilar a través de los padres de la monja.

Arminda habría querido terminar el curso y hacer sus exámenes finales de Magisterio. Ocultó su barriguita como mejor supo hasta su partida, a principios de mayo. Mientras tanto, Eustaquio tardaba en llegar. Al principio escribía cada semana, pero luego la correspondencia se fue espaciando.

—El corazón es engañoso. Hay que pararse a escucharlo, pero también aprender a ignorarlo cuando no nos cuenta la verdad —le dijo la prudente criada a Arminda.

Un día, el padre de Arminda recibió un informe del incendio de su vivienda de la calle San Juan. Las sospechas de que pudo haberse creado de forma intencionada se confirmaban. El fuego se originó por fuera de la cocina, no en el interior. El punto de origen estaba situado a medio metro

de la vivienda, en torno a unos restos que resultaron ser papeles de periódico. Ahí fue donde la casa ardió por más tiempo y fue la zona que recibió los peores daños.

Se cree que el fuego fue provocado para que ardiera solo en una pequeña área, pero se extendió al haber material inflamable. Se quemaron la cocina, el salón contiguo que funcionaba como taller de pintura y dos habitaciones, lo que conformaba la parte nueva.

Por fortuna, la casona antigua quedó casi intacta. No se disponen de pruebas que apunten al culpable, pero el principal sospechoso al parecer era Leoncio. Dos personas lo habían visto merodeando la vivienda esa tarde, con una pila de periódicos bajo el brazo. Arminda daba vueltas al tema y le parecía que podría tener sentido; hacía tiempo que tenía la impresión de que Leoncio no estaba interesado en *mademoiselle* Isabelle, sino que la utilizaba como excusa para pasar más tiempo cerca de ella. Fuese cierto o no, la realidad era que Leoncio y ella se habían distanciado hasta el punto de apenas saludarse desde lejos. Antes de marcharse, Arminda le escribió una carta donde le explicaba que tenía que acompañar a su madre a Las Palmas para resolver un asunto importante de una herencia. Era lo que tenían acordado decir para los familiares y conocidos.

Doña Remedios, Obdulía y Arminda embarcaron para Lanzarote una mañana de mayo. Al principio, Arminda anotaba todos los detalles en su diario, a la espera de que esos apuntes le sirvieran para escribir un bonito libro en un futuro. Le encantaba la Literatura tanto como los pinceles.

El primer día, Arrecife les pareció demasiado caluroso, aunque con un agradable viento permanente que refrescaba el aire. La casita era pequeña y acogedora, con un patio con bancos en su interior. Sus nuevas vecinas se interesaban por el bienestar de la embarazada. Por la forma de su vientre, unas les decían que la chica iba a tener un varón, otras que una niña. Arminda visitó con su madre a la familia del pro-

fesor, que regresaría a mediados de julio. Pronto se hizo amiga de Amparo, la hermana melliza de César, y compartían historias y anécdotas.

—Cuando terminó la guerra en 1939 —contó un día Amparo—, mi hermano llegó vistiendo todavía el uniforme militar. Lo primero que hizo fue subir a la azotea, quitarse toda la ropa, rociarla con petróleo y prenderle fuego allí mismo.

Fue inevitable que Arminda se acordara de la parte de su casa que ardió, de los muebles, de los cuadros y de los dibujos que le había hecho Eustaquio.

Pasaron las semanas y las tres mujeres salían a caminar junto al mar temprano por las mañanas. Un día la joven se enteró de que había fiesta en el pueblo de Yaiza y convenció a las otras dos para ver la romería de San Marcial y pasar allí una noche. Y ocurrió que el día siete de julio, en plena romería, Arminda se puso de parto antes de lo previsto.

El bebé tenía prisa por nacer y no hubo tiempo de trasladarse a Arrecife. Era un hermoso niño que llegó al mundo en casa de una partera llamada Carmen.

—¿Te gusta el nombre Marcial? —preguntó Arminda—. Es mi guerrero.

—Bueno, no está mal —respondió doña Remedios con los ojos vidriosos.

Pocos días después llegaría el profesor de Madrid a la isla del fuego. En aquel verano de intenso calor, Arminda pasó las tardes en el patio arbolado de los Manrique, pintando y mejorando su técnica. Interrumpía su trabajo solo para dar de comer a Marcial y, a veces, para echarse una siestita en la hamaca. Avanzaba bien en las clases y César la animó a que pintara más obras y creara una colección para exponerla.

—Mi primera exposición de pintura la hice sin haber terminado los estudios siquiera.

—Aunque usted estudió Arquitectura.

—Sí, pero, antes que nada, me considero un pintor.

Marcial crecía sin problemas, como un chico sano cualquiera, brincando entre piedras y lagartos. Su sangre y su temperamento eran calientes como la isla que lo vio nacer. Arminda seguía pintando. Participó en una exposición con César que se abrió al público en Arrecife, luego en Gran Canaria, en Madrid, Barcelona y París. Fue apoteósico. Su pintura se valoraba a los ojos del mundo y se vendía como piezas únicas entre lo más selecto de los marchantes del viejo continente.

Sin embargo, a Arminda aquello de moverse entre mercados de esmoquin y cócteles no le acababa de convencer. Lo suyo era la creación en la tranquilidad de un entorno silencioso. Por eso no salió más de Lanzarote. El proyecto de Madrid quedó en nada y las noticias que llegaban de La Laguna nunca trajeron nuevas de Cuba. Así que Arminda fue olvidando poco a poco aquel amor precipitado, del que solo le quedó Marcial. Aquel chiquillo era muy espabilado. César se lo decía continuamente. No era un muchacho normal. Siempre miraba al cielo y garabateaba formas caprichosas en el picón del suelo mientras marcaba el ritmo con los pies. Era como si leyese las nubes y luego transcribiera su mensaje con dibujos y compás.

Así creció. Su madre siempre le transmitió paz, respeto, libertad y amor por el arte. El embrujo de los volcanes atrapó a Arminda para siempre en aquella isla mágica. La abuela del niño sí volvió a su hogar de La Laguna, junto a su esposo. El escándalo por el embarazo ilegítimo de Arminda nunca llegó a oídos de las nobles gentes de la ciudad del Adelantado, y Lanzarote fue el remanso que una mujer como ella necesitaba para seguir viviendo libre, como su admirada profesora de pintura, y lejos de asaltos al corazón como el que ya había sufrido por incauta.

Lanzarote fue un paraíso para Arminda y Marcial. Manrique iba y venía por esos mundos de Dios y cada vez que volvía compartía con la muchacha experiencias maravillo-

sas, de exposiciones en lugares nuevos, de artistas famosos, de nuevas técnicas pictóricas, de todo lo que un genio como él podía acumular en su espíritu a lo largo de cualquiera de sus viajes. Ella, por su parte, conoció la felicidad pintando en aquel retiro de lava que parecía haber sido creado para ella. Nada de la isla de Tenerife le producía la más mínima nostalgia. La humedad triste de La Laguna había quedado lejos, sus deseos de ejercer Magisterio, también. Ella era feliz allí, en aquel desierto seco en el que el cielo dibujaba cada tarde figuras nuevas para ella. Y pintaba, y pintaba. Hasta que aquel dolor en el pecho le arrebató de forma súbita el tiempo urgente para pedir ayuda.

Su cuerpo fue enterrado en el cementerio de Femés, el pueblo al que se había mudado para estar más cerca del cielo, y Marcial volvió con sus abuelos a Tenerife. El muchacho destacaba sobre todo en música. Estudió en el Conservatorio, ubicado en el Círculo de Bellas Artes de Santa Cruz. Allí aprendió canto, composición y ritmo. Tenía claro que deseaba dedicar su vida a la música. Pero aún quería seguir aprendiendo. Así que, cuando cumplió los veintidós años, se animó a hacer un viaje de estudios que le sirviese para profundizar en lo aprendido. Se iba seis meses a La Habana a estudiar los entresijos del punto cubano.

Cuba fascinó a Marcial. Los estudios en la Facultad de Música de la Universidad de las Artes de La Habana lo cautivaron e hicieron de él un virtuoso de los compases cubanos. Pero lo que realmente lo sedujo fue la vida de aquella isla caribeña, el bullicio de sus calles, la alegría de sus gentes, la música que sonaba por todos lados y a todas horas, el ambiente libertino de sus bares... Por eso se acostumbró a deambular por sus calzadas y vías como quien aprende a caminar por el mundo, descubriendo con los ojos muy abiertos los latidos emocionados y emocionantes de la ciudad y sus colores.

Edgar fue un aliado esencial en aquellas incursiones por el barrio viejo de La Habana. Conocerlo en la Facultad y

trabar amistad con él ayudó a Marcial a integrarse con más soltura en aquella sociedad tan diferente, aunque tan familiar y acogedora a la vez... Con Edgar pisó por primera vez el que sería en las semanas siguientes su antro favorito: el bar Dos hermanos, en la avenida de El Puerto. Aquel sitio fue un hallazgo para Marcial. Un lugar emblemático de la cultura y del cine por donde habían pasado Errol Flynn o Marlon Brando a tomarse sus mojitos.

Ahora le tocaba a él. Agradeció mucho a Edgar el descubrimiento del lugar, porque además era un espacio de exposiciones itinerantes de pintores noveles. Pisar aquel sitio era recorrer un museo en vivo. Y ese día lo constató definitivamente. Se encontró una exposición de dibujos realmente diferente a lo que había visto hasta aquel momento. Eran unas láminas con buen trazo y una enorme expresividad que, pese a la falta de color, sorprendieron al muchacho. Sobre todo una de ellas. Preguntó por el autor y le señalaron a un borracho que dormía en la mesa del fondo. Marcial lo abordó sin titubeos:

—Oiga, señor, ¿es usted el autor de los dibujos?, es que en uno de ellos tiene usted dibujada a mi madre...

Eustaquio levantó a duras penas la cabeza de aquel mármol que le atenuaba la lucidez y le amortiguaba las vueltas que daba el bar cada vez que abría los ojos.

—Buenas, joven, mi nombre es Eustaquio y sí, soy el autor de los dibujos. Si le gusta alguno se lo cambio por un ron, este se me acabó ya... Yo no pinto a las madres de nadie, ¿sabe?, así que debe usted estar equivocado. Yo solo pinto cosas de mi cabeza.

Marcial no se conformó con tal respuesta, obviamente, así que levantó al hombre de la mesa por un brazo y lo acercó al dibujo.

—Esta es mi madre. ¿En qué parte de su cabeza está esta mujer?, porque le repito que ¡es mi madre! —gritó Marcial, perdiendo la paciencia.

Eustaquio cambió de color ante aquella inesperada situación y probablemente hasta se le evaporó el alcohol del cuerpo. Ambos hombres se sentaron y hablaron largo y tendido. Eustaquio dejó a Arminda con la ilusión de volver rápidamente a La Laguna y con la fortuna necesaria para poder pretenderla. Pero la herencia que aparentemente lo esperaba en Cuba se había cansado de esperarlo y había pasado al poder de la Revolución. Así que se vio muerto de hambre y sin plata ni para volver a España. De pintar en cuartillas de segunda mano consigue para comer casi todos los días. Y dormir, dormir lo hace en un jergón que el dueño de Dos Hermanos le deja usar en el almacén del bar.

Los ojos de Marcial parecían dos platos escuchando al hombre. Por lo poco que su madre le había contado, aquel desgraciado personaje era su padre. El que se fue a Cuba y la dejó con él en el vientre. Ahora lo entendía todo. ¡Cómo le hubiera gustado a su madre saber la verdad! Eustaquio la quería.

—Soy tu hijo, Eustaquio. Cuando te marchaste, Arminda me tenía a mí dentro. Se marchó a Lanzarote para huir de las lenguas afiladas de aquella Laguna intolerante y traerme al mundo sin manchar el nombre de la familia. Ella siempre te esperó. Murió esperándote, creo. Pero era una mujer feliz con su pintura y conmigo, un niño sano y alegre que supongo que le recordaba lo que tuvo contigo. Sospecho que el destino me ha traído a ti, papá. Ella estaría contenta de este encuentro, ¿te vuelves conmigo a La Laguna? Tengo en la cabeza la idea de montar un local con música cubana en vivo, por la zona de La Concepción. Tú lo puedes amenizar con tu arte gráfico... ¿Qué te parece?

—Me encantará, hijo mío. Me encantará.

FIN

AUTORES PARTICIPANTES EN ESTE RELATO
POR ORDEN DE PARTICIPACIÓN:

*Luisa Chico, Matalé Arozena, Arely Rivero, Sara Díaz,
Kandela Correa, Cele Díaz, Emma Coello, Tóni Alonso,
Candelaria González, Cristina García, Félix Díaz, Rosario
López, Isa Vidal, José Luis Regojo, Reyes Hernández, Teresa
Terán, María García, Raquel Reyes y Rosa Galdona.*

DOLORES

RELATO ENCADENADO DE LOS COLABORADORES DE LA REVISTA

Dolores nació en la isla de Tenerife, el año 1964, actualmente con 59 años, en su pelo moreno destacan las canas del tiempo que ha vivido.

Unos años que no fueron fáciles, ya que de padres autoritarios, vivió sometida a un control parental muy fuerte, incrementado al ser hija única.

De pequeña su sueño fue ser bailarina clásica, y hasta los trece años pudo desarrollarlo sin ningún problema dentro de su colegio, pero cuando tuvo que empezar en el instituto, todo cambió, Su padre forzó a lo máximo sus estudios y el control era tal que no podía salir con sus compañeros ni disfrutar de los lujos de la juventud.

El negocio familiar, una farmacia en un barrio capitalino, determinó que sus estudios estaban ya encaminados y tuvo que estudiar farmacia, ya que era ella la que tendría que seguir los pasos de su progenitor.

Todo esto, unido a la enfermedad de su madre, un cáncer de mama, hacía que su tiempo fuera únicamente para atender la farmacia y el padecer de su madre.

Con cuarenta años y soltera, conoció a un médico divorciado, con el cual mantuvo una relación esporádica, pero las presiones del entorno familiar provocaron que yo no llegara a buen término.

Actualmente, sigue soltera, y sin pareja, sus padres han fallecido y ella vive sola, en el piso de la familia, pero hace unas semanas una simple llamada le cambió la vida, una multinacional estaba interesada en comprar su negocio. Su ubicación y los metros cuadrados hacían viable un nuevo tipo de parafarmacia que según los estudios realizados serían un gran negocio.

Reunida con sus gestores, el importe que le ofrecieron era elevadísimo, más de lo que nunca habría imaginado, eso unido a que ellos le pagarían los años de cotización que le faltaban, y así podría irse con una maravillosa jubilación, ayudaron a que tomara la decisión.

Y llegó el día, al final decidió vender y cerrar un ciclo. Con el dinero en el banco, y con un futuro incierto, pero gratificante para ella, decidió iniciar esa nueva vida con un gran viaje, en un crucero, algo que siempre deseó hacer y nunca pudo. Eso solo sería el principio de muchas cosas que vendrán después, ya que ella se está aprendiendo a querer y le gusta lo que ve y sobre todo tiene claro lo que quiere, simplemente desea vivir y recuperar, de alguna forma, toda su vida no disfrutada.

Sentada en el borde de la cama, estaba como flotando. No se lo podía creer y miraba hacia la maleta a medio hacer pensando si se despertaría en ese momento. Llegó a tocarla para asegurarse de que no la imaginaba. Recordó, además, la de veces que le había propuesto al Doctor Sanz, *Suspirito*, como ella lo llamaba, hacer un crucero juntos. Nunca lo consiguió. Excusas hubo de todo tipo porque él nunca le dijo que no. Siempre se limitaba a contestar con un —sí, claro, algún día tenemos que hacerlo—. Y ese día fue, nunca.

De hecho, se decidió comprar el pasaje para el crucero por tres razones. La primera, por la insistencia de Carmela, su amiga lagunera, que subía a Candelaria todos los lunes a entregar unas documentaciones sobre estadísticas en el Ayuntamiento y aprovechaba para pasar por su casa a ver como estaba. La ruptura con *Suspirito* la había dejado muy tocada y había que vigilarla. Y eso es lo que hacen las buenas amigas. La segunda era rebelarse con esa manía que tenía su familia de meterse en su vida. No duraron excesivo tiempo y fue lo más cerca que estuvo del amor en muchos años. Los consejos de su prima le hacían mucha mella. Que, si “si no te saca a pasear por la calle es porque hay otras” o “si no te presenta a

su familia es porque hay otras”. Pero el que más la envenenó fue el “si no quiere ir de crucero contigo es porque hay otra”. Y Dolores, eso, lo sufrió bien, pero bien. Una mañana se levantó empoderada y se dijo a sí misma —Si él no quería venir conmigo, me voy yo sola. Que para eso me basto y más—. La tercera, y que tanta ilusión le hacía, era pagarle a Camela, de alguna manera, todos los desvelos que estaba teniendo por ella. Compró pasaje para las dos. Se lo merecía y con ese regalo se lo quería agradecer. Además, con la importante cantidad de dinero que le entró con la venta de la farmacia no le suponía un notorio cambio en cuenta corriente. De hecho, ni lo pensó. Le apetecía hacerlo y punto.

Debatiendo en su cabeza todas estas cosas, se quedó dormida. Despertó casi anocheado. Pensó que, tras esa cabezada, le costaría dormir esa noche. Así fue. Entre la excitación del viaje y la falta de sueño, se la pasó en blanco. De madrugada se tuvo que levantar a cenar algo porque sintió que el estómago vacío incidía también en que no pudiera dormir. Un vaso de leche caliente y cuatro galletas y a la cama de nuevo. Mirando al techo, quiso hacer un recorrido por las normas que se autoimpondría de cara al futuro. Ya no tendría que trabajar más y era chica lista, tendría que gestionar bien los espacios para no caer en una depresión por exceso de tiempo para pensar.

Meditó un breve rato sobre lo que haría al volver del crucero. Pero, tan pragmática como era, vio que era perder el tiempo. Nunca se sabe lo que va a pasar y premeditar el futuro, casi siempre, no sirve de nada, puesto que los nuevos acontecimientos nos cambian los planes constantemente. Llegó a pensar, “¿Y si me quedo en Cuba?”. Sería gracioso, que, en el trayecto final del crucero por el Atlántico hasta La Habana, le pasara un “yoquesé” y decidiera darle un giro a su vida. Eso sí, se ordenó a sí misma que ningún hombre volviera a manejar el timón de su travesía de joven jubilada. Y si lo había, no se lo iba a contar a su familia.

Una vez que tuvo la maleta hecha, se puso una nota encima para no olvidarse de comprar un bañador nuevo. Siempre había lucido un cuerpazo que sería envidia de muchas modelos, pero el tiempo de incertidumbre emocional con el doctor la habían dejado un poco flaca. Por eso, sus dos bañadores le quedaban bastante sueltos y tenía miedo que en cualquier piscina del barco se le salieran las dominigas intencionadamente. Y ella, no era muy pudorosa que se diga, pero una cosa es una cosa y otra ir enseñando las tetas.

El día siguiente era el día. Cerró la maleta con una ilusión que se reflejaba en su rostro. El toque de tres pitadas de claxon, señal que siempre le hacía Carmela para que bajara, la sacó del trance. Se puso la chaqueta, bajó, metió la maleta en el maletero y entró en el coche. Cuando oyó a su amiga decirle, “¡Que comience la aventura!”, ella respondió con un contundente, “y lo que pase en el crucero... en el crucero se queda”. Y las dos rieron a carcajadas mientras arrancaban para dirigirse al puerto.

Ya en el puerto, deslumbrada por el crucero que tenía ante sí, sintió que un temor la acechaba. Su amiga, intuyendo arrepentimiento, le comentó: Ni se te ocurra, adelante, esta es la nuestra... Vamos a vivir una aventura que bien merecida que la tenemos.

Subieron al crucero, lo primero que se encontraron fue un chico guapísimo que les daba las instrucciones necesarias. Una vez alojadas en su camarote, salieron a la cubierta con esa mirada que solo da esa mezcla de melancolía y nostalgia, por lo que queda atrás, y a la vez de incertidumbre que da lo desconocido, así se despedían de la Ciudad de Santa Cruz de Tenerife.

Cuando ya la isla era un puntito en el horizonte, le venía a la mente el recuerdo del Dr. Sanz y las veces que planificaron juntos un viaje en crucero y que nunca llegó a realizarse. En esos pensamientos estaba cuando su amiga la volvió a la realidad y decidieron ir a almorzar.

Durante el viaje, se divertieron de lo lindo, conocieron a muchas personas de diferentes nacionalidades, y una vez más comprendieron que los sentimientos no entienden de razones, ni de etnias, ni de nada, ellos solamente son inherentes al corazón, a la sensibilidad, a la esencia humana que no está grabada ni en la piel, ni en el dinero, ni en la cultura...

Una mañana, después de desayunar, decidieron tomar un poco el sol; el buen tiempo las acompañaba y en ello estaban cuando un camarero tropezó con un señor mayor, el cual perdió el equilibrio y tropezó con Dolores. Se deshizo en disculpas, tal era el atolondramiento del hombre, que Dolores se echó a reír. Era cubano descendiente de canarios, radicado en Tenerife, se había casado en Cuba con una canaria y al poco tiempo decidieron venirse definitivamente a las islas. No tuvieron hijos y a los años Antón quedó viudo, su vida solitaria en busca de un nuevo amor lo llevaba a aventuras y, como ellas, había decidido darse una escapada. Desde ese día, ya no estuvieron solas. Se habían hecho uno solo disfrutando el día a día. Llegó un día en el que anunciaron la presencia de una tormenta tropical que se acercaba.

Dolores decía: No me lo puedo creer, que esto nos esté pasando, si escogimos precisamente esta fecha para evitar estos fenómenos atmosféricos del Atlántico ¡Diossss!

Todos se resguardaron en sus camarotes, algún que otro atrevido se asomaba para grabar...

Mientras tanto, Dolores con sus nervios no atinaba a nada, entonces, su amiga la convenció para echar una partida de ajedrez y por suerte la convenció.

En ello estaban, cuando Antón, que no las perdía de vista, las visitó en el camarote... Ninguna de las dos se había dado cuenta de que un movimiento de las negras, las fichas escogidas por Dolores, darían JAQUE MATE. La cara de Antón era un poema y no pudo más, se abalanzó y realizó el movimiento diciendo en alta voz triunfante: "¡JAQUE MATE, amiga!".

Dolores lo miró incrédula, ya que no se había dado cuenta. En ese instante, le pareció recordar la cara de su acompañante de viaje y le dijo: “Me parece conocerlo”.

A lo cual él respondió: “Sí, usted tenía una farmacia y yo iba de vez en cuando a buscar medicamentos, me enteré de la muerte de sus padres... y después hace poco de la venta de la farmacia”.

Casi sin saberlo, entre ellos cada día se empezaba a enlazar más la amistad.

Por suerte, la tormenta caminaba hacia su fin, aunque el mar estaba picado y las olas impresionaban, pero, gracias a Dios, todo quedó en un susto.

Todo volvió a su rutina diaria en el crucero, se bañaban en la piscina y jugaban al ajedrez. Por las noches, escuchaban al grupo musical que los acompañaba en el barco y hasta un bailecito echaban de vez en cuando.

Antón cada día se encargaba de consolidar aquella amistad surgida con las amigas, a tal punto que se ofreció a ser el guía turístico al llegar a La Habana.

Ya se acercaba el día de tocar y el primer destino del crucero era en Punta Cana, en República Dominicana y de esta suerte tenían el privilegio de visitar la primera ciudad colonial europea de América, la primera casa americana donde vivió Colón, la primera catedral y el primer hospital construido por los españoles... y muchos otros lugares más.

Dolores y su amiga pudieron comprar bañadores nuevos. Los estrenaron en la playa de arena blanca y aguas cristalinas. Dolores no se cansaba de decir: “me parece que estoy en una filmación de la serie *Crimen en el paraíso*, en fin, ¡esto sí es vida!”.

Mientras tanto, Antón aprovechaba y buscaba cocos para disfrutar de la dulce y excelente agua de coco... y así pasaron su breve estancia en Punta Cana.

Se dirigían ahora al puerto de Ciudad de La Habana.

Antón, les decía: “Van a apreciar la Habana colonial, una verdadera joya...”.

Una joya auténtica que ella intuyó rápidamente debía visitar a un joyero restaurador. Era bastante deprimente ver la belleza que se escondía tras desconchones, falta de pintura y años de descuido de aquella ciudad que debió ser realmente hermosa en otro tiempo. Sin quererlo, hizo una comparativa que no compartió con sus dos compañeros de aventura: era como una persona envejecida que desdeña mejorar con algunos mínimos cuidados y se abandona a la decrepitud. No obstante, se convenció a sí misma de que debía cambiar de actitud y disponerse a disfrutar de aquella primera jornada sin ser tan crítica, pues conocía las circunstancias del pueblo cubano.

Pese a ello, el primer bofetón se lo llevó cuando Antón las acompañó al mismo centro de la ciudad y descubrió que ellas como turistas podían acceder a cualquier Hotel para hospedarse, tomar algo en la cafetería o aliviar sus vejigas, pero no así su acompañante. Muchos lugares estaban vetados a los nacidos en la Perla del Caribe, aunque, por supuesto, no había un reconocimiento oficial de tal medida.

También le llamó mucho la atención que en los alrededores de las zonas turísticas algunos jóvenes abordaran a las mujeres extranjeras de cualquier edad, ofreciéndose para hacerles de guía. Cuando esto les ocurrió a ellas, Antón se adelantó y dejó bien claro que las señoras iban acompañadas. A la par, algunas chicas con diferentes tonos de piel y un cadencioso y particular acento caribeño se acercaron a pedir a Dolores y a Carmela alguna barra de labios, colonia, gafas de sol, y hasta “blúmer” que es como allí se denomina a las bragas. Las canarias no sabían cómo reaccionar, pues, informadas de las necesidades de la población, habían llevado algunas cosas que pensaban entregar en alguna parroquia: sets de costura, chupas de bebé, jaboncillos, lapiceros, algunos medicamentos de uso muy común como el paracetamol..., pero, despistadas, lo habían dejado en el barco. Era tan triste..., no obstante, pese a esas privaciones, se notaba una gente muy comunicativa, acogedora y hasta risueña.

De cualquier modo, el lugar las embriagó, por varios motivos. El tiempo parecía haberse detenido, nadie aparentaba tener prisa; algunos coches simulaban haber salido de alguna película americana de James Dean, otros de la España en blanco y negro de los años 40 y 50; los pintorescos edificios coloniales eran encantadores, con su colorido y sus soportales para protegerse del implacable sol y de los episodios de refrescantes lluvias tropicales o del paso de algún ciclón. Eso sí, no se vislumbraba ninguna edificación nueva.

Dolores dejó volar un suspiro al ver que solo la población evidenciaba rasgos de juventud. Las edificaciones, las calles, el parque móvil se presentaban como en una foto envejecida y paralizada en el implacable latir del tiempo. Recordó sin remedio a *Suspirito*; siempre que ella dejaba escapar aquel quejido sonoro y consolador, él le respondía con un: “*Ya me estás lanzando al viento otra vez*”. El doctor nunca supo que cuando le asignó ese apelativo, aparentemente amoroso, pensaba en algo bien distinto. Los suspiros son esos dulces de merengue horneado muy típicos en la localidad de Moya, en la isla de Gran Canaria. Allí los había probado. Y no le disgustaron, pero la primera vez que lo comió, comentó que tenían demasiada apariencia para tan poco ingrediente y que se desmoronaban al primer mordisco. Por ahí iban los tiros con el “cariñoso” apodo a su volátil pareja.

Los comentarios de Carmela y Antón la devolvieron a aquellas otras latitudes que visitaba. El cubano les propuso visitar la Catedral de la Habana Vieja, declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco y situada en el mismo centro de la ciudad, la zona más antigua del país. Estaba consagrada a la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María y situada en la plaza denominada de la Catedral. Luego podrían continuar el recorrido por las otras tres emblemáticas plazas de la Habana Vieja, y llegar hasta el malecón, no sin antes hacer una parada “técnica” en la “Bodega del Medio” para reponer fuerzas con alguna de sus sa-

brosas comidas criollas y degustar sus ricos mojitos. Además, era un lugar a conocer, con mucha historia, por todos los personajes famosos que la habían visitado y habían estampado allí sus firmas: escritores, actores, políticos...

A las viajeras les pareció un programa perfecto, pero desconocían la segunda parte de la propuesta de su guía local. Antón les ofreció conocer la verdadera Cuba. Para ello se trasladarían a un barrio muy humilde, como la mayoría de las zonas que no eran eminentemente turísticas. Allí vivían unos primos suyos. Les advirtió que aunque parecían zonas inseguras, era todo lo contrario. Gente amable y espléndida dentro de sus enormes estrecheces que se ganarían el corazón, ya de por sí tierno, de nuestra Dolores y su amiga.

Un escalofrío extraño se hizo sitio en su espalda, era como un presentimiento de que este viaje, tanto tiempo soñado, iba a mover sus cimientos y a cambiar su vida. Su nombre, hasta ahora premonitorio, iba a dejar actuar al libre albedrío. Con esa actitud respondió afirmativamente al plan de su nuevo amigo.

Dolores y Carmela se lo pensaron mucho y decidieron encaminarse a un hotel en busca de hospedaje y quedarse en la Habana un tiempo más de lo previsto por el crucero que habían contratado y que tenían sus escalas en varios puntos del Caribe. Antón las animó, pues su idea era también quedarse unas semanas en Cuba hasta la vuelta del crucero de la ruta prevista. El hotel, que su amigo les recomendó, era confortable, con un cierto lujo y con una esmerada decoración. El Hotel Grand Aston La Habana estaba situado en un espacio emblemático de la ciudad, cerca del paseo del Malecón. Dolores y Carmela, después de instalarse en la habitación, se dirigieron al Restaurante Bahía, situado en el mismo hotel, donde les esperaba su amigo Antón, pues allí trabajaba uno de sus primos. Eso le permitió poder cenar con sus amigas, las cuales le comentaron a Antón que se sentían muy agradecidas por la recomendación del hotel, pues se sentían muy a gusto, se respiraba

paz y tranquilidad, el personal era muy atento y su primo, que habían conocido en la recepción, muy cariñoso y amable, y se alegró mucho de que fuéramos amigos.

Durante la cena, Dolores observaba que entre Antón y su amiga Carmela estaba naciendo algo más que una simple amistad. Les notaba cariñosos, con algo de química entre ellos y muy acaramelados. Ella no hacía más que pensar en su doctor, en su "*Suspirito*" y lo bien que podían estar allí cogidos de la mano, paseando por el maravilloso malecón de la Habana, introducirse en el suave aroma de la mar y dejarse arrullar por el ir y venir de las olas del Caribe y su suave brisa. Pero la risa nerviosa de Carmela, le devolvió a la realidad. Antón le había dicho algo al oído que la dejó muy colorada, visiblemente nerviosa y feliz. Dolores se alegró por ella. Hacía mucho tiempo que no había visto a su amiga tan radiante.

Ya en los postres, Dolores les hizo saber a sus amigos que estaba pensando en conocer a unos parientes que su padre tenía en Cuba, en la ciudad de Cienfuegos. Eran unos primos de los cuales apenas sabía nada, pues sus tíos habían muerto hacía ya mucho tiempo y su padre tuvo poco interés en saber de sus dos hermanos, los cuales habían ido con su abuelo a Cuba, cuando la hambruna en Canarias. Ellos se quedaron allí y nunca más volvieron a las islas.

Antón se propuso como guía para llevarles hasta la bella y mítica ciudad de Cienfuegos y les aconsejó a Carmela y Dolores alquilar un coche y pasar un día en la ciudad y así tratar de buscar con calma a sus primos.

A Dolores le pareció una buena idea y a Carmela también, por lo que decidió levantarse y dirigirse al baño. El vino y la cantidad de agua que había tragado esa tarde y en la cena, estaban haciendo efecto en su estómago, por lo que tenía necesidad de liberar tanto líquido cuanto antes, así, además, podría dejar un rato a solas a Antón y Carmela que cada vez más estaban más cariñosos. Dolores, ya frente al espejo del baño, observó sus pequeñas arrugas, su semblante

entristecido y se dio cuenta de cómo estaba pasando el tiempo sin poder disfrutar de una verdadera relación amorosa. Se propuso que en Cuba no desaprovecharía la oportunidad de vivir una experiencia de lujuria y desenfreno, pagando por ello si fuera necesario.

Al salir del baño se quedó petrificada, justo enfrente, y casi tropezando con él, se encontró con su “*Suspirito*”, con “su” doctor Sanz, con Gabriel, pues ese era su nombre. Su cara era todo un poema. La del Doctor Sanz también. “¿Qué hacían allí?”, se preguntaban una vez tras otra. Del sofocón, Dolores tuvo que sentarse en el sillón que se encontraba justo a la entrada de los baños. A su lado, también lo hizo el doctor Sanz.

Ambos suspiraban, se miraban nerviosos, sin atreverse a decir nada durante unos largos y emotivos minutos, hasta que al final Dolores preguntó: “¿Qué haces aquí, Gabriel? ¿Por qué estás en este hotel? ¿Por qué estás en Cuba?”. Gabriel la miró profundamente a sus ojos y le contó una hermosa y profunda historia con la que Dolores terminó llorando de la emoción al saber que el padre del doctor Sanz era de Cienfuegos...

Gabriel acompañó a Dolores hasta la mesa que ocupaban sus amigos, la expresión de Carmela al encarar la mirada con el recién llegado provocó un silencio y su sonrisa se desvaneció. Dolores invitó a sentarse a Gabriel, y con frases entrecortadas le presentó a Antón, que muy gentil le devolvió el saludo cortés, pero no se le escapó la tensión del momento.

Él les relató el motivo de su estancia en la Isla de Cuba. Su padre había nacido en Cienfuegos y muy joven regresó a Tenerife, de donde era sus ancestros, se hizo un nombre y consiguió una aceptable fortuna, dando estudios y posición a su hijo. Aunque nunca regresó a Cienfuegos, mantenía una hacienda que había comprado a través de un amigo. Las cosechas y los beneficios no estaban siendo propicios, y después de poner al día de la situación a su hijo, le pidió que se hiciese cargo de la Hacienda, que viese si podía salvar

la continuidad del negocio y si no era factible, que se deshiciera de ella.

Después de contestar a muchas preguntas que fueron surgiendo, una confesión en tono muy bajito, pero que los tres pudieron escuchar: “Sigo soltero, Dolores. No me he casado”.

A la mañana siguiente, las dos parejas viajaban dirección a Cienfuegos, cada uno con sus pensamientos y deseos. Antón, queriendo encandilar a sus amigas y al nuevo acompañante con su conocimiento de la Historia y anécdotas de la ciudad que visitarían. Carmela, entre emocionada por lo que experimentaba al ser el centro de atención de los halagos de Antón, y un miedo creciente por lo que estaba viviendo internamente su amiga. Dolores, como si de una novia se tratase, sus sentimientos la llevaban arriba y abajo, el corazón contento por el encuentro inesperado, pero, por otro lado, un miedo atroz a lo que podría vivir en los próximos días. Y Gabriel en silencio, apretando los labios, por la tensión de encontrarse precisamente a Dolores, ahora que tendría que estar sereno para resolver la situación de la Hacienda y ordenar sus sentimientos.

Los doscientos cuarenta y cinco kilómetros que separan La Habana de Cienfuegos se hicieron eternos, las conversaciones eran cortas y los silencios más largos, entonces Dolores recordó a su amiga Mirelys, y compartió con sus acompañantes su amistad forjada hacía muchos años y que aún conservaba.

Mirelys nació en Sagua La Grande, cerca de dónde ahora se dirigen, siendo jovencita fue una niña balsera y consiguió llegar a los Estados Unidos, después de mucho esfuerzo y lágrimas perdidas, consiguió la nacionalidad, una profesión y disponía de capital para viajar por el mundo, aunque cada verano volvía a la casa de sus padres, con sus hermanos y sobrinos. Sus esfuerzos se centraron en contar la historia de este trocito de tierra cubana, que le unía a Tenerife por sus ancestros. Estaba consiguiendo unir los apelli-

dos de donde venía, curaba heridas familiares de emigración y abandonos. Y Dolores, recordaba ahora que su amiga, conocedora de esta Tierra, podría ayudar a Gabriel no solo a recuperar la Hacienda, sino también a recuperar la historia propia, sus raíces caribeñas. Y ella podría ver a sus tíos y conocer a sus familias. Desde luego, aquel escalofrío que sintió al iniciar el crucero, era premonitorio del huracán que vivía por dentro.

Este huracán que la sacudía se compaginaba con la visión de un paisaje verde furioso, lleno de casas desperdigadas, de una belleza sencilla, lo que hizo que fuera serenándose poco a poco. Casi siempre contemplaba el mar, como en su querido pueblo de Candelaria, pueblo de luz combinado con el azul del cielo.

Llegaron casi de noche, en ese momento en que la luz empieza a tontear con la oscuridad, regalándole unos reflejos azulados. Y con la luna como vigilante, fueron conducidos por Antón a un hotelito pequeño, pero acogedor y limpio, y allí se dispusieron a comer algo antes de retirarse a descansar, pues había sido un día duro. Ya tendrían tiempo de conocer la ciudad y de ir a visitar a Mirelys. La cena transcurrió entre pocas palabras y muchos silencios que hablaban de lo que sentía cada uno y al terminar con el deseo de un buen descanso se retiraron a sus habitaciones.

Al llegar a la habitación, Dolores se dio un buen baño en una bañera antigua, para relajarse y poder descansar. Esta noche no quería pensar, sino abrazar la almohada y dormir a pierna suelta. Ya tendría tiempo de sacar a pasear sus pensamientos.

Mientras tanto, Carmela daba rienda suelta a sus pensamientos que fluían junto con una sensación de lo que llaman “mariposas en el estómago”. Estas “mariposas” la tuvieron despierta casi toda la noche, por lo que salió al pequeño balcón de su habitación a contemplar la estrellada y silenciosa noche.

Por su parte, Gabriel, “*Suspirito*”, antes de irse a dormir, estuvo revisando los encargos y recomendaciones de su padre para tener adelantado el trabajo que le esperaba los próximos días. Poco revisó, pues a cada momento surgía la imagen de Dolores que invadía su mente. Al irse a la cama pensó que este encuentro inesperado había sido preparado por el destino.

Antón, como Carmela, estuvo jugando con su imaginación hasta que el sueño le invadió acompañado de una sensación muy placentera.

Al día siguiente, unos antes y otros después, se encontraron en el comedor, una coqueta habitación con pocas mesas que asemejaba una sala de comedor de una vivienda familiar.

Cada uno expuso sus planes. Gabriel iba a acercarse a la casa del amigo de su padre, para gestionar qué hacer con la Hacienda, por lo que desayunó deprisa y se despidió con la idea de volverlos a ver a la tarde. Los demás irían juntos a ver a Mirelys y con ella, planear su estancia y la búsqueda de los familiares de Dolores. Pero antes dejarían sus equipajes acomodados en sus habitaciones.

Dolores necesitaba abrir su maleta y poner a buen recaudo aquella carta que le diera su padre cuando sintió cerca a la muerte, con la recomendación de que no fuera abierta ni mencionada a nadie, a menos que algún día conociera a sus primos de Cuba y se la entregara.

Una vez guardó la carta en lugar seguro, ya estuvo dispuesta a encontrarse con sus amigos para emprender la aventura cienfueguina.

Antes de salir de la habitación, Dolores se miró en el espejo, allí de pie frente a su imagen, sus pensamientos revolotearon sobre varias conjeturas. Este viaje estaba resultando ser una caja de sorpresas a medida que pasaban los días. Quién le iba a decir a ella que se iba a topar con Gabriel y que Cuba parecía irse descubriendo como el lugar que la obligaría a forjar su destino.

Cienfuegos resultó ser una ciudad abierta al mar porque se encuentra dispuesta en torno a una bahía natural, su ambiente marino les dio la bienvenida y en casa de su amiga se encontró con un mensaje que caló hondo en sus sentidos. En la pintoresca sala, en un cuadro colgado en la pared, en donde la imagen de una hermosa mujer a blanco y negro, difuminada su silueta a lápiz y que destacaba sobre el enclavado de un estrecho desfiladero rocoso, Dolores leyó lo siguiente:

“Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos. Los árboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destes arroyos, mis espejos, con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado y espada puesta lejos”.

D. Quijote de la Mancha. *Cervantes.*

Sin duda alguna, ese texto leído era una señal.

Se quedó absorta mirando la imagen de la mujer, estaba difuminada, pero la conoció. Dijo casi en un susurro, Dulce María Loynaz. No pudo contener las lágrimas y fluyeron silenciosas. Otra señal, se dijo a sí misma.

En ese momento llegaron, su amiga Carmela, Antón y Gabriel.

— ¿Qué te pasa, mi niña? Le dijo Carmela.

Ella empezó a llorar desconsoladamente. Cuando pudo articular palabra, dijo: “Es una escritora cubana. Mi bisabuela coincidió con ella en Cuba, fueron amigas. La escritora se casó con un hijo de su amiga Anita de Cañas y de Isidro Álvarez, el cual había llegado de Cuba con ahorros. Tenían una tienda de comestibles en la calle del Castillo. Cuando fue la Primera Guerra Mundial, no pudo sostener el negocio y se fueron al río de Arico a sembrar tomates y papas. Pero perdieron toda el agua del aljibe y decidieron irse a Cuba con toda la familia en el año 1918. Pablo conoció a Dulce María de Loynaz, pero su familia se opuso a la relación. Cuando

ella se divorció, se casaron en el año 1946. Fue el gran amor de su vida, aunque, Pablo vivió exiliado y lejos, después de la Revolución. Fue un cronista social y periodista muy reconocido en Cuba y fuera de Cuba”.

Justo, entró su amiga Mirelys. Y dijo: “Pero Lola, qué tertulia es esta sin mí”. Ella sonrió, era la única que la llamaba Lola.

—¡Ay, amiga, estamos hablando de la mujer del cuadro! Tanto amaba a España y España a ella, pues fue reconocida con el Premio Miguel de Cervantes en el año 1992. Me hace muy feliz que eligieran la cita de D. Quijote de la Mancha. Un texto bellísimo, y que describe la elección de ser libre y feliz con la naturaleza, desde el humor de D. Quijote. Mi abuela decía que las dos, Dulce María y su madre, Dolores Arcadía, describían la Habana como *una pequeña Viena, una París en miniatura, un extracto de Buenos Aires; donde todo era color, esplendor y refinamiento*. Mi bisabuela también vivió en Cuba y tuvo tres hijos, dos se quedaron en Cuba. Regresó a Tenerife por motivos de herencia y se trajo a mi abuela Dolores. Ellas guardaban los libros de Dulce María Loynaz como un tesoro, y esta las visitó cuando vino a Tenerife. Escribió una poesía que es mi preferida.

Y comenzó a recitar mirando a Gabriel:

*Si me quieres, quíereme entera,
no por zonas de luz o sombra...
Si me quieres, quíereme negra
y blanca, y gris, verde, y rubia,
y morena...
Quíereme día,
quíereme noche...
¡Y madrugada en la ventana abierta!...
Si me quieres, no me recortes:
¡Quíereme toda...! O no me quieras!*

Y eso la llevo a otro pensamiento y una copla que siempre le había inspirado una ternura indescriptible:

*“Honestamente me emocioño,
cuando canto las folias,
pensando lo que te quiero,
sabiendo que no eres mía”.*

Versos que le traían la sensación de que ella siempre tuvo que “querer y no poder” ..., una vena que le venía de su abuela y bisabuela, que siempre le había atraído, aunque nunca le dedicó tiempo por su estudio de la farmacopea y empeño “paterno” en el negocio familiar. Estaba siendo un viaje de reencuentros, con amores “casi” perdidos y de sentimientos que iban aflorando de alguna parte de su alma y corazón y a los que nunca les dio la verdadera importancia que tenían. Había leído esos versos en un libro que recogía la inmigración de Tenerife a Cuba. Pobladores de la Habana, Santiago, Santi espíritu y Cienfuegos, que provenían de varios lugares de Canarias. Ella conocía las historias de isleños que viajaron en busca de una vida mejor, y que fueron amigos de su tío y padre. De Arona, Taganana, de la Gomera, Lanzarote y Fuerteventura. Realmente le inspiraba ternura que un camellero de Ifonche, maestro Honorio *pa’ más* señas, hubiera ido a Cuba en busca de una vida mejor, llevando a sus animales allende los mares. Y recordaba al gomero, que partió de La Dama, a trabajar en aquellos molinos de grano y en las fraguas que tanto se utilizaban en las labores del campo y que tenía el sobrenombre de “maestro José García”. Tenía las cualidades perfectas para ser buen molinero, trabajar en la fragua y en la construcción de casas y graneros, además de enseñar esos oficios a todo aquel isleño o cubano que se acercaba de aprendiz para trabajar en una tierra que les dio asilo, vida y comida, cuando en las islas, tuvieron tanta hambre y penurias.

Recordaba los versos que siempre mentaba su tío, de este gomero de la Dama.

*“Yo quisiera y no quisiera,
que son cosas diferentes,
quisiera que no me olvides,
yo quisiera amarte siempre”.*

Y afloraron las ensoñaciones e historias que su padre evitaba contar cómo que la Loma dónde se sitúa el emblemático Hotel Nacional de La Habana, se llamaba “La Loma de Taganana”, porque en aquellos primeros años de poblamiento de Cuba, los Isleños cruzaron “el charco”, para sembrar y cosechar la nueva tierra. Parte de su familia había emigrado a esta tierra, y su padre no gustaba de hablar del tema, sino solo cuando se refería a aquella misteriosa carta.

En eso estaba Dolores ensimismada, cuando su amiga Mirelys le dijo: “Lola, parece que hubieras visto a un fantasma o estuvieras enamorada, chica...”.

Ella salió de esos pensamientos con la firme intención de conocer a sus primos de Cuba. Conocer lo hermoso de Cienfuegos, con sus plantaciones de tabaco y de todo tipo de frutas y verduras tropicales. Era una suerte que alguna vez hubiera tenido la inquietud que le llevo a leer y estudiar sobre las hierbas medicinales y cómo servían para muchas dolencias y, hasta se aventuraban a pensar, cómo rezaba esa canción, que muchas de esas hierbas quitaban el “mal de ojo”, el “mal de amores”, y hasta “tristezas pegadas al alma” y la frustración que sintió tanto tiempo cuando su vida se había quedado entre su farmacia y familia. Ciertamente es que el destino le estaba brindando una segunda oportunidad y que no iba a dejar de aprovecharla para conocer a su familia cubana y a descubrir cuán fuerte era el amor de Gabriel y cómo entender que el destino lo hubiera puesto de nuevo en su camino. Ella venía de vueltas, pero con unos sentimien-

tos y una manera de pensar que en este viaje se maceraba y maduraba, como aquellos vinos de su tierra Tinerfeña, que tanto gustaba.

Y salieron con su amiga Mirelys, Carmela y Antón, para la dirección dónde creía que vivían sus primos. Gabriel prefirió buscar la hacienda de su padre y ver en qué condiciones estaba y qué podía hacer con ella; aunque sus pensamientos se entremezclaban con la sensación de que el amor de su vida, al que nunca hizo caso en Tenerife de la manera debida, estaba en fase “crisálida” de mariposa y se aventuraba, sin él, hacia nuevos horizontes de vida y familia.

Era una casa de campo, solariega, dónde llegaron y tocó en un gran portalón preguntando por sus primos Rosendo, Goyo y Alexis. Ella no conocía ni recordaba sus nombres, pero el pueblo era de aquellos en los que la llegada de una paisana canaria, despertaba curiosidad y alentaba a la que gente, siempre amable y dispuesta, contase cosas de la familia y la pusiera en antecedentes. Eran gente luchadora y dura. Trabajadores incansables que, pese al régimen tan difícil que tenían y estaban viviendo, se habían granjeado el respeto.

Decir canario en Cuba y en Cienfuegos y Santi espíritu, era un sello de lucha y generosidad, y ella ardía en deseos de conocerlos y de darles el abrazo y la carta de su padre que con tanto cuidado había custodiado desde su Tenerife.

Estaba nerviosa y sudorosa. Y no sabía si por el clima cálido, tan propio del trópico, o porque iba finalmente a conocer a los primos de su tío, que emigro a Cuba y del que no se supo nunca más, ni retorno a su tierra. Eran gente recia y que habían sabido adaptarse al campo de Cienfuegos. Habían sabido llevar los conocimientos que su padre emigrante les trasmitió. De siembra, molienda del grano y de la forja, que tanto se destilaba. Habían diversificado su plantación entre frutas tropicales y unas hojas de tabaco con los que hacían unos puros que eran conocidos en esa parte de la región, como” los puros del Isleño”. Un olor a tabaco, a

campo y a tierra; que la embriagaba y le hacía recordar todo aquello que tanto quiso, pero que nunca pudo tener por su exigente educación universitaria.

Y al llegar, sus primos y esposas, estaban entre sorprendidos y encantados de conocerla. Era, sin duda, una situación especial, que la había imbuido en esa Cuba profunda de aromas y música. Antón y Carmela estaban a lo suyo, pero Mirelys no dejaba de observarla.

Le ofrecieron un sinfín de manjares de la tierra, y una fiesta llena de música cubana que, en la voz de Zayda, mujer de su primo Alexis, la hicieron vibrar de los pies a la cabeza. Era ella, como esas personas que dicen ser abducidas por los extraterrestres, y que les cambia la vida.

Quedó ensimismada, escuchando esos sonos y guarachas, que decían en sus estribillos:

*“El día que yo me muera,
no quiero lujos, ni honores,
solo labios que me besen,
y unos ojos que me lloren”.*

Y lloró de manera desgarradora y emocionada, al pensar y descubrir de pronto que dejaba y cambiaba una vida llena de desvelos y trabajo, por otra en la que había encontrado a su nueva familia y, en cierta medida, también intuía en el fondo de su corazón que apostaría por ella. Con o sin “*Suspirito*”, ella quería: “una vida libre, llena de sentires, locuras y emociones” que llegaran no solo a humedecerle el alma, sino el cuerpo de los pies a la cabeza. Una nueva vida llena de emociones y vivencias con las que crecer como mujer y como persona. Mientras seguía escuchando la hermosa voz que la embriagaba y le presentaba un nuevo presente y futuro...

Sus primos de Cienfuegos, Zaida y Alexis, le abrieron las puertas de su casa y también las de su alma y escuchándolos entendió que sus padres se quedaron cortos cuando habla-

ban de los primos de Cuba. Todo fueron agasajos al recibirla, la prima de Canarias era para ellos como una diosa caída del cielo. No esperaba tanta amabilidad y cariño y ella no sabía cómo corresponder a tanta generosidad.

Recordó entonces, embelesada, las leyendas de su abuelo materno que, allá en la isla de la Palma, en los veranos que pasaba en el campo cuando era niña, le contaba de su paso por Cienfuegos y Camagüey, cuando tantos isleños emigraron a la isla del Caribe a matar el hambre de la postguerra civil española que sumió a las islas en una época de escasez agravada por la sequía, y muchos tuvieron que salir a tierras lejanas Cuba y Venezuela y otras para ganarse el sustento, entre ellos su abuelo. Le contaba su abuelo que la gente de Cuba era alegre y parecía feliz, con sus bailes y su música apagaban el llanto y enmascaraban las penas de todo aquel que suspiraba y que compartían todo aquello que tenían como si todos fueran hermanos.

Dolores lo estaba comprobando ahora en la casa de sus primos, en aquella ciudad bañada por el mar esmeralda que la hacía soñar en su ayer, en la farmacia de la que nunca creyó salir, ni mucho menos vivir esta aventura que hoy traspasaba todos sus sueños. Su vida comenzaba una nueva andadura y, aunque no sabía lo que pasaría con "*Suspirito*", se encontraba a gusto consigo misma y con el respaldo de sus primos, y ello le abría un nuevo y prometedor horizonte.

Ensimismada en sus pensamientos, Dolores se dejaba llevar por las reminiscencias de su pasado y las emociones abrumadoras que despertaban en ella la música y las letras de las canciones cubanas. Las historias de su familia, de sus antepasados que habían cruzado el océano en busca de una vida mejor, se entrelazaban con sus propios anhelos y deseos, creando un remolino de emociones en su corazón.

Fue entonces cuando el toque en la puerta la sacó bruscamente de sus ensoñaciones. Levantando la vista, vio a Zaida y Alexis intercambiando miradas expectantes, y supo

que alguien había llegado a visitarlos. Un escalofrío de anticipación recorrió su espalda mientras se preguntaba quién podría ser y que noticias traería.

Con paso vacilante, Dolores se levantó y se dirigió hacia la puerta, al tiempo que su corazón le latía con fuerza en el pecho. Al abrir la puerta, se encontró con una escena que la dejó sin aliento: “*Suspirito*” estaba allí. Gabriel se acercó a ella con una sonrisa cálida en los labios. Había algo en la forma en que la miraba, algo en la intensidad de su mirada, que le hacía sentirse vulnerable y poderosa al mismo tiempo.

Una tensión palpable flotaba en el aire entre ellos, cargada de emociones no dichas y deseos ocultos. Dolores se preguntaba qué significaba todo esto, qué significaba este encuentro en el contexto de su nueva vida en Cuba y sus aspiraciones recién descubiertas.

—Gabriel —murmuró Dolores, su voz apenas un susurro en el aire cargado de emoción—. ¿Qué haces aquí?

Gabriel le devolvió la sonrisa, y Dolores pudo ver la chispa de determinación en sus ojos.

—Vine a verte, Dolores —dijo él con voz sonora y en tono de urgencia y sinceridad—. Necesitaba verte y decirte que desde el primer momento que te vi, supe que eras especial. Que eras diferente a cualquier otra persona que había conocido.

Las palabras de Gabriel la llenaron de una emoción abrumadora, y Dolores sintió que el mundo entero se detenía a su alrededor mientras se perdía en la profundidad de su mirada.

—Gabriel... —susurró ella, sin saber qué decir, sin saber cómo expresar lo que sentía en ese momento—. Yo...

Pero las palabras se le atascaron en la garganta, y antes de que pudiera decir algo más, Gabriel la envolvió en un abrazo apasionado, fundiéndola en sus brazos con una fuerza que la dejó sin aliento.

—Gabriel... —susurró ella, sin saber qué más decir, sin saber cómo expresar lo que sentía en ese momento—. Yo...

En ese instante, en medio de la música y la alegría, Dolores supo que su vida había dado un giro inesperado, que estaba en el umbral de una nueva y emocionante aventura. Y con Gabriel a su lado, listo para acompañarla en este viaje hacia lo desconocido, se sintió lista para enfrentar cualquier desafío que el destino les pusiera en el camino.

—Ya tengo casi solucionado el tema de mi familia —se dirigió a los primos que los miraban embobados y en silencio—. El amigo de mi padre, Nilberto, ya tenía mucha documentación en su poder y me ha dicho dónde puedo localizar los certificados que me faltan para por fin ver realizada la promesa a mi padre.

—Estupendo —dijo Dolores apartándose nerviosa—. ¿Y necesitas que te ayudemos? Me hace ilusión que sigamos compartiendo este precioso viaje del que tantas veces hablamos, pero sin llegar a comprar pasaje —dijo a modo burlón, mientras le servía una taza de café.

Dolores ignoraba cuál era la promesa del doctor a su padre, pero aun así, quería ayudarle.

Durante todo el tiempo que duró el desayuno de exquisito café, junto al rico pan con mantequilla y las jugosas frutas que sus primos, Zaida y Alexis habían preparado en una fuente, y que habían recogido esa misma mañana de las tierras, no paraban de hacer planes en relación con los documentos que necesitaban, pero también sobre cómo aprovechar al máximo su estancia en la isla y disfrutar de sus maravillas.

Gabriel sorprendió a todos preguntando por la Iglesia de Nuestra Señora de la Caridad, y le preguntó a Dolores que si le acompañaba a visitarla esa misma tarde, a lo que ella aceptó con una pícara sonrisa, pues el doctor siempre se había considerado ateo.

A eso de las seis de la tarde estaban ambos dentro de la iglesia, en la vieja Habana, y delante del altar de la Virgen, Gabriel le dijo a la muchacha:

—Creo que ya va siendo hora de que tome un poco de valor y haga lo correcto, no solo porque se lo haya prometido a mi padre, sino también porque es lo que deseo hacer desde hace mucho tiempo, aunque en el último momento me echaba atrás. Dolores, ¿te quieres casar conmigo?

La respuesta que obtuvo fue la de la sonrisa de la joven, seguida de un rostro de incredulidad.

—*Suspirito*, no hace falta que me vengas con estas ahora, te tengo mucho aprecio, y te lo tendré siempre, pero por favor, no juegues con los sentimientos, y menos dentro de una iglesia —le dijo con clemencia dibujada en su mirada.

—Es la verdad, te quiero, te he querido siempre, lo que nunca he tenido el valor de decírtelo, porque te veía una mujer libre y feliz, y no quería atarte...

En ese instante, tras mirarse fijamente a los ojos, se dieron un beso a modo relámpago, pues no querían que les llamasen la atención por hacer algo prohibido dentro de una iglesia.

La vuelta a casa de sus primos, en el destartalado taxi, se hizo un tanto incómoda. Ambos evitaban mirarse directamente y apenas cruzaron media docena de palabras; él por la evasiva respuesta que había tenido su propuesta, ellas por el cúmulo de sensaciones que atenazaban su alma. No podía apartar de su pensamiento la inesperada pregunta que Gabriel le había hecho minutos antes en la iglesia. Reflexionaba sobre qué habría pasado si aquella proposición hubiera llegado años atrás, cuando ella vivía con ilusión su relación con él, ansiando, secretamente, que se decidiera a consolidarla. Ahora todo era distinto, ella acababa de recuperar su autoestima, además, la reciente libertad y el nuevo giro de su vida la hacían sentir feliz por primera vez en muchos años.

Al llegar a la casa, Zaida invitó a Gabriel a la fiesta que preparaba para el día siguiente, ellos también querían agasajar a los canarios con una celebración tradicional de la tierra. Él aceptó por cortesía y con la ilusión de tener otra oportunidad para insistir con Dolores. Esta lo despidió en

la puerta con un ligero beso en la mejilla, entrando en la casa en pos de su prima, quien no paraba de hablar sobre los preparativos del domingo.

Al día siguiente la fiesta comenzó al mediodía, con un asado de carne y verduras, en el jardín trasero de la casa. Bajo los árboles frutales se colocaron las mesas improvisadas donde se serviría la comida, y el patio de la casa se reservó para el baile que duraría toda la tarde y parte de la noche.

Entre Zaida, Alexis y Dolores habían preparado todo para recibir a sus amigos. Sobre las doce llegaron Carmela y Antón que, supuestamente, había pasado por la pensión a recogerla, aunque la enorme complicidad que Dolores vería entre ellos la llevaba a pensar si no habrían pasado la noche juntos. Ya le sonsacaría más tarde a su amiga.

El siguiente en llegar fue Juan Antonio, el mejor amigo de Alexis, un canario llegado a la isla hacía veinte años, que había conocido en su lugar de trabajo, y con el que había hecho amistad enseguida por el carácter afín de ambos y su gran afición a la música. Zaida le presentó a sus invitados canarios y él saludó cortésmente a todos, dejando a Dolores para el final. Ella no podía apartar los ojos de aquel cincuentón, de muy buen ver, que sonreía sin parar no solo con los labios sino con los propios ojos. El apretón de manos que se dieron duró más de lo que hubiera sido cortés. Los ojos en los ojos, como reconociéndose y con la sonrisa en ligero temblor nervioso por parte de los dos. Juan Antonio rompió el momento de nerviosismo saliendo al patio para ir a ayudar a Alexis con la barbacoa.

En la comida, quizá propiciado por los dos, se sentaron juntos en la mesa. Allí supo Dolores de la historia de Juan Antonio, quien había emigrado a Cuba buscando progresar económicamente, hacía más de veinte años.

—No lo conseguí, pero tengo un buen trabajo y me acostumbé a vivir aquí. Cuba es una tierra que te engancha, y sus gentes aún más. Además, en Tenerife ya no tengo fami-

lia cercana y aquí, Zaida y Alexis se convirtieron en la mía. Sobre todo cuando me separé de mi esposa hace unos cinco años. Ellos han sido mi refugio y mi sostén en las distintas adversidades de la vida.

Dolores le escuchaba interesada y compartió con él los últimos avatares de la suya y el propósito que la había llevado hasta la isla. A su izquierda se había sentado Gabriel, quien intentaba competir en llamar la atención de ella una y otra vez, pero Dolores sentía más interés por la charla con Juan Antonio que por la suya y “*Suspirito*” comenzó a sentirse incómodo e ignorado.

En la sobremesa, las sillas y bancos se desplazaron hasta el patio y allí dio comienzo la música. Dolores descubrió con ilusión que su reciente amigo tocaba la guitarra y, más tarde, pudo escuchar también su armoniosa voz entonando unos boleros que le erizaban la piel. De hecho, cuando sus miradas se cruzaban, en algunos pasajes de las canciones, sentía el corazón latir desbocado. Por ello, cuando, recién caída la noche, lo vio acercarse para invitarla a bailar bajo los farolillos del patio, temió que ese galope fuese oído por él o por alguien cercano. Las manos y las rodillas le temblaban al acompañarle a la improvisada pista de baile, y cuando su brazo le rodeó la cintura y sintió la proximidad de su cuerpo, notó que el mundo se abría bajo sus pies.

Por la cabeza de Dolores pasaron muchas cosas. Mientras oía esas voces, recordaba todo lo vivido. Agradecía muchos momentos dejados atrás. Otros, simplemente prefería no recordarlos.

Nuevos aires. Nuevas caras. Horizontes donde todo se dibujaba de otra manera.

Tantas vivencias habían hecho que pensara de manera más tranquila. Más consciente de su cambio y de lo que esperaba para su futuro.

Cerró los ojos y se dejó llevar con el sonido de la guitarra, que prometía cosas nuevas.

Mientras Dolores se sumergía entre los brazos de Juan Antonio, Gabriel intentaba captar su atención. Sin embargo, cada intento suyo parecía desvanecerse en la atmósfera cargada de conexión entre Dolores y su nuevo conocido. Cada risa compartida, cada gesto cómplice entre ambos, eran murallas infranqueables para Gabriel.

La tensión en la habitación era palpable. Zaida y Alexis intercambiaban miradas preocupadas, conscientes de la tormenta que se estaba gestando entre los recién llegados y sus invitados. Mientras tanto, Antón y Carmela observaban desde la distancia, como si intuyeran la tormenta que se avecinaba.

Gabriel, sintiéndose cada vez más desplazado, decidió dar un paso audaz. Se puso de pie frente a todos, atrayendo la atención de la habitación. Con voz firme, anunció: “Dolores, sé que acabamos de reencontrarnos, pero desde que te vi de nuevo, algo ha cambiado en mí. No puedo evitar sentir que nuestro encuentro no es solo una coincidencia, sino un destino que nos está guiando hacia algo más. Te pido una oportunidad para demostrarte lo que siento”.

El silencio que siguió fue abrumador. Todos los presentes se quedaron expectantes, aguardando la respuesta de Dolores. Sus ojos oscilaban entre Gabriel y Juan Antonio, mientras su corazón latía con fuerza, dividido entre el pasado y el presente.

Por un momento, Dolores sintió como si estuviera atrapada en un torbellino de emociones. Recordaba los momentos compartidos con Gabriel, la conexión que una vez sintieron, pero también sentía la chispa recién descubierta con Juan Antonio, una chispa que prometía algo nuevo y emocionante.

Entonces, en medio de la incertidumbre, una ráfaga de viento azotó la casa, haciendo que las ventanas temblaran y las luces parpadearan. Fue como si la naturaleza misma estuviera reflejando la tensión en el aire.

Dolores miró a los ojos a Gabriel, viendo en ellos la sinceridad de sus palabras. Luego, su mirada se posó en Juan

Antonio, quien le devolvió una sonrisa cálida y reconfortante. En ese momento, supo lo que debía hacer.

Las amigas, las buenas amigas, suelen leerse los pensamientos, no de la mente, sino del alma, de lo que se siente sin explicación aparente. Mirelys esperó a que la fiesta amainara y cuando la música del temporal se quedó sin batería, se acercó a Dolores y le susurró unos versos de la admirada poeta:

*“¿Quién toca el arpa de la lluvia?
Mi corazón, mojado, se detiene a escuchar
la música del agua.
El corazón se ha puesto
a escuchar sobre el cáliz de una rosa.
¿Qué dedos pasan por las cuerdas
trémulas de la lluvia?
¿Qué mano de fantasma arranca?
¿Hay gotas de música en el aire?
El corazón, suspenso, escucha:
La rosa lentamente se dobla bajo el agua...”*

Dolores reflejaba su mirada en los ojos lluviosos de Mirelys, unieron las manos y se ausentaron durante unos segundos (en medio de una escena propia de “Lo que el viento se llevó”) a un rincón de la desvalida casa.

Hablaron durante horas sin que los protagonistas de sus emociones formaran parte de la narrativa de la conversación.

Mirelys era natural de la provincia de Santa Clara, la misma que el poeta cubano Manuel Díaz García, afincado los últimos años de su vida en Canarias, concretamente en Las Palmas de Gran Canaria. Amigo de Dulce María Loy-naz. Ambos: Manuel y Dulce María quedaron atrapados por el libro de viajes (*Europa era así*, 1941) de la paisana, periodista, escritora, feminista, activista y amiga común, Ofelia Rodríguez Acosta.

Carmela, a pesar de su estado de enamoramiento con Antón, quiso participar en la culta conversación que se gestaba entre coincidencias de célebres personajes con los que de alguna forma tenían cierta vinculación. Carmela, recordada que, en su trasiego de documentación entre ayuntamientos, encontró un libro que le permitió no solo conocer e interesarse por la autora cubana, sino conocer mucho mejor la idiosincrasia de su isla. “Un verano en Tenerife” es un libro poético, una interpretación lírica de las Islas Canarias, publicado en Madrid en 1958.

El café aguado de la mañana mostró la claridad de los sentimientos que recorrían el alma de Dolores, dos hombres, Gabriel y Juan Antonio, tocando en la puerta de sus emociones, mientras ella, sorbo a sorbo, reforzaba los ciñimientos de su libertad. Su autoestima no necesitaba de nadie que cubriera hipotéticas carencias.

Dolores esperó a que estuvieran todos en torno a la mesa.

—Les voy a leer un poema que define el presente y futuro de mis días:

*En mi verso soy libre: él es mi mar.
Mi mar ancho y desnudo de horizontes...
En mis versos yo ando sobre el mar,
camino sobre olas desdobladas
de otras olas y de otras olas... Ando
en mi verso; respiro, vivo, crezco
en mi verso, y en él tienen mis pies
camino y mi camino rumbo y mis
manos qué sujetar y mi esperanza
qué esperar y mi vida su sentido.
Yo soy libre en mi verso y él es libre
como yo. Nos amamos. Nos tenemos.
Fuera de él soy pequeña y me arrodillo
ante la obra de mis manos, la*

*tierna arcilla amasada entre mis dedos...
Dentro de él, me levanto y soy yo misma.
Dulce María Loynaz (1902-1997)*

Nos queda un maravilloso viaje por delante, Cuba es grande y hermosa, hay muchas personas por visitar, paisajes por descubrir y experiencias por vivir...

Pasó la tarde en un suspiro, Dolores, segura de sí misma, se despidió. Deseaba estar sola, pensar en todo lo vivido...

Se despertó pasada la media noche, un cielo maravilloso y estrellado la invitó a la contemplación de lo infinito. Mirando, se percató de que todo estaba claro en su interior. Se dio cuenta de que experimentar la exuberancia de la vida era posible si había estabilidad interior, podía bailar al son de la alegría sin recortar su vida, sin identificarse con situaciones que no la conducían a nada, pues al identificarte con algo, lo que sea, tu mente entiende que debe ser protegida y solo funcionará para eso. Liberarse consistía en dejar atrás las delimitaciones con sus dramas psicológicos. ¿Acaso no había vivido así hasta ese momento? Recordó retazos del poema leído aquella tarde *“En mi verso soy libre... Mi mar ancho y desnudo de horizontes...”*

Sí, libre de pensamientos viejos e innecesarios. Está claro que se necesita pensar para sobrevivir, por supuesto, pero no se necesita pensar para explorar algo nuevo, ver claramente sin que tu visión sea obstruida por ti misma. Si eso sucede, la estabilidad y la exuberancia serán reales, esencialmente todo está enraizado en la claridad de la visión, esa visión que hace que nada se interponga en nuestro camino...

El tiempo había pasado volando, eran las cuatro de la madrugada. Orión y las Pléyades resplandecían. Una Dolores, sonriendo fortalecida, se fue a dormir en paz, el mañana, la esperanza recién estrenada y diferente con su luz, será de verdad un nuevo día...

Y amaneció de nuevo. La mañana era luminosa, lo que dio a Dolores el impulso de pasear, así que se encaminó en

busca de su ancho mar y de su desnudo horizonte. Y su pensamiento se desató. No podía más con la convivencia forzada e incómoda de aquella hacienda. Su corazón era un caos de emociones que no sabía ordenar... ¿Por qué el destino la había llevado hasta allí? Tenía que hallar la manera de aclarar sus sentimientos, de hacerlo sin margen de error. Porque dos hombres la amaban y ella por ambos se sentía adorada, pero el camino por hacer había de ser solo con uno de ellos. Cuba, Tenerife, el Atlántico y su soledad amada, mecían la cabeza de Dolores como si de una barca se tratara. Cuánto amor, cuánto paisaje querido, cuántos recuerdos preciosos con los que hacerse una guirnalda de sentires. La muchacha no sabía cómo ordenar todo aquello que la embargaba y la embotaba.

Echó a andar por inercia hacia las plantaciones. Aquellos paisajes sobrecogían por su inmensidad exuberante. Caminó y caminó hasta agotarse. Cuando el sol fue tan fuerte que le impedía ver con claridad, se tumbó a la sombra. Sintió sed, pero se dio cuenta de que no llevaba agua. Además, creía recordar que había dado unas cuantas vueltas, de tal manera que si la llamasen a jurar, no sabría decir con exactitud cuál era el camino de regreso a la hacienda... ¿Y ahora...?

No pasaba nada. El día aún era largo. Es lo que tiene el trópico, que derrocha luz hasta por castigo. Eso hace que la vegetación sea hermosa y generosa con sus frutos. Eso hace que los amaneceres sean cada día el parto de un mundo y los atardeceres, la despedida de un universo entero. Pero, en medio, la vida en aquella isla bendita era una jornada infinita de descubrimientos y sensaciones y emociones y presentimientos, también. En esas estaba la mujer cuando la fatigó un profundo sueño, producto del cansancio y la desorientación.

Cuando despertó, la noche caía en un cielo espectacularmente limpio. Dolores se levantó de un salto y gritó el nombre de Gabriel. Las aves del lugar se asustaron del grito tan agudo que profirió. Y hasta ella misma se sobrecogió al

escuchar en su propia boca el nombre de *Suspirito*. ¿Por qué ese nombre? ¿Era una señal de algo? ¿Acaso el sueñecito le había despejado alguna duda en su caótica cabecita? ¡Claro, eso era! Gabriel era el hombre de su vida. Con él forjaría un proyecto de vida y de futuro. Su libertad no estaba reñida con una vida compartida con amor. Sí, Gabriel era la respuesta a su caótico rompecabezas. La vida, a veces, nos aturde con tantos acontecimientos simultáneos, que no somos capaces de ver el sendero marcado. Dolores acababa de descubrir el suyo. Y se llamaba, para ella, *Suspirito*. Su niño grande, su amor. ¡Sí! ¡Y necesitaba decírselo cuanto antes!

Echó a correr como alma que lleva el diablo. La muchacha no sabía hacia dónde se dirigía. Era de noche. Su mente tenía claro el destino, pero el camino se antojaba complejo, por la oscuridad de la noche y porque ella no se preocupó en ningún momento de su paseo, por fijarse en el rumbo que tomaba. Así que, de pronto, cayó en la cuenta de que estaba perdida y paró en seco. Dio vueltas sobre sí misma hasta marearse. Saltó, gritó y rompió en llanto. Estaba en medio de la nada. Aquello era absurdo. Dolores, la suya, no podía estar en medio de una situación tan ridícula. Intentó calmarse y echó a andar de nuevo. Esta vez con cuidado. La vegetación era imponente. El trayecto, muy irregular. Ella pisaba todo lo firme que podía, pero aquel despeñadero fantasmal se empeñó en invitarla a dormir.

FIN

PARTICIPANTES EN EL RELATO ENCADENADO DE LOS
COLABORADORES DE LAS SECCIONES:

*Gloria López, Luis Alberto Serrano, Tania Ramos, Ina Molina,
Lange Aguiar, Toñi Alonso, Matale Arozena, María de la Luz,
María García, Alexis García, Isa Hernández, Inma Flores, Elena
Padrón, José Luis Regojo, Luisa Chico, Carmelo González,
Esteban Rodríguez, Albertine de Orleans y Rosa Galdona.*

II PARTE



ALGUNAS VECES, SIEMPRE
(Las palabras)

En ocasiones me inundan las palabras
y, posesivas, corren por mis venas.
Otras, jugando al escondite con las musas, se
me ocultan oscuras, como ajenas.

Son como yo misma algunas veces;
otras, la más extraña sensación.
En momentos, como dulce canción
o espantosa pesadilla me parecen.

Con ellas, abrazo a quien yo quiero
y aparto a quien molesta en ocasiones.
A veces quiero esconder entre sus letras
mis más inconfesables pretensiones.

De palabras se compone el pensamiento,
y forman parte del amor, en ocasiones.
O, a veces, empapadas de pasiones,
se disparan al otro yo sin miramientos.

Siempre, siempre, serás parte de mi ser,
bien como escudo o puerta abierta al mundo,
fluyendo de la mente hacia mi mano
para bordarte áspera o suave en el papel.

© MATALE AROZENA
Tertuliana y colaboradora de la revista

ALEGATO DEL ALMA

Hace tiempo que me descubrí,
descubrí mi levedad
me vi... vi mi alma,
unas veces, perdida en un laberinto,
otras, al borde de un acantilado
o sobrevolando apacibles y verdes prados.

Ya nos lo advirtió el santo de oriente: (coro)
“Quien se ve a sí mismo (coro)
está más allá del bien y del mal” (coro)

¿Y ahora, qué hacer?
Este nuevo paisaje,
este desconocido territorio
me desorienta, no tiene indicaciones...

Ya no me sirven los viejos códigos
ni las enseñanzas recibidas
porque para este nuevo hábitat
se requieren nuevos comportamientos.

Entonces me embargan las dudas,
me hiera la incertidumbre
la no certeza y la desconfianza
me asaltan como bandoleras de caminos.

Los síes, los noes, lo blanco y lo negro
pugnan por torpedearme
para hacerme retroceder y perder así
los territorios conquistados.

(CORO)

Dudas si es tentación a tu vanidad
o el temor a estar equivocada
la que te deja suspendida
en un inmenso vientre etéreo.

No me atrevo a aseverar
que este trayecto sea el verdadero,
sea un espejismo o un estado perverso.
Sé que me confunde este vagar indefinido e incierto.

Instantes vivo llevada por alazanes,
otros, perdida estoy en el oscuro invierno.
Se me escapan de entre los dedos
los caprichos, deseos y sueños.

(CORO)

Ahora es una larga vigilia
de ojos abiertos, sin amaneceres
porque los relojes se han detenido
y los calendarios todos
son viejos.

(CORO)

El día y la noche se prolongan
fundidos y confundidos sin parir
un nuevo periodo que dé respiro
a esta vaguedad vital.

Desconozco fórmula alguna
que me permita resolver
esta ecuación perdurable
y de caracteres imprecisos

No tengo maestro que me enseñe...
Siento la vaguedad del limbo,
vivo la soledad del nacido
y la soledad del muerto.

Peligroso es que se cumplan los sueños.
En mi infancia soñaba,
hablaba con las aves,
con ellas surcaba los cielos.

(CORO)

Ahora, en este desconocido territorio,
ella no tiene guía ni mapas.

No hay indicaciones, solo mi albedrío...
Y el viento.

© BALBINA RIVERO
Colaboradora de la revista

LA HISTORIA DE LA PRINCESA

Cuenta la historia que había
en una casa encantada,
una princesa muy bella
que al balcón se asomaba.

Y una tarde de verano,
un príncipe que pasaba
alzó la vista quedando
preso de su mirada.

Cada día él volvía
para ver a la princesa,
y ella se sonrojaba
brindándole una sonrisa.

Su amor y su desvelo
un día él le confesó,
y enviándole una carta
su corazón conquistó.

Ella tímida y sonriente
también a él le confesó,
que se había enamorado
y que suyo era su amor.

Y al pie de las escaleras
del Palacio él la esperó,
se abrazaron fuertemente
y así sellaron su amor.

Y a partir de ese momento
comenzaron a vivir
una historia muy bonita
y con un final feliz.

© MARÍA ISABEL VIDAL
Tertuliana

LA MUSA

Mi pluma se desliza suavemente
sobre el blanco papel,
tense la mano sobre el pliego desnudo
para escribir.

No me inspira
que me inspiraba
ese hábito constante,
que me alienta día tras día.

Aquellos versos de amor
sobre mi mano escribía,
me sentí sola, muy sola,
escribiendo al silencio, tal vez al recuerdo.

Me apenan las horas,
tristes y vacías,
tu nombre en mi mente
es poesía.

© TERESA TERÁN
Tertuliana

LLANTO

En la penumbra del silencio oigo los sonidos de un llanto.
¿Conforta a ese corazón triste el rocío de unas lágrimas?
¿Es bueno sollozar en daños de amor?

Será maestro de los maestros, para un alivio iniciar
esas gotas
saladas que resbalan por tu cara,
o son disparos de amor roto.

Hablar relaja un montón aunque sea breve la oración,
la plegaría llega al corazón, y el gemir se aplaca,
y aunque el dolor lleve dentro el verbo conforta.

Ese que abate tu orgullo, no merece ni una lágrima tuya,
sal de esa penumbra que el futuro es tuyo.
Entierra ese pasado, olvida al gañán que te hizo daño
y sé feliz mujer.

© CANDELARIA GONZÁLEZ
Tertuliana

SOLO EL IMAGINARME

Solo el imaginarme,
en la quietud de la espera
que te me hace Dulzura,
tu ansiada presencia
hace que, en mi cara,
ya con caminos
que conducen a Deterioro,
se dibuje una sonrisa
capaz de reinventar
prístinos momentos
que me saben a susurros,
al supremo bienestar
de dicha omnipresente.

Así te imagino y te repienso,
en campos con huellas
que a desnudos se asemejan.

© JUAN FRANCISCO SANTANA DOMÍNGUEZ
Colaborador de la revista

RATÓN ENTRE PAPELES

A veces era como un ratón entre papeles, esperaba que el sortilegio de las palabras pudiera sosegar su desesperanza.

No quería saber, ni oír, ni creer lo inevitable. Aplacaba sus pensamientos caóticos con el calor de las luces, las voces susurrantes y las miradas silenciosas de jóvenes amantes. Allí, entre libros, apelaba a los mensajeros de la noche, requerimientos recónditos

Eludir la poderosa distancia entre caer violentamente o escalar a fuerza de roble.

Algunas veces se reconfortaba con robarle un día al pasado, una tarde de puerta entornada, ventana abierta y fragancias de flores al sol, allí donde la felicidad está en anónima ligereza.

Cada día retomaba la calle lenta y violenta de multitud, en un atolladero de pies, polvo y ojos que se dispersan en olvidos.

Bocas que se acercan, como huecos humedecidos de silencios.

Cuerpos en bamboleo, sin destino ni agasajos y esos extremos perdidos, sin anhelos.

Ya no sabe, no recuerda como sus dedos acariciaban, ni como su pelo rozaba sus mejillas, no sabe soñar hasta que aparece su rostro intacto.

Se le borró la mirada que reflejaba abril, se le borraron los besos, toda ella enrollada en vestido de nube. Toda ella clara. Toda.

Se había transfigurado su vida en un cauce profundo, una grieta, una rajadura.

Y había un eco que se distanciaba más y más.

El eco de sus pies en la mañana, el eco de su risa en la tarde, el eco de su voz llamándome antes de que aparezcan las estrellas.

Ellas se la llevaron al crepúsculo. Ellas se te llevaron.

© CARMENSA LEÓN

Tertuliana

UN BLUES CON B DE COBARDE

Un blues con **b** de cobarde
sacude el tocadiscos
cuando te vas.

Un blues con **b** de cobarde,
con **c** de cobarde,
con **o** de cobarde.

Un blues sin llanto de plástico,
sin despedida a plazos,
sin mensajes ni llamadas perdidas.

Un blues sin finales prohibidos,
sin vibratos erectos,
sin solos fantasma.

Un blues con guitarra de esparto,
con andar de muletas,
con gritar sin garganta.

Un blues con **b** de cobarde
sacude el tocadiscos
cuando te vas.

Con **c** de cobarde,
con **o** de cobarde,
con **p** de cobarde perfecto.

© ROSA GALDONA

Tertuliana y colaboradora de la revista

CUANDO TU MIRADA LLEGA

“Y allí donde la conciencia se esconde, el momento se burla del recuerdo, el capricho se marchita...”

LANZAROT

A Aslan, en el tiempo.

Cuando tu mirada llega a mí,
pulsan sensaciones,
fugan agravios,
habla la ilusión,
abraza el deseo,
llega la magia de
un presente
para amarte, para amarnos.

Cuando tu mirada llega a mí,
“la conciencia se esconde,
el momento se burla del recuerdo...
el capricho se marchita”.
Atada quedo a tu esencia
que asalta la vida,
a tu nombre que sella al olvido.

© TANIA RAMOS MORALES
Colaboradora de la revista

EN MIS NOCHES SIENTO...

Tristezas arañando la puerta
sin dejar entrar al sueño que espera
deseoso de su turno.

Se escucha al viento acariciar los árboles
y la luna, discreta, se esconde tras una nube
que transita, sonámbula, hacia la aurora.

Quizás sea cierto: todo lo ocupas tú,
todo lo ocupas.

Ya no tiene cabida el sueño
ni la rabia de perderte porque nunca te tuve,
todo tú fuiste ausencias,
cristales rotos bajo mis pies,
el amargor de la bilis que no quise sorber,
y esta soledad eterna que se enreda en mi cuello
y lo aprieta, y lo aprisiona...
Hasta quedar sin un hálito de vida.

Sí, muerta estoy, fenecí sin tu aliento al despertar.

© INMA FLORES
Colaboradora de la revista

EL AYER

Se sentía melancólica recordando el tiempo vivido a su lado, pensaba que el ayer había sido lo mejor que le había acaecido.

No había forma de que se diera cuenta de que todo había terminado y de que debía cerrar los portones del pasado y abrir las ventanas a su alma para airear los pensamientos que ya no podían regresar, aunque ella lo ansiara con todo su corazón.

Él había partido a otra dimensión y se había vaporizado, pero ella se instaló en el carrusel y no podía descender a la realidad, por más que todo su entorno la apoyara y facilitara todo el espacio para su desahogo.

Su mirada se perdía en el horizonte y no advertía las imágenes que se movían a su alrededor.

Tampoco escuchaba el canto de los jilgueros que salían a su encuentro cada día al asomarse a la barandilla del balcón cuando miraba para ver si él regresaba, como solía hacer en el ayer.

El ayer había muerto y ella ya no era la misma del ayer. No pedía nada ni deseaba que nadie se inquietara por ella, solo deseaba estar a solas, en su mundo, recreándose en su reunión imaginaria y con sus quimeras mágicas que nadie podía entender.

A veces, se le oía proferir sonidos incomprensibles, enigmáticos, como si compartiera una plática en un dialecto extraño y parecía que conversara con él. Pero nadie se atrevía a interrumpir ese instante, porque entonces, desencadenaba un estado de furia y se transformaba toda su cadencia y suavidad exquisita en agresividad extrema hasta el punto de enloquecer, y por ello sus allegados respetaban esos estados de templanza, y callaban ante los ecos raros que emitía en momentos de evasión absoluta, cuando se sumergía en su

lugar recóndito aunque estuviera rodeada de seres que ella no advertía y que sentían el hondo deseo de que algún día retornara y abriera la puerta al presente que la esperaba con ternura, afecto y esperanza.

© ISA HERNÁNDEZ
Colaboradora de la revista

LA CALCULADORA

382. 43. 62. 14. 220. Total=721 calorías.

Dejó el papel sobre la mesa y comparó sus huesos con los de la Muerte que tanto tiempo llevaba rondándola.

Fue justo ese el momento en el que la Parca resbaló en el río de lágrimas vertido por los suyos.

Alejándose, víctima de la corriente, maldecía la mala suerte de perder la presa en el último instante. Mientras con una mano le decía adiós, con la otra agarró un gajo de naranja y se lo puso en la boca.

Le sorprendió sentir el sabor olvidado del ácido, el dulzor final, el jugo fresco que bajaba por su garganta, en vez del conocido ocre de la angustia.

Rompió en pedazos chiquitos los números malditos y se comió otro gajo, un segundo escalón hacia la salida del infierno.

© ISA HERNÁNDEZ
Colaboradora de la revista

DANZAR CON LA VIDA

Tu tierra y mi agua, se buscaron en el aire. El éter nos encontró y atizó el fuego del corazón. Nuestras formas danzaron al compás de la vida. La música nos envolvía, aunque en distintas sinfonías.

Mi mar encontró tus orillas y, suavemente, nos fundimos en un abrazo. Sentimos la música y bailamos juntos.

Tú estabas muy a gusto tierra adentro.

Yo... prefería el movimiento de las olas, el vaivén alegre de los delfines, la danza de los cisnes arrullándose en el agua...

Pisabas fuerte con los pies sobre la tierra, aunque yo soñaba con mares de transparencias semejantes al cielo.

Tus raíces terrestres buscaban la música que orquestaban los hombres. Bellas notas que llamaban al movimiento.

En mis sueños intuía sonidos que no son de este mundo. Mi alma los buscaba desesperadamente. Despierta miraba hacia arriba, fascinada por el aleteo de los pájaros y el vuelo de las mariposas. Me perdía entre esos círculos buscando el espíritu del viento.

Pero mis olas volvían a tocar tus costas otra vez y en esta unión experimenté la belleza de vivir, aunque, a veces, la vida en la materia resulta dura, como las rocas. Me preparabas un buen tren de aterrizaje cada vez que regresaba y afirmabas mis raíces.

En uno de mis vuelos comprendí que todo es Vida y Consciencia. Todos somos partículas que danzan en constante cambio. La música de los hombres solo es un reflejo del canto de las estrellas y cada ser tiene en sus ojos un espejo donde unos ven su imagen en los otros.

No sé qué miraste a través de mis ojos. Lo cierto es que hoy bailas con los ángeles.

Y yo... aún camino tierra adentro y continúo revoloteando.
Mis raíces se han fortalecido, pero mis ramas quieren tocar siempre el azul de la eternidad.

© CARLOTA SOSA
Tertuliana

LA BESTIA DE BELLA (Canto a la soledad)

Había una vez... un caballero, que resentido con el trato que el mundo le daba, —tenía razones que solo el corazón entiende para protegerse del dolor— comenzó a aburrirse de su soledad. Un día se disfrazó de príncipe. No le sentaba mal ese papel. De tanto actuar, lo principesco había tomado fuerza y envió a la mazmorra del subconsciente el monstruo del dolor. Luego conoció a Bella, una damisela, algo distinta, pero igual al común de los mortales, que hablaba de portales allende las estrellas. La dama se conmovió con su mirada, su porte principesco, su elegancia... Cupido lanzó sus flechas y sus corazones se expandieron hasta fundirse en un abrazo.

Tenían muchas cosas en común: amantes de la belleza y la naturaleza, apasionados del arte en todas sus facetas; y, sobre todo, de la poesía de Walt Whitman; —compartían la lectura del libro de Neruda: Esos 20 —más uno—, poemas de amor que el autor escribió con solo diecinueve años; y, escribían poemas cada día.

En algún momento, sin razón aparente, se despertó en el príncipe su lado oscuro, ese que yacía acurrucado en la cueva de los recuerdos perdidos. Bella, poco a poco, dejó de sonreír. El príncipe volvía intermitente, tan solo quería que el amor le amara. Así se salvaría. Pero Bella, asombrada, sacó de su prisión un dragón fiero, que apenas conocía. Quería domarlo, enviarlo a los confines de su historia, pero en cada discusión solo conseguía hacerlo más fuerte. El miedo, entonces, ganó la partida al amor. Bella no deseaba luchar contra el caballero en su lado oscuro, y él no sabía aplacar al dragón de su damisela. El miedo se tornó valiente con el silencio, y todo se resquebrajó.

¡Bendito sea el amor, aunque se rompa! Siempre se encuentran sus trozos, que enseñan con dolor, la canción triste y desesperada del olvido –como el 21 poema del libro de Neruda– En aras de la paz, la “compañía” había sido tocada y hundida. Él no quería salvar más princesas. Ella, nunca más, con príncipes soñaría, tenía mucho trabajo para domar a su dragón.

Lágrimas amargas surcaban las mejillas. Se convertían en versos dedicados a la nostalgia:

*La soledad cabalga en alas de mi propia compañía,
devuelve la pequeña llama de luz que emito,
amplifica y disuelve las sombras del amor humano,
convirtiéndolo en amor Divino,
que no pide convivencia a cambio,
que alumbra nuestros caminos.*

La mirada, a través de sus espejos, les devuelve su reflejo y les habla. Se vislumbra ganada la batalla con las sombras y eso solo se logra con la luz del sol de la conciencia. Hay que devolver las sonrisas perdidas; vencer esgrimiendo espada de alegría...

Todo pasará, pero el amor permanece junto a la soledad.

© CARLOTA SOSA
Tertuliana

LOS TACONES DE SAN AGUSTÍN

Llegaba tarde, como siempre, ¡maldita campana! A veces su retraso pasaba desapercibido por el trasiego de los pasillos en los cambios de clase. Pero cuando coincidía exactamente con el final de una sesión, solo el aguijón del campanazo y sus propios pasos eran los dueños de aquel frío y destartalado pasillo. Los pies de Madre Teresa conocían aquellos suelos gélidos desde pequeña. La leche que mamó de niña estaba hecha de aquel granito inhumano y las canciones de cuna que escuchó, de cantigas de vísperas molidas con galletas María. Al entrar en el aula, Madre Aurora terminaba su rezo matutino y comenzó mirando por encima de sus gafas el seminario con las alumnas presentes. Madre Teresa, ¿trae usted su reflexión sobre la postura cristiana de San Agustín? Tenía que tocarle a ella, parecía que Madre Aurora se oliese los apremios de la joven monja —siempre trotando entre la biblioteca y los preparativos para su matrimonio inminente con la Iglesia— y le gustase aderezarlos en público... Sí, Madre Aurora, aquí la tengo. Y la muchacha leyó en voz alta sus cavilaciones, hechas en la soledad de la noche más confusa y obtusa de sus últimos tiempos.

Cuando terminó de leer, el aula se quedó congelada como en un instante de ténpano atemporal. Nadie levantaba la vista. Madre Aurora parecía haberse vuelto de piedra (quevedos incluidos) y la novicia Teresa respiraba con calma y expectante a la vez. Esperaba la valoración de su discurso. El color cambiante de la Madre docente, los sudores que le caían brillantes por las mejillas y los titubeos en su casi inaudible respuesta, dieron a la discente la pista de que lo que acababa de leer quizá se salía un poco de la ortodoxia. No sé —pensó para sí unos instantes— he intentado ser todo lo auténtica que he podido tras leer a este “Doctor de la

Gracia y Santo de la Iglesia”. Sus compañeras de clase empezaron a levantar las cabezas y a mirarse con timidez y vergüenza. “Creo para entender y entiendo, para creer”, decía San Agustín, pero Teresa pensaba, por el contrario, que el entendimiento no puede nacer de la fe, porque la fe no tiene capacidad de razonar, solo de amar. Por consiguiente —continuó explicándose—, el Padre Agustín había levantado su cátedra de pensamiento sobre una premisa de fango y que a ella la hacía dudar de todo, de su proyecto de vida, de sus decisiones, de su pasado, incluso, dentro de aquel aula-rio de doctrina ciega.

San Agustín defendía el amor, pero el amor por sí solo no da de comer extramuros. Es más, ahí afuera, la mujer es carne de cañón si no ha aprendido a ganarse un sueldo con dignidad. Las hembras son hembras para el macho salvo que aprendan a ser valoradas social y profesionalmente como seres sociales de utilidad. ¡El mundo de verdad está ahí fuera, los hambrientos de amor, de conocimiento y de libertad están ahí fuera! —terminó diciendo con un énfasis que iba más allá del recato—. El timbre sorprendió y hasta sobresaltó a muchas de las presentes, dando por concluido el seminario. La luz de Madre Aurora parecía aparcada en un outlet de fe. El rubor de las novicias se aventó por los pasillos como un olor a violetas salvajes. El andar lento de Teresa, y estupefacto por el efecto que causó la franqueza de sus palabras, resonaba en aquel claustro de una manera desconocida, como a tacones de temporada.

© ROSA GALDONA
Tertuliana y colaboradora de la revista

AMOR SIN HERIDAS

Álvaro era uno de los cascos azules españoles de Infantería de Marina, cuya misión era vigilar la denominada Línea Azul que separa Líbano e Israel.

El joven iba con tres compañeros en un blindado que tuvo la mala fortuna de pisar una de las miles de minas sembradas al sur del país. Inmediatamente, se preguntaron unos a otros por su estado. Por fortuna todos estaban vivos. Él fue el que corrió peor suerte. En los primeros momentos, no sintió dolor, pero vio como la pernera izquierda de su pantalón de camuflaje se teñía de carmesí. Ahí comenzó su dolor y la preocupación de los otros tres militares.

Trasladado al hospital con toda premura, no pudieron hacer nada por salvar su maltrecha pierna. Fue repatriado.

Un absurdo dolor atenazaba el miembro fantasma cuando viajaba de regreso a casa. Su familia y su novia le esperaban con angustia teñida de alivio.

—Al menos está vivo y no volverá a primera línea —se consolaba su madre.

—Solo deseo abrazarle de nuevo y colmarle con todos los besos que he guardado estos largos meses —ansiaba la prometida.

Pero Álvaro venía muy cambiado. Habían amputado su pierna, y también su eterna sonrisa. Su talante alegre, su altruismo, sus ganas de vivir, habían sido enterrados junto al miembro perdido.

Macarena, su chica, como él solía decir pleno de orgullo al presentarla, no conseguía sacarle apenas unas palabras que rompieran su hermetismo.

Una tarde, Álvaro le comunicó que quería romper su noviazgo. Maca, entre lágrimas, no cesaba de preguntarle el porqué de esa decisión unilateral. Ella le amaba como siempre. Él respondió parcamente que ya no la quería.

Cuando la joven se fue, Álvaro lloró como no había conseguido hacer hasta ese momento. En ese torrente de amargura se deslizaban, incontenibles, todos los planes que habían soñado juntos.

—Maca se merece un hombre entero, no un lisiado como yo.

Pero al día siguiente allí estaba Macarena con marcas violáceas bajo los ojos, y sin haber dormido en toda la noche.

—Sé lo que estás haciendo, y no lo voy a permitir. Tu cuerpo es solo el envoltorio de lo que yo amo. ¿Acaso tú dejarías de amarme si perdiera alguna de mis extremidades? Teníamos fecha para casarnos y no la voy a anular, así que prepárate para la rehabilitación porque entrarás a la iglesia caminando del brazo de tu madre.

Apenas han pasado unos meses aunque, eso sí, de duro trabajo y en su parroquia suenan alegres y cómplices las campanas. La radiante pareja sale de la iglesia y afuera les espera una lluvia de arroz agorera de un espléndido futuro. Álvaro, con su pierna ortopédica, guapo y sonriente como siempre, apenas cojea.

INA MOLINA

Colaboradora de la revista

NOTA DE LA AUTORA: Una historia que escribí hace tiempo, que habla de superación y de amor y que arranca en unas coordenadas que tristemente vuelven a estar de actualidad.

STROM

El tic tac del reloj no cesaba, ese sonido impertinente que tala-dra los segundos de la existencia. Pero Strom no se molestó en detenerlo, había en él ese halo masoquista de los que andan entre quejas y maldiciones, con un sabor a vinagre que agría lo que toca. Y es que su vida se había tornado gris.

En un apartamento oscuro, viejo, maloliente y en el que hacía tiempo que había dejado de poner interés en ordenar. Tapaba la luz y vivía en penumbras, alejándose de cualquier resquicio de alegría y bienestar. Encarcelando su alma entre recuerdos, rencores y ponzoña, difícil ya distinguir a la persona alegre y feliz que un día fue y del que ya no quedaban ni despojos. Y es que se había convertido en una criatura, solitaria, errante, ermitaña, al que le molestaban, no solo la compañía, sino el más mínimo gesto de amabilidad, por lo que se había ganado esa fama de huracán y cascarrabias, que confirmaba aún más su destierro. No en vano había creado esas murallas que lo alejaban de todo y de todos.

Apenas salía para cumplir los menesteres que le eran obligados y de no ser por su obligatoriedad, hubiera dejado de hacer, pues le exponían a lidiar con el mundo exterior.

Siempre a la misma hora, por las mismas calles, las mismas palabras, escuetas, necesarias, que resuelvan eficazmente sus labores y que le eviten las incómodas conversaciones superficiales y frívolas que tanto odia. Y así regresa de vuelta, a la misma hora, por el mismo recorrido, con los mismos paquetes en su mano, que le garantizan una semana más a salvo de una nueva interacción.

Sin embargo, aquella mañana fue diferente, a su regreso surge un encuentro inesperado, para el que no le servían ninguna de sus frases preparadas, que le rescataban siempre.

Un niño, de no más de siete años, le miraba fijamente a los ojos y le suplicaba ayuda. Era frecuente por aquel entonces que muchas familias, sumidas en la pobreza, abandonaran a su suerte a alguno de sus hijos, para poder sobrevivir a los duros inviernos. Se acercaban las heladas y aquel pequeño se había quedado sin cobijo, sin fuerzas ni opciones para sobrevivir.

Strom lo mira y sin mediar palabra, con esa mirada distante y desprovista de sentimientos, prosigue su camino. El pequeño le sigue, apenas unos pasos atrás de los suyos. Aunque no había sido una mirada tierna ni compasiva la que se cruzó entre ellos, había sido la única que se había encontrado desde que estaba en aquel lugar. Strom ni se había percatado de su presencia, absorto en su ritual semanal.

Entra en su vivienda y cuando se dispone a cerrar la puerta, tropieza con el pequeño. Ahora sí se detiene ante su presencia, con asombro impasible. Como no pretende entrar en diálogo con aquella criatura, decide dejarlo entrar. Quizás sea útil en sus quehaceres diarios, piensa. Así que se acerca a la cocina, le pone un vaso de leche y le tiende un trozo de pan que le había sobrado del día anterior. “Famélico y débil, no me servirá”, se dice.

Le coloca una manta en el suelo del salón, indicándole que ese sería su lecho a partir de ahora, y se retira a sus aposentos.

Pero, antes de marcharse, el pequeño corre a su encuentro y le abraza alrededor de la cintura, que era la altura a la que llegaba, agradeciendo la hospitalidad que encontraba en los desdenes de aquel hombre. Strom se queda con los brazos colgando a los lados, sin saber qué hacer, hacía mucho que nadie le abrazaba y había olvidado ese contacto, que ahora repelía. Lo aparta y se retira sin mediar palabra.

Algo había comenzado a cambiar en la vida de Strom, aunque él aún no lo sabía.

© LALI GARCÍA
Tertuliana

CORAJE

Esa tarde, la energía del Universo estaba con ella. Hacía apenas una semana que le había contado su hermana el acoso sexual que sufría por parte de un vecino. Ese día, entre la congoja y mucha ira, tomó una determinación. No esperaba que el azar alumbrase el encuentro tan oportunamente. Sus pies se helaron caminando por la acera. Ella llevaba debajo del brazo, la carpeta y en el otro brazo el bolso comprimido a su costado. Aceleró su paso. Sentía las rojas palpitations en el blanco de sus ojos. Estaba cerca de él, vio cómo se ampliaba su vacía cara al verla. Ella sentía el corazón a borbotones. Ya, bastante cerca, se detuvo a la altura de él, lo justo para que no escuchará sus pulsaciones ni la guillotina guardada en la garganta, dijo:

—A ti, quería verte.

Él ensanchó su frente, como un niño que ve un juguete, expresando agrado y sorpresa.

—¡No te acerques a mi hermana, ni a sus hijos, nunca más!

—Ella siguió.

Él se hizo el sorprendido.

Ella y sus labios, con el filo de sus ojos puestos en los suyos, articularon rotunda:

—Tú sabes a lo que me refiero. ¡Aléjate de ella, no está sola!

Él empezó a caminar desprovisto de su máscara, huyendo de sus palabras, del acero de su mirada. Ella empezó a sentir sus piernas de goma. Sus manos estaban heladas y húmedas, su boca era un desierto en el estómago dando saltos como un canguro que guarda su cría.

Miró a su alrededor y no había ni un alma más en toda la calle. Era la hora de la siesta. Se preguntó dónde estaba el cora-

je que la había mantenido como las raíces al ciprés, queriendo alcanzar el cielo y refugiarse en él. Y recordó que su madre siempre decía, “*la persona que tiene cabeza lo tiene todo*”.

Empezó a desplazar su cuerpo arrastrando los pies, tal era el despliegue de energía consumido por las emociones, que su cuerpo no respondía. Sin embargo, tenía la cabeza, el cerebro bien conectado, y su cuerpo ya iba respondiendo, ella tampoco estaba sola.

© MARÍA GARCÍA

Tertuliana y colaboradora de la revista

ROMPIENDO LA MEMORIA

Vi caer de nuevo las gotas de la bruma, el almendro con sus frutos, el peral “sanjuanero”, la era conservada, redonda y sola, el horno, ya sin rosquetes, a la intemperie. El camino de piedra, y las tres cruces esperando a los peregrinos. Apoyada en el cristal de la ventana, mis mejillas se empapaban de agua salada.

Al caer la noche recorrí cada una de las estancias. Sentí el crujir de la madera, sus corazones latían en pisos, puertas, hasta en el alféizar. En la alacena, estaban relucientes las copitas de licor, la botella de anís y la caja de galletas. En la mesita de noche: la radio, su reloj de bolsillo, y en la pared yacía, sin faltar, el crucifijo.

A los pies de la cama, en el baúl de madera, él guardaba sus botas de piel del 43, su guayabera de lino, un manojo de cartas, la Polaroid instantánea, la Divina Comedia, más libros. Unas gafas, una corbata negra, su sombrero de fieltro nuevo, y el documento de propiedad de la casa.

Encima de la cómoda, en una cajita de cedro forrada con terciopelo rojo, ella guardaba sus piques, una docena de rosetas, un escapulario de la Virgen del Carmen, un rosario de plata, una postal del Sagrado Corazón de Jesús, en su reverso había unas palabras escritas: “En el día de san José que goces en medio de las caricias de la familia de usted”, marzo de 1917. Una Biblia de tapas duras con una cruz plateada en su portada y en su interior múltiples estampitas y recordatorios de comuniones.

Cargué con el baúl y la cajita y suspiré, en ese momento comprendí que ellos estaban dentro de mí. En el doce y medio de mi esencia. Que el agua de mis pómulos nunca era la misma, siempre distinta, fluía y se tornaba en vida.

Ya no había humedad en mi cara, las chispas de colores fotografiaban las letras, las horas, sus pasos, y convidamos

con el anís y unas galletas. Hacía frío fuera, la brisa movía el cartel, “SE VENDE”, clavado en la tierra.

© MARÍA GARCÍA

Tertuliana y colaboradora de la revista

EL OCÉANO Y ELLA

Este entorno costero candelariero no ha necesitado mucho tiempo para hechizarme. Seis años después de haberme jubilado, cada día vivo fascinado por la placidez del ritmo de vida que disfruto. Este paisaje tinerfeño me cautiva a diario, relaja mi voluntad y me colma de felicidad.

Algunas mañanas, desde mi balcón, saludo al océano con la mirada perdida en ese azul verdoso que me engulle. También, las más de las noches, las constelaciones salen a hacer su ronda y auguran un nuevo día de sol y, con ellas, experimento la placentera regularidad de mi existencia frente a él. Ya somos viejos amigos.

A veces, con su vestido de color gris plomo, el océano me transmite una sensación de vértigo y claustrofobia. Toda esa imponente masa de agua, al enfurecerse, te engulle solo con mirarla. Sin embargo, cuando las olas son sosegadas, te acompañan con suavidad hacia la poco concurrida playa, y el agua, sin sol, te arrulla al borde de la arena.

Ahí me veía yo, sentado sobre los guijarros, abrazando mis rodillas con estas disquisiciones, cuando mis ojos se perdieron aún más allá, en la lejanía del océano. Una mirada que iba surfeando sobre las olas, se deslizaba y quebraba confundándose entre la espuma de sus crestas hacia la nada, lo sublime.

De repente, una figura interrumpió esa horizontalidad ilimitada de la línea del horizonte y me devolvió la mirada del infinito en el que se hallaba reclusa. La vi aparecer por la izquierda y pasó ante mí caminando por la arena, al mismo tiempo que me ignoraba. Era esa mujer anónima de todos los días, hoy, más cerca que de lo habitual. Pude observarla con detalle, milímetro a milímetro, poro a poro. Salió del agua corriendo hacia la toalla, ya que la arena ardía. A medio camino, se encontró con un conocido que la

saludó; ella le respondió con una sonrisa encantadora, a pesar de estar quemándose los pies, y se giró hacia donde había extendido su toalla. Allí permaneció de pie un instante con el rostro vuelto hacia la lejanía.

El aire estaba sereno, y el sol quemaba con fuerza a través de la calima que teñía el cielo de un gris anaranjado. El agua cloqueaba al golpear contra los callaos y la madera de las barcas sobre la arena. Al rato, ella se levantó, se vistió y se alejó caminando, dejando una estela de maresía tras de sí y su cabellera ondeando entre la bruma anaranjada de la calima. Se detuvo a mirar y me ignoró.

© JOSÉ L. REGOJO

Tertuliano y colaborador de la revista

LA NOCHE

Las sombras planean lentamente. Primero un bordillo, más allá una esquina, después parte del frondoso parque.

Con gran sigilo se va adentrando y haciéndose la dueña, y al final la oscuridad más absoluta ha hecho acto de presencia.

Su majestad la noche, la reina del misterio y la intriga. Su tiempo de vida es corto, ella lo sabe, pero está contenta. Las cuencas de sus ojos ya han detectado broncas, borracheras, ventas de sustancias. “Cada vez son más jóvenes —se dice— pobres”.

Oye pasos apresurados. Esta chica va a perder el último tren con el consabido peligro de tener que hacer el trayecto caminando...

“¡Ohhh! Una venta de carne humana, son mis preferidas.

La chica llora y no sé por qué”, se pregunta su majestad.

Inesperadamente, la noche se rompe con las milagrosas notas de un violín dando paso al alba, a la luz, sencillamente, al milagro de la vida.

© CANDELARIA GONZÁLEZ
Tertuliana

¿QUÉ ES LA FELICIDAD?

¿Qué es la felicidad? ¿Ser joven, guapa, delgada o gorda?

Creo que no es eso.

¿En qué consiste el ser feliz?

Sería ideal o absurdo buscar objeto o belleza.

Soy feliz por la mañana. Llega la noche y no lo soy porque ha pasado algo y en pocas horas la felicidad se acabó por una noticia o un dolor.

Por eso aprovechemos estos minutos de alegría, alarguémoslo todo lo que podamos, que hay mucho amor a nuestro lado.

¿Soy feliz? Me pregunto mirándome las manos anchas, largas, ágiles para escribir, pintar, coser y muy expresivas para amar y acariciar.

Creo que todo eso es felicidad. Le doy gracias a Dios por ello.

Aprieto mis manos para no tirar por la ventana tanta felicidad acumulada.

© CANDELARIA GONZÁLEZ

Tertuliana

VIOLETA VALIENTE

Ella vivía enamorada, creyendo ser la única estrella en su firmamento, pero... el cazador de estrellas se fue buscando ser Peter Pan.

Adina sintió el crujir de su corazón. No entendía nada, en las madrugadas hipnotizada, esperando que ese teléfono sonase y escuchar: “Te paso a recoger, quiero verte, pedirte perdón y a lo mejor volver”. Cada día de muchos meses, intentó olvidarlo buscando por algún tiempo la respuesta en el fondo de las botellas vacías. Se sentía estafada, todos la miraban con pena y ella... seguía esperando una señal.

Mantuvo su trabajo y claro, esa enfermedad que devora las células buenas le tocó en un boleto de la vida.

Existían cuatro motivos fundamentales para dar un puñetazo en la mesa y decir “hasta aquí”. Dos mujeres mayores fueron las columnas donde encontró el apoyo necesario. Se aprendió la tabla de multiplicar, ríos, montañas, canciones y tantas otras cosas. Cuatro veces y siempre con buen talante.

El cazador de estrellas, que fue su gran amor y maduraron juntos. Pero ahora tocaba hacer de padre y madre. Dura travesía, dos adolescentes y otras dos empezando esa etapa, tuvieron algunas salidas del camino deseado, fue muy difícil para todas, pero siempre hablando y buscando soluciones, nunca tiró la toalla.

Lágrimas, café y el humo que ciega los ojos.

Cuando eran pequeñas y Adina le peleaba a una de ellas, las otras tres lloraban también, y otras muchas anécdotas.

Hoy son grandes mujeres y leonas con sus crías. Vida de trabajo, sacrificio, saber que las buenas crianzas dan el premio de nuevas semillas. Su casa respira amor, confianza, ayuda, alegría. Todo esto es el arma adecuada para que todos

amen a la abuela que juega como una niña, da baños de magia, su comida es riquísima y siempre hay un plato de más.

En la solana todas hemos llorado contando la vida y sus nudos.

Gracias por ser persona, tenerte y aprender cómo ser una buena mujer de dentro de la vida es un secreto, pero las estrellas tenemos alas.

© KANDELA CORREA

Tertuliana

¡¡MUJER!!

Y entonces das las gracias...

No te habías dado cuenta de que no te hacía falta nada más que caminar...

Y bastó no pelear, no luchar contra corriente, no amanecer distinta, ni peinada, ni arreglada. Pero sí maquilladas las ojeras del desastre que en tu interior se tejía, aunque anduviese de puntillas la esperanza sin molestar. No te hacía falta dibujar paraísos en la casa para todos, ni aliviar el sufrimiento de los tuyos, no traía la genética ese enigma, pero tú decidiste erguirte ante la lluvia y aparentar la calma de un día primaveral para engañar a las canas.

Y todo porque te enseñaron a morder la rabia, a sacudir el traje de nostalgia, coser dolores, amarrar desgracias, y salir airosa una vez más de las tragedias que la vida te brindaba.

No necesitabas tanto trabajo para mantener, ni el dolor para merecer, y, sin embargo, diste abrazos a todo el que cabía en tu regazo, en ese delantal que tapó al amamantar, limpió sudores, esfuerzos y enojos. Y en los pañuelos que anudaban el llanto que bajo el agua te enjuagabas, enredabas la vida, en... “aún puedo un poco más”, para aliviar las heridas del de enfrente, con besos de consuelo a diestro y siniestro, hasta aplastar tus sueños para que otros vivieran libres, sueltos.

Y entonces..., encima das las gracias, mientras algunos se colocan los gemelos y se miran al espejo.

@ CRISTINA RODRÍGUEZ

NO ERA NEGRA

¡No era negra! Era mujer y esa suficiencia la vestía de grandeza, de amor, de verde esperanza.

¡No era negra! Era eterna su mirada y blanca la dignidad, cuando llegaban hostiles los vientos.

Estaba herida por dentro y ausente por fuera, inexpresiva ya sobre el dolor.

Tenía las mejillas tersas y los labios encarnecidos de apretar palabras embobadas del corazón.

¡No era negra! El eco de sus pensamientos flotaba, cuando el ocaso teñía aquel sendero, para preservar los pasos olvidados y empapados de charcos, la vida que le tocó.

¡No era negra! Se comió mentiras dulces que le ofrecieron, untó de colores la vida y cuando no hubo suelo lo inventó.

No era negra, era hermosa por dentro y por fuera.

Era mujer, era negra, era esclava y POETA por dentro.

Se lo dedico a todas esas mujeres del anonimato, en especial a Phillis Wheatley, primera poeta reconocida afroamericana.

@ CRISTINA RODRÍGUEZ

ROSER Y EL ICEBERG DE LA VIDA

Corre el año 2025 y Roser, una Mamá Oso, mira a Ris y Ros, sus lindos oseznos, revoloteando sobre la nieve cerca de su madriguera. No solía salir por miedo a otros osos celosos y dañinos. Aquellos cachorros eran lo que más amaba sobre la tierra. Eran todo su tesoro, daría la vida por ellos si fuera necesario. Pero de lo que más quería escapar eran de otros depredadores más peligrosos a los que ciertamente tenía mucho miedo. Eran seres extraños que caminaban sobre dos patas y que disparaban fuego por sus manos. De ellos había logrado escapar salvando su vida varias veces. Estaba pendiente por si aparecían de repente para poder huir a tiempo con sus dos cachorrillos.

Roser, desde hacía algún tiempo, notaba que el suelo donde tenía la madriguera, estaba muy resbaloso y que muchas de las montañas blancas que rodeaban su casa iban menguando. Por sus costados caían pequeños torrentes de agua que ella no sabía a dónde se dirigían. Nunca los había seguido.

La nieve ya no era la misma, ni la luz del sol tampoco. El calor estaba haciéndole sudar mucho últimamente. No entendía lo que estaba pasando. Por eso, ese día quería dar un paseo con Ris y Ros para mostrarles el lugar al que solía ir con su madre cuando era una pequeña osezna y que con mucho dolor recordaba.

—Roser, vayámonos que ya es tarde y hay que llegar a casa —le rugía su madre desde lo alto de la loma mientras ella jugaba en aquellos pequeños charcos buscando peces que llevarse a la boca—, ¡vayámonos ya, hija!

De repente, un trueno estalló con fuerza y un zumbido cruzó el aire impactando en el cuerpo de su madre. A sus oídos llegó con fuerza el rugido de dolor que salió de su garganta mientras caía al suelo con el cuerpo manchado de

rojo. Roser se escondió muy asustada en un pequeño saliente de hielo y pudo ver como varios animales extraños, erguidos en sus dos patas, se llevaban a su madre. La arrastraba un animal mucho mayor que hacía mucho ruido y echaba mucho humo. Por eso Roser les tenía miedo. Se escondía de ellos y quería proteger a sus gemelos de aquellos malvados animales de tan raros y diversos pelajes.

Roser se había levantado extraña. Quería volver a aquel lugar al que nunca más había vuelto. Llamando a Ris y Ros se puso en camino. Ella había observado, días antes, que una gran grieta se había abierto frente a su madriguera. ¡Quería saber qué estaba ocurriendo! Además, deseaba, desde hacía mucho tiempo, enseñarles a sus hijos el lugar donde había perdido a su madre. Tenía que sanar aquel dolor que le producía ese recuerdo.

Roser cruzó aquella extraña y larga grieta. Ris y Ros la saltaron con mucho esfuerzo, lanzándose sobre su madre. Durante todo el trayecto iban jugando y corriendo detrás de Roser que iba vigilante todo el tiempo hasta llegar al lugar que buscaba con ansia y dolor. Al llegar, quedó atónita. Aquello no se parecía en nada al recuerdo que tenía en su mente. ¡Una gran lámina de agua oscura se abría ante ellos perdiéndose en el infinito!

Roser se quedó pensativa, observado la escena, sin entender nada. ¿Se había equivocado de lugar? Se preguntaba. Ella lo recordaba como un gran llano blanco serpenteado por pequeños charcos de agua. ¡Allí no había nada! De repente oye un gran estruendo. Al girarse ve una gran montaña de nieve caer sobre aquella lámina de agua que, en un instante, soltando un gran espumarajo, se la tragó por completo, formándose una gran montaña líquida que se acercaba muy deprisa a donde estaba ella. Roser se asusta. Coge a sus dos cachorros y sale huyendo de allí a toda prisa hacia su madriguera. Corren durante un buen rato. De repente, quedan paralizados frente a un enorme abismo que se abren ante ellos. Su madriguera quedaba al otro

lado. Intentar saltar y nadar en medio de aquellas aguas negras para llegar allí con Ris y Ros, le parece imposible. Roser queda inmóvil, petrificada, sobre aquella enorme loma que se mueve lentamente, alejándose cada vez más de su casa. ¿Qué está pasando?, se pregunta. ¿A dónde nos lleva esta montaña que se mueve? Se abraza a sus dos hijos y ruge con todas sus fuerzas.

Unas lágrimas caen sobre el iceberg en el que navega por aquel mar de oscuras aguas negras contaminadas repletas de microplásticos, producto de la polución y el calentamiento global. Se mueve sin rumbo, como otros muchos icebergs que les rodean. Ella no lo sabe, pero muchas familias de osos quedaron atrapadas sobre esas islas flotantes en el mar ártico.

El sol calienta sin piedad. Roser observa que un enorme gigante blanco se acerca con un rugido que la desorienta. El gigante se va parando junto a varios icebergs. Observa con terror que sobre el gigante blanco, animales de dos patas lanzan de sus manos de fuego algo extraño. De pronto siente que algo le ha picado profundamente. Ruge de dolor. No puede reaccionar y ve como a Ris y Ros, también le han dado. Los tres caen al suelo del iceberg, inconscientes.

Mucho después, Roser se despierta en una gran jaula en el estómago de aquel gigante blanco, junto a otras muchas jaulas con osos dentro. Observa cómo aquellas extrañas criaturas de dos patas, a las que tanto temía, van dándoles de comer. Ris y Ros están con ella ahora muy excitados. Una de esas criaturas de rubia melena se acerca y les observa fijamente: les sonrío y les da pescado. ¡No todos esos animales extraños de dos patas eran tan fieros ni tan malos!

Roser no es consciente de lo que pasa, pero son los últimos osos blancos del planeta. Un barco de una asociación ecologista les lleva a un lugar seguro donde seguir existiendo en la tierra.

© LANGE AGUIAR

Tertuliano y colaborador de la revista

UN ÁRBOL

Siempre, desde que lo recuerdo, estuvo ahí con sus pies en la tierra, inmóvil, sin poder huir; su cuerpo marcado por múltiples nudos, tantos como cumpleaños, es derecho y estilizado como un vigía que otea el mar y quiere traspasar el horizonte. En sus brazos, que ondean jugando con el viento, revolotean miles de hojas que susurran siempre cosas distintas, a veces llamando al cielo e invitándolo a fabricar sueños, otras haciéndole guiños a las estrellas que lo miran asombradas.

Sus ramas-brazos han servido para arrullar la infancia en un vaivén casi temerario, y para sujetar a algunos, bastantes, pies atrevidos que quieren alcanzar el cielo.

Ha sido testigo mudo de muchas historias, como por ejemplo de amores de juventud, a juzgar por unas letras enlazadas rodeadas por un corazón impresas en su tronco o de otras que no dejaron huella palpable, pero que quizás él recuerda.

En su cabellera de esperanza se encuentra, entre las ramas poderosas, un mundo dinámico de cantos trinados y revoloteos que le aportan alegría y a los que acuna ayudado por el viento que susurra una eterna canción de cuna. Es la vida misma que le rodea a todo él y le invita a ser un elemento más del universo en la tierra.

Hoy lo veo, enfrente de mí, como un espejo que me imagina de color verde. Es majestuoso, grande, altivo y yo que sé cuantos adjetivos más llegan a mi mente a través de mis ojos para describirlo. Yo no soy así; ¿entonces por qué siento en mi interior que me identifico con él como si de un solo ser se tratara?

Árbol de vida me siento, fabricante de sueños y autora de realidades, con todas las ramas que la vida quiso darme y fija en la tierra, dejando que el viento me susurre lo que quiera.

© MATALE AROZENA

Tertuliana y colaboradora de la revista

LA MANZANA Y EL HACHA

Una manzana y un hacha estaban en una habitación a oscuras. Los habían dejado allí y no podían verse. La fruta estaba jugosa, en su plena madurez. La herramienta, recién afilada, descansaba encima de la mesa con su mango de madera fina y pulida. Nunca habían hablado entre ellos, ya que no sabían ni que existían. La oscuridad les impedía ver el mundo. La manzana recordaba sus días colgada en el árbol viendo los amaneceres. Era consciente de que no los vería más. El hacha, en cambio, en la quietud de la habitación, se veía cortando ramas. Las que más le gustaban eran las del manzano que había en las afueras de la casa.

Despacio, alguien entró con una antorcha e iluminó el espacio. Con ella llegó la luz. Por primera vez, la manzana y el hacha se vieron. Se miraron y, sin mediar palabra, el hacha se abalanzó a partir la manzana en dos. Esta, llorando y partida por la mitad, le preguntó por la razón por la que había hecho eso con ella. Limpiándose y rapándose para volverse a afilar, el hacha le contestó que lo había hecho porque podía hacerlo. No le hacían falta más razones.

Mientras volaba a dar un segundo tajo mortal, sintió que la antorcha le había prendido fuego a su mango de roble. Le pregunto extrañada: “Pero, ¿qué haces?”. Y la llama, muy seria, le contestó: “No sé, tú sabrás”.

© LUIS ALBERTO SERRANO
Colaborador de la revista

MI OTRA Y YO

—Los sueños se cumplen si eres persistente.

—¿Tú crees? Yo creo que los sueños se cumplen si la suerte está contigo.

—Trabajo mucho y me decepciono también cada vez que te entrometes tocándome las narices. ¡Déjame en paz! Cuanto menos sepa de ti, mejor. Mamá siempre te dio la razón... aunque puede que solo me lo pareciera, a veces, las menos, se ponía a mi favor.

—¡Qué equivocada estás!

—Cada vez que tomo una decisión llegas con tus reflexiones y me echas el artilugio abajo. Recuerdas cuando decidiste casarte y yo te dije no lo hagas, espera un poco más.

—¡Ya yo te contesté!, ¿te parece poco siete años de noviazgo? Ya no aguanto más la situación en casa con papá.

—¿Qué pasó al final? Te divorciaste. No lo querías, por lo tanto, siempre tuve razón.

—Estuve dos años sin saber de ti antes de la pandemia y durante, te asomabas de vez en cuando. Aunque te rechacé varias veces, dejé de luchar contra ti, con el tiempo comprendí que sin tu presencia es, al menos para mí, complicado evaluar y valorar los problemas a los que las dos nos enfrentamos. Tus reflexiones se hicieron necesarias en mi vida, sin embargo, sigo rechazando tus consejos, no siempre son válidos, menos mal que no los seguí cuando insististe en que no me fuera de viaje a Madeira. Lo pasé genial, ¡qué maravilla de viaje! Pude mantenerte callada, pero cuando regresé, quisiste otra vez, con tus amarguras, tus paranoias y tu alta responsabilidad, arrastrarme de nuevo a ese mundo sórdido en el que no quiero entrar.

—Aunque quisiera no oírte más, en el fondo creo que somos un complemento perfecto. Una ejerce de cauta, desconfiada y

miedosa y la otra es desafiante, creativa, ingeniosa, curiosa. El equilibrio está servido.

—Hoy en día seguimos juntas porque he comprendido que tú sin mí y yo sin ti estaríamos perdidas, por lo tanto, hasta que la muerte nos una, aquí seguiremos enfermando, sanando y aprendiendo la una de la otra, creciendo y luchando para no perder el equilibrio.

—Eres la mejor amiga que he tenido y tendré que seguir soportándote porque eres quien mejor me conoce, quien me recrimina como las buenas amigas. En el fondo, ¡TE QUIERO!

© LALI MARCELINO
Colaboradora de la revista

LA PÓLVORA Y LOS SANTOS INOCENTES

Como en un bucle infinito, los recuerdos se siguen unos a otros incansables. Esa tarde mirando como las tranquilas olas, en su ir y venir, traían a la orilla un trozo de madera y lo dejaban allí sobre la arena negra, solo, entre la espuma que se quedaba marcando la pleamar, se encontró pensando en la fe de la gente más humilde, en la búsqueda y deseo de encontrar algo que supliera tanta carencia, sobre todo de salud.

Antaño, tarde sí y tarde también, después del rosario de las cinco y antes de la misa de seis, en la única calle que había y que tenía como meta la Basílica de la Virgen, todavía faltaban muchos años para llegar a convertirse en peatonal, los pocos coches que pasaban podían aparcar en el carril de vuelta, sin ser multados. Esa calle era habitualmente recorrida por peregrinos que, con caminar cansado, vestidos de limpio, la transitaban con aquel reconocido paquete bajo el brazo. Ese extraño envoltorio, alargado, en forma de tubo, envuelto en papel de embalar y cogido con cuerda fina. Todos adivinaban el contenido de ese bulto. Minutos más tarde se oían las explosiones, una tras otra a la orilla de San Blas, frente a la cueva. Cumplían la promesa o pedían por algo. Unas veces eran diez y otras doce los estallidos. Ella contaba mientras el olor a pólvora inundaba su nariz y, con los ojos seguía la trayectoria del cohete cuando descendía sobre el mar, y al final esa promesa o petición volvía a ser arrastrada a la orilla, y reposaba como la maderita, allí solitaria, descansando sobre la arena, esperando su turno para ser concedido.

© SARA DÍAZ TAVÍO
Colaboradora de la revista

CICATRICES

La sala de espera del hospital estaba impregnada de un aire denso y cargado de emociones. Isabel se aferraba con fuerza a la mano de su madre, quien yacía en una camilla, pálida y vulnerable bajo las luces fluorescentes. El rostro de Isabel estaba marcado por la preocupación y el miedo, pero también por una determinación feroz.

—Todo estará bien, mamá. Lo prometo —susurró Isabel, tratando de infundirle tranquilidad a la mujer que había sido su roca durante tantos años.

Su madre le devolvió una sonrisa débil, pero llena de amor y gratitud. Las palabras no eran necesarias entre ellas; el vínculo que compartían trascendía cualquier lenguaje conocido. Isabel recordaba las veces que su madre había estado a su lado, en los momentos más oscuros y difíciles de su vida. Ahora era su turno de ser el apoyo inquebrantable que su madre necesitaba.

Mientras esperaban, los recuerdos inundaron la mente de Isabel. Recordó su infancia, marcada por la calidez del hogar que su madre había creado con amor y sacrificio. A pesar de las dificultades, nunca les había faltado nada, gracias al esfuerzo incansable de esa mujer valiente que tenía frente a ella.

Pero también recordó los momentos difíciles, las cicatrices emocionales que habían dejado una huella indeleble en sus corazones. La partida prematura de su padre, las luchas financieras, las enfermedades que habían amenazado con arrebatarles todo lo que amaban. Sin embargo, a pesar de los golpes que la vida les había propinado, su madre siempre había mantenido la fortaleza y la esperanza intactas.

Finalmente, el médico apareció en la sala de espera, interrumpiendo el flujo de recuerdos de Isabel. Su corazón latía con fuerza, anticipando las palabras que cambiarían el curso de sus vidas.

—La cirugía fue un éxito —anunció el médico, con una sonrisa compasiva—. Tu madre está fuera de peligro, pero necesitará tiempo para recuperarse completamente.

Un suspiro colectivo de alivio llenó la sala de espera. Isabel se dejó caer en una silla, sintiendo cómo la tensión abandonaba su cuerpo. Miró a su madre con ojos llenos de buenas expectativas, sabiendo que esta nueva prueba solo fortalecería su vínculo indestructible.

El sol comenzaba a filtrarse tímidamente por las cortinas entreabiertas cuando Isabel abrió los ojos. El cálido resplandor bañaba la habitación del hospital con una suave luminiscencia, disipando las sombras de la noche anterior. Se sentó en la silla junto a la cama de su madre, observando con ternura como el sueño reparador pintaba un suave rubor en sus mejillas.

Los recuerdos de la cirugía y la angustia que la había acompañado aún estaban frescos en la mente de Isabel. Habían sido horas interminables de incertidumbre y temor, pero ahora, en la quietud de la mañana, se permitió exhalar un suspiro de alivio. Su madre estaba a salvo, y eso era todo lo que importaba.

El sonido de la puerta chirriando la sacó de sus pensamientos. Un médico entró en la habitación, con una expresión seria pero tranquilizadora en el rostro.

—Buenos días, señorita. Me alegra ver que su madre está descansando cómodamente —dijo el médico, avanzando hacia la cama.

—Buenos días, doctor. ¿Cómo está mi madre? —preguntó Isabel, ansiosa por recibir noticias sobre el estado de salud de su ser querido.

El médico revisó las notas en su tableta antes de dirigir su atención a Isabel.

—La cirugía fue un éxito, como mencioné anoche. Sin embargo, hay algunas cosas que necesito discutir contigo en privado —anunció el médico con tono profesional, marcando la seriedad de la conversación que estaba por venir.

Isabel asintió, sintiendo cómo la ansiedad se apoderaba nuevamente de su pecho. Se levantó de la silla y siguió al médico fuera de la habitación, dejando atrás el suave resplandor matutino y adentrándose en el pasillo iluminado por la luz del día.

Una vez que estuvieron lo suficientemente lejos de la habitación, el médico se detuvo y se volvió hacia Isabel.

—La cirugía fue exitosa en términos médicos, pero descubrimos algo preocupante durante el procedimiento —comenzó el médico con expresión grave, reflejando la gravedad de sus palabras.

Isabel contuvo el aliento, sintiendo cómo un nudo se formaba en su garganta.

—Tu madre tiene cáncer —declaró el médico. Sus palabras resonaron en el aire con un peso abrumador.

El mundo de Isabel se detuvo en seco. El suelo parecía desaparecer bajo sus pies, dejándola suspendida en un abismo de incertidumbre y miedo. El cáncer. Una palabra que había temido escuchar durante tanto tiempo, pero que ahora se había convertido en una realidad dolorosa que amenazaba con consumirlo todo.

—¿Qué tipo de cáncer? ¿Cuál es el pronóstico? —preguntó Isabel, luchando por mantener la compostura mientras las lágrimas amenazaban con desbordarse.

El médico explicó los detalles del diagnóstico y el plan de tratamiento propuesto, pero las palabras parecían desvanecerse en el aire. Todo lo que Isabel podía escuchar era el retumbar sordo de su propio corazón, latiendo al compás de una melodía llena de miedo y desesperación.

Cuando finalmente regresó a la habitación de su madre, Isabel se encontró con su mirada preocupada. Sin embargo, en lugar de derrumbarse ante la noticia devastadora que acababa de recibir, se aferró a la determinación que ardía en su interior.

—Mamá, tenemos que hablar —dijo Isabel, tomando la mano de su madre entre las suyas con firmeza—. Hay algo que necesitas saber.

Los días se convirtieron en semanas, y las semanas en meses, mientras Isabel acompañaba a su madre en su lucha contra el cáncer. Cada sesión de quimioterapia, cada visita al médico era una batalla en la guerra contra la enfermedad. Isabel se convirtió en el pilar de apoyo de su madre, brindándole fuerza y esperanza en los momentos más oscuros. A pesar del dolor y el agotamiento, su vínculo se fortaleció, forjado en el fragor de la adversidad.

En medio de las sesiones de tratamiento, Isabel descubrió una nueva faceta de su madre. La mujer que siempre había sido su roca mostraba ahora una vulnerabilidad que la hacía más humana, más real. Juntas compartían risas y lágrimas, recuerdos y temores, tejidos en un tapiz de amor inquebrantable.

A medida que el tiempo avanzaba, las cicatrices físicas comenzaron a sanar, pero las emocionales aún estaban frescas. Isabel se encontró reflexionando sobre el significado de esas cicatrices, tanto las visibles como las invisibles. Eran testigos silenciosos de la batalla que habían librado, recordatorios de la fuerza y la resistencia que habían demostrado en medio de la adversidad.

Un día, mientras acompañaba a su madre a una cita de seguimiento, Isabel se detuvo frente a un espejo en el pasillo del hospital. Observó las líneas finas y pálidas que cruzaban su piel, marcando el lugar donde las heridas habían sanado. Cada cicatriz contaba una historia, una prueba de que había sobrevivido a las tormentas que habían amenazado con derribarla.

Pero las cicatrices de Isabel no eran solo físicas; también llevaba las cicatrices emocionales de años de luchas y pérdidas. La partida de su padre, las dificultades financieras, la batalla contra el cáncer de su madre; cada experiencia había dejado una marca en su alma, moldeando la persona que era hoy.

A pesar del dolor y la angustia, Isabel encontró belleza en sus cicatrices. Eran recordatorios de su fuerza interior, de la capacidad del ser humano para superar las pruebas más difi-

ciles. Y mientras se miraba en el espejo, vio no solo las marcas de las batallas pasadas, sino también la promesa de un futuro lleno de posibilidades.

Cuando finalmente llegaron a la sala de espera del médico, Isabel tomó la mano de su madre con suavidad. La miró a los ojos y vio en ellos el reflejo de su propia fortaleza, el resplandor de la esperanza que nunca se extinguiría.

—Estaremos bien, mamá. Juntas podemos superar cualquier cosa —susurró Isabel, con la confianza de quien ha visto la luz al final del túnel.

Su madre le devolvió una sonrisa, llena de gratitud y amor. Sabía que, con Isabel a su lado, no había nada que no pudieran enfrentar juntas. Las cicatrices que llevaban consigo no eran marcas de debilidad, eran trofeos de guerra, testimonios de la batalla que habían librado y la victoria que estaban destinadas a alcanzar.

Y mientras esperaban para recibir las noticias del médico, juntas y unidas, supieron que, pase lo que pase, siempre encontrarían consuelo y fuerza en el amor que compartían. Porque las cicatrices podían marcar el pasado, pero eran el hilo que tejía el futuro, un futuro lleno de esperanza, amor y la promesa de días mejores por venir.

© CARMELO G. GONZÁLEZ
Colaborador de la revista

IDENTIDAD

Leonor alquiló una casita pequeña a orillas del río, en tierras del norte. El caserío del pueblo bajaba desde el cerro hasta terminar en la ribera del caudaloso Ebro, allí estaría situado su nuevo hogar durante los próximos tres meses. Deseaba alejarse por algún tiempo del caos de la ciudad y estar una temporada sola, sin Miguel. Él vendría a buscarla pasado ese tiempo y ni un solo día antes, ese había sido el acuerdo.

—Ni un solo día más, ¿eh? —le había asegurado su marido.

Se querían, sí, y mucho, pero tanto que a veces tenía la sensación de que se estaba diluyendo en él e iba perdiendo su propia identidad. Llevaban juntos tanto tiempo que hasta se parecían. Gestos y costumbres se repetían en uno y en la otra, no había afición que tuviera Miguel que no compartiera Leonor; leían los mismos libros, escuchaban los mismos CD, les gustaba contemplar las mismas pinturas; la afición a caminar senderos y subir montañas les entretenía y les ocupaba los sábados, salvo que algún compromiso se lo impidiera; la charla con los amigos era compartida por ambos con el mismo placer y gastaban las noches, hasta altas horas de la madrugada y, algunas veces hasta más tarde, cuando no tenían que ir a dar clases al día siguiente.

No tenían hijos, Leonor no quiso saber quién de ellos tenía la dificultad para procrear. No, no quería saberlo. Estaban tan acostumbrados el uno a la otra que hasta los cursos, cursillos y congresos lo hacían juntos.

Leonor a veces dudaba de si era ella o era el reflejo de Miguel proyectado en ella. No estaba segura, pero no recordaba haber estado ni un solo día sin su compañía después de que se conocieran.

Leonor tuvo miedo de la dependencia que sentía de su marido, solo la loca idea de perderlo de vista le producía un miedo

aterrador. Un día, no sabe cuándo ni por qué, empezó a pensar insistentemente sobre este asunto y casi llega al extravío, la idea de perderlo la hacía enloquecer. Habían compartido muchos años y estaban acostumbrados a estar juntos.

Tres semanas antes recibieron la noticia de que el mejor amigo de Miguel estaba ingresado en el hospital universitario de Navarra, gravemente enfermo, se temía por su vida.

—Debemos de ir a verlo —dijo Leonor

—Sí, debemos de ir, probablemente sea la última oportunidad que tengamos de verlo con vida —se lamentaba Miguel.

Y así fue cómo organizaron el viaje para ir a ver al amigo enfermo.

El azar quiso que esta vez no viajaran juntos. A Leonor se le presentó un compromiso ineludible en el instituto donde daba clases, por una epidemia de gripe, faltaron tres profesoras y, si faltaba ella también, eran demasiados niños los que se quedarían solos.

No comprendía por qué, precisamente cuando estaba pasando por aquellos malos momentos, ocurría esa contrariedad.

Qué haría sin Miguel, estaría sola. No tenía familia en la ciudad y los amigos, sin su marido, eran solo medio amigos.

Pasó las noches previas al viaje de Miguel durmiendo mal y con unas pesadillas horribles, el sueño, que se repetía noche tras noches, era que ella estaba moribunda porque alguien la había cortado en dos mitades, de la cabeza hasta la entrepierna y ya no era ella, era solo dos mitades que caminaban por separado y con mucha dificultad por no tener sino una sola pierna, lo que le suponía un gran sufrimiento. Despertaba empapada en sudor, traspiraba por todos los poros, tenía mal sabor de boca y un dolor en el pecho que le impedía respirar con normalidad.

—Miguel, voy a morir sin ti, no puedo soportar la idea de que voy a quedarme aquí y que tú te marcharás —le dijo angustiada.

—Leonor, solo serán cuatro días, pero si quieres no voy.

—No, eso no, debes ir a ver a tu amigo. Quizá sea la última vez que tengan para verse y si no vas y ocurre lo inevitable me quedaré con ese remordimiento para siempre.

—Verás que los días pasarán como un soplo.

Los días antes de la partida de Miguel, Leonor se sintió perdida, triste, malhumorada, sin concentración, sin apetito...

¿Cómo era posible? Se trataba de una separación corta, de unos pocos días, ¿y ella respondía así? ¿Qué ocurriría entonces si él la abandonara por otra mujer? ¿Y si la muerte lo apartaba para siempre de su lado? Su estado se parecía muchísimo al que tenía cuando fue operada de apendicitis y despertaba de la anestesia. No estaba ni inconsciente ni consciente, lo oía todo y no podía responder a nada.

Miguel se marchó y ella quedó huérfana, partida en dos.

Durante la ausencia de Miguel tuvo tiempo para meditar, se buscó en su interior. Bien es verdad y ella estaba convencida de que cuando dos personas se aman es hermoso estar juntas y lo desean, pero, ¿hasta convertirlo en una dependencia absoluta? ¿En qué se había convertido aquella veinteañera valiente y decidida que fue?

No era bueno lo que le estaba ocurriendo, no era sano, no era normal.

Y fue entonces cuando decidió estar tres meses separada de Miguel para reaprender a vivir sola y a valerse por sí misma. Era absolutamente necesario que recobrar su identidad, independientemente del amor que sentía por su marido.

© BALBINA RIVERO
Colaboradora de la revista

LA ISA

Caminar por estos ancestrales y profundos montes nuestros me transportan forzosamente a nuestras raíces, prestar atención al sonido del viento que se cuele entre los primitivos y remotos árboles se me antoja escuchar las notas de esta isa nuestra tan sentida y con tanto significado y arraigo, llamarme guanche, hija de los volcanes y las lavas, llamarme guanche, nada más, mi patria, dar gracias a Achamán, labrar una obsidiana, para mirar mi rostro de mujer libre cuando nace Magec cada mañana.

© EMMA COELLO
Tertuliana

LA NOCHE

Las sombras planean lentamente. Primero un bordillo, más allá una esquina, después parte del profundo parque.... Con gran sigilo se va adentrando y haciéndose la dueña, y al final, la oscuridad más absoluta. Había hecho acto de presencia su majestad, la noche, la reina del misterio y de la intriga. Su tiempo de vida es corto, ella lo sabe bien, pero está contenta las cuencas de sus ojos ya han detectado borracheras, broncas, venta de sustancias, cada vez son más jóvenes, se dice, pobre, oye pasos apresurados, “esta chica va a perder el tren, con el consabido peligro de tener que hacer el trayecto caminando, ¡oh una venta de carne humana!”, son sus preferidas, la chica llora, no sé por qué, se pregunta su majestad.

Inesperadamente, la noche se rompe con las milagrosas notas de un violín, dando paso al alba, a la luz, sencillamente al milagro de la vida.

© EMMA COELLO
Tertuliana

LOS AMANTES

Sí, nos queríamos, y sí, nuestro amor era mágico, también tenía un puntito de locura, y tenía ternura, complicidad, alegría, tenía olor a mar, a monte, a tierra, a vainilla, a moras silvestres, a tardes nubladas y frías, a abrazos interminables, a habitaciones clandestinas, a esos grandes amores prohibidos que están condenados a terminar con el tiempo.

Lo sé, sé todo eso, pero, ¿y qué? ¿Es que no es verdad que esto pasa una sola vez en la vida? Unas manos que se acarician de una manera cómplice y furtiva, provocando en los cuerpos una corriente eléctrica que los transformaba por completo.

Terminó, sí, pero no cambiaría absolutamente nada de esta historia única e irrepetible.

La vida nos ha separado, y algunas veces nos encontramos por ahí, nuestros ojos hablan sin salir una sola palabra de nuestros labios, y sentimos esa emoción que nos invade y que nos recuerda que nuestra historia ha merecido la pena.

© EMMA COELLO
Tertuliana

YA YOSOY LIBRE

Ya yosoy libre, no porque sienta que puedo hacer lo que me dé la gana o lo que me plazca... sino porque tú hagas lo que te plazca y te respete...

Ya yosoy libre, no porque pueda elegir lo que quiera, sino porque tú puedes elegir lo que quieras y yo te apoye...

Ya yosoy libre, no porque pueda estar con alguien distinto a ti, sino porque tú puedas estar con quien sientas y eso sea motivo de mi alegría...

Ya yosoy libre, no porque perdí el miedo a elegir a otro ser, sino porque perdí el miedo a no sentirme válido si tú elegías a otro...

Ya yosoy libre, no porque perdí el miedo a sentirme amenazado, sino porque tus elecciones de vida para mí ya no son amenazas, sino el camino de tu encuentro...

Ya yosoy libre, porque mi amor no depende de ti, ni de lo que hagas, sino de mí, de lo que yo siento a tu experiencia de vida...

Ya yosoy libre, no porque en mi proceso de encuentro tú seas necesari@, sino porque amo tu proceso, estés conmigo o no lo estés...

Ya yosoy libre, no porque yo me ame a mí mismo, sino porque tú te amas a ti mismo y me reflejas esa libertad que yo siento...

¡Ya yosoy libre, porque perdí el miedo a que tú lo seas!...

Estemos agradecidos porque experimentemos amar por amarnos a nosotros mismos, como ahora sabemos que nos AMAMOS porque AMAMOS...

Es difícil el viaje de Ser y lograr amar incondicionalmente para dejar Ser...

Seamos libres, secundemos y alegrémonos de que vivamos nuestra VIDA, cada uno la suya, desde nuestra elección de quien SOMOS y el respeto de todos al proceso.

Solo vivimos una vez tal y como somos ahora, así que disfrutemos de la vida.

Para todos aquellos que de una manera u otra, a lo largo de su experiencia de vida, han vivido una ruptura y aun así no se han sentido libres.

¡Recordemos que la libertad está dentro de nosotros mismos!
SEAMOS LIBRES.

© JOSÉ VICENTE ACOSTA DÍAZ

Colaborador de la revista

HOJAS MECIDAS

En el silencio sutil de la aurora, donde el sol acaricia con sus rayos el despertar de un nuevo día, la comunicación asertiva se entrelaza con la danza de las hojas mecidas por la brisa. Las palabras, como pétalos de una flor, se despliegan con delicadeza y firmeza, creando un puente de entendimiento entre almas dispuestas a escuchar y comprender.

En este escenario de armonía, la escucha activa se convierte en un arte sagrado. Los oídos atentos captan cada matiz de emoción, cada susurro del viento, cada latido del corazón ajeno. Es en este acto de entrega plena donde nace la empatía, ese lazo vaporoso que une a los seres en una sinfonía de comprensión y afecto.

La conciencia del cuerpo y del espacio se revela como un baile ancestral, donde cada gesto, cada postura, comunica verdades más allá de las palabras. El lenguaje de la presencia se manifiesta en la serenidad de un rostro sereno, en la firmeza de una mano amiga, en la calidez de un abrazo sincero.

En la quietud de la meditación, el tiempo se detiene y el ser se sumerge en la esencia misma de su existencia. En la calma del aquí y ahora, se encuentra la clave para descubrir la belleza oculta en lo cotidiano, en cada instante efímero que se despliega ante nuestros sentidos.

La amabilidad se convierte en un bálsamo sanador que acaricia el alma y suaviza las asperezas del camino. En cada gesto gentil, en cada palabra bondadosa, se teje el hilo invisible que une a los corazones en una red de afecto inquebrantable.

Y así, en este rincón de trascendencia, donde la amistad florece como un jardín de rosas eternas, donde la serenidad es la brújula que guía nuestros pasos, los efectos de una comunicación consciente se hacen evidentes. En la comunión de almas afines, en el eco de risas compartidas, en la mirada

cómplice que traspasa barreras, se revela la verdadera belleza de la conexión humana, un vínculo sagrado que nos eleva hacia la luz.

© ESTEBAN RODRÍGUEZ
Colaborador de la revista

LAS TIENDAS DE ACEITE Y VINAGRE EN BARRIAL

Como bien es sabido, Barrial estaba dividida en tres núcleos poblacionales conocidos como: Alcaravaneras, García y Lomo de Barrial. En las primeras décadas del siglo XX, las viviendas estaban asentadas en las zonas de Alcaravaneras, García y La Escalerilla, en ese momento podía haber en Barrial alrededor de 300 personas. Cabe resaltar, que el barrio tuvo su expansión arquitectónica y vecinal a mediados de la década de los años 40 del pasado siglo XX, con la construcción del campo de fútbol en 1943 y las viviendas sociales en 1955, conocidas popularmente como “casas baratas”, ascendiendo a unas 700 personas una vez entregadas las llaves por la Falange. Ambas construcciones se ubicaron en la zona conocida como el Lomo de Barrial.

A nadie se le esconde que antaño no era tan fácil como hoy llegar hasta Gáldar, por ello algunas personas fueron dotando de infraestructuras más que necesarias para hacer la vida más fácil a los vecinos, una de esas dotaciones fue la casi extinta, pero latente en la memoria del pueblo: las añoradas y necesarias tiendas de “aceite y vinagre”.

Muchos pensarán por qué razón se les llamaba así a estos negocios que estaban repartidos por toda Canarias, esto era por la siguiente razón; en la parte del aceite se podían comprar los alimentos, en el lado del vinagre había una cantina “los hombres se echaban los pizcos” y parrandeaban en alguna ocasión.

Existían diferentes tipos de tiendas, dependiendo de si vendían solo productos de primera necesidad, denominados abacerías, si eran de aceite, vinagre y jabón, o si pertenecían a la categoría de ultramarinos, pues vendían todo tipo de productos y hasta se atrevían con la venta al por mayor.

En este tipo de comercio se podía comprar cualquier cosa, lo podemos equiparar a los macro supermercados de hoy día, eso sí, en un espacio más reducido, pero con gran variedad de productos. En estos establecimientos se podía comprar más allá de los alimentos básicos para cualquier familia, unas necesarias alpargatas, calamares o botas, también se vendían herramientas, tejidos, hilos, agujas, loza, productos de limpieza, un lápiz, una libreta, algún artículo para las mascotas, algún juguete para los niños y niñas, una escupidera, zeta zeta para los piojos y liendres, e incluso en una época algún medicamento como *Alka-Seltzer* u otros de uso doméstico, etc. Del lado del vinagre se podía oír: oiga cristiano, buen ron, de dónde es, pues mire, de Arucas me lo trajeron, ponga otro.

Es de justicia resaltar la gran labor social y apoyo que dieron para el sustento de muchas familias con dificultades económicas para llegar a fin de mes, porque gracias al trato personalizado de sus dueños, lograron tener la empatía suficiente para fiar a sus vecinos y que ellos pudieran comer, además de conocer los gustos y necesidades de sus clientes, dando un trato personalizado y cercano, de los que ya hoy escasean en las grandes superficies. Lugar destacado merece el contacto directo que se tenía con la gente, sin tantos medios tecnológicos.

Hoy, es casi imposible oír en nuestro día a día; mi madre que apunte, fulanito le vengo a pagar lo del mes, ¿cuánto le debo?, 1.000 pesetas, mire aquí tiene cóbrese, bórreme en el libro, sin problema, ya sabe que cualquier cosa aquí estamos. ¿Cuánto valen estas alpargatas? 500 pesetas, que va, no me las puedo permitir, lléveselas, me las paga como pueda.

Miramos atrás con nostalgia, recordamos lo que fueron las tiendas de nuestros barrios y pueblos, fueron algo más que una venta, fueron el lugar de encuentro para la vecindad, donde se podía saber la actualidad de lo que ocurría cada día, donde el tendero muchas veces hacía desde psicó-

logo ocasional, pasando por recadero o custodio de objetos varios. En ocasiones hacía las veces de mediador en conflictos entre vecinos, logrando poner fin a la disputa.

Con este artículo, se pretende recordar, dejar constancia y reconocer la gran labor social y papel fundamental que jugaron, para la sostenibilidad de Barrial, estos negocios familiares implicados en la vida y las necesidades de nuestra vecindad, dando cobertura a las necesidades básicas de nuestras gentes, donde primaba más otro tipo de valores que deberíamos tener más presentes en la actualidad, con lo que tendríamos otro modelo de sociedad.

© MOISÉS RODRÍGUEZ
Colaborador de la revista

EMIGRANTES

Hay muchas formas de ser emigrante, pero todas con un nexo común, el de ser personas que dejan su domicilio habitual para irse a vivir a otro lugar.

Aquellos que hemos tenido la suerte de vivir siempre en el lugar que más nos gusta, somos unos privilegiados que, quizá, no nos hayamos parado a pensar en la importancia que eso tiene para nosotros y nuestro entorno.

Existen muchos motivos para convertirse en emigrante. A veces simplemente la vida nos obliga a hacerlo, debiendo adaptarnos a esa circunstancia en contra de nuestra voluntad, pero otras lo elegimos conscientemente, buscando mejores oportunidades en lugares lejanos a casa.

Me pregunto cuántos de estos últimos no se habrán arrepentido de haberlo hecho. Una vez que emigras de tu lugar de origen, debes adaptar tus costumbres a la del nuevo sitio donde vives, y eso nunca resulta fácil. Si, además, no te sientes bienvenido allí, puede convertirse en un infierno que no compensa todo el dinero que puedas ganar en el sitio elegido.

Y si eres del primer grupo, los que emigran por supervivencia, el infierno puede resultar aún más dantesco. Ya no digamos de aquellos que se ven obligados a emigrar por catástrofes o guerras, sintiéndose perdidos y rechazados en todas partes.

La vida del emigrante, normalmente, suele ser dura, sobre todo en los primeros tiempos, y más cuando ni siquiera hablas el mismo idioma.

Yo me sentí emigrante en mi propia tierra hace unos años. Me fui a vivir a Gran Canaria, por motivos de trabajo, a un pueblo donde apenas conocía a nadie. Nunca imaginé que sentiría en mis propias carnes el menosprecio hacia los tinerfeños de los ciudadanos de a pie. Siempre entendí que el pleito insular lo potenciaban los políticos y periodistas,

cuál no sería mi sorpresa al sentir sobre mi persona las miradas de desprecio cuando iba simplemente a comprar el pan.

Afortunadamente por motivos del mismo trabajo si tenía buenos amigos en otros municipios y mi aislamiento se suavizó poco a poco. Aun así, no dudé ni por un momento, un año después, en decidir volver a mi casa en Tenerife.

A partir de entonces me pongo en la piel de todos aquellos que llegan a las islas buscando una nueva oportunidad de vida, y procuro ponerles fácil su integración en una sociedad que, ya de por sí, suele ser bastante acogedora con los que vienen de afuera.

Quizá para mí resulte sencillo porque cuando miro a los otros solo veo personas, más allá de su origen, raza, sexo o religión.

En este mundo, cada vez más globalizado, ser amables con los emigrantes es solo un paso más hacia la caída de barreras sociales que solo contribuyen a enrarecer la convivencia, impidiéndonos vivir en paz y ser felices.

© LUISA CHICO

Tertuliana y colaboradora de la revista

LOS VERANOS DE MI INFANCIA

Lo último que recuerdo escuchar, antes de saltar y salir corriendo como alma que lleva el diablo, era el grito desgarrador de mi madre cuando, aun en marcha, el coche de mi padre estaba a punto de parar por fuera de casa de mis abuelos paternos.

Era una sensación extraña, pero, tal vez sin preverlo, sabía que tocaba cazar ranas que, a última hora del día, dejaban teñidos mis bolsillos y pantalones de un verde “campo”. Eran momentos de no pensar, sino de hacer y de correr lo que el resto de año no corría. Éramos niños de “cuidado”, que decían...

Tocaba ir al *lamero* por las ranas. Era una extensión considerable, a las afueras del pueblo, en dónde debías meterte en agua y barro hasta las rodillas para capturar los mejores ejemplares. Eso era tarea fácil, lo difícil era después ver que hacías con esas ranas y sapos y cómo meterlos en el tanque de agua que estaba junto a nuestra casa. Eso sí, era un tanque de ranas y sapos que en las noches hacían la delicia de los que no escuchábamos la naturaleza, en efervescencia, el resto del año. Tocaban ranas y cómo no, corretear por todo el pueblo adoquinado, camino al estanque “de la verdura”. Era un estanque, que en aquellos tiempos más se parecía a una piscina olímpica que a un estanque dónde se almacenaba el agua de riego. Y tocaba quitarse la ropa y saltar, sin mirar atrás ni adelante, para darse un buen chapuzón, cogiendo carrerilla tres *aretas* más arriba. Era toda una hazaña, la de no acabar con la cabeza rota o algún hueso fuera de sitio. Pero nos valía la sangre, y en definitiva, que como niños de “cuidado” cuando nos soltaban y daban “liña al carrete” parecíamos verdaderos demonios. Siempre recuerdo una tía mía que me decía, estando yo ya más *talludito*, que me qui-

so y conoció de mayor: “Porque de pequeño, mi niño, no te dejabas ver...”

Fuerte disgusto para mi madre y mi abuela que veían que la ropa de fiesta que traía al pueblo, para celebrar eso: “las fiestas”, se convertía en un lodazal lleno de barro, restos de ranas y sobre todo que tocaba negar la evidencia: *¡Qué no, mamá, que te juro que yo jamás me he bañado en el tanque de la verdura casi desnudo, y sobre todo no cogí ranas y menos correteaba por el pueblo cómo un verdadero “diablillo”*. Y ahora, recordándolo, no puedo menos que sonreír maliciosamente, porque realmente me comportaba cómo un salvaje, que habían soltado en un pueblo en Fiestas.

Subíamos al campanario a tocar las campanas y participábamos en todo sarao o baile que significaba relacionarse con aquellos paisanos que estaban esperando las fiestas cómo agua de mayo. Y aquellas niñas y jovencitas, con las que cruzabas miradas, que hacía que el estómago, y no sé qué del pecho te diera un vuelco y un brinco considerable. No estabas acostumbrado a tanta libertad y a esa sensación que se tiene, cuando de niño y jovencito, eres ya independiente del resto del año. Y me explico: Éramos hombrecitos en busca de nuevas sensaciones que, sin saberlo, nos marcarían el resto de nuestras vidas. El primer beso, la primera mirada, el primer roce en un baile que hacía que se sonrojara hasta el último rincón de tu cuerpo. Sensaciones que me llenaban de alegría y de inocente picardía. De aquella que hacía que el vello del cuerpo se nos erizase, cuando cruzabas miradas, con aquellas niñas que aun viéndolas solo unos días al año, se forjaban cómo aquellas futuras jovencitas, que siempre querías tener cerca, aunque ello supusiera estar rojo y nervioso casi todo el día.

Todo era nuevo y cada cosa por descubrir, nos abría las puertas a un nuevo mundo. Ya dejábamos de ser tan niños para convertirnos en jóvenes adolescentes, a los que estar unos días de asueto, sin estudios ni obligaciones, nos hacían soñar

que el resto del año y la vida podía ser así de emocionante, y sobre todo, que el resto del año insípido y monótono se convertía solo en la antesala de la visita al pueblo de los abuelos cada verano.

Benditos veranos... Benditos momentos y abuelos.

Fragmentos de: "Relatos de mi niñez" Dedicados a ese eterno amor de y por mis padres.

© ALEXIS ABEL GARCÍA GARCÍA
Colaborador de la revista

BIOGRAFÍAS

DE LOS AUTORES PARTICIPANTES



ALBERTINE DE ORLEANS

De padre francés y madre canaria, reside en Las Palmas de Gran Canaria.

Albertine es P.M.D., (presentadora, maestra de ceremonias y dinamizadora). Organiza eventos y festivales para promoción del arte. Colabora con revistas, radio, TV y artistas. Asociaciones culturales y ONG. Ha fundado la asociación cultural-mecenas Sal, ADOC (ALBERTINE DE ORLEANS CREATIVA), de ayuda humanitaria vinculada a la literatura, —publicando libros gratis— y medio ambiente.

Es autora de 21 poemarios, destacamos: *3 en 1, Dracoy-mar, y Mestura. Ficción para dormir* (relatos), Colección Literaria ADOC; Doña Cernícalo, El viaje de Verdi y *Dracolandia*, (cuentos) Colección Chinija ADOC. *En 100 palabras*, publicado por ACTE en su colección Teide.



ALEXIS GARCÍA

Nacido en Caracas, Venezuela, reside en Tenerife desde hace años.

Cursó estudios de música, piano y coral en el Conservatorio Superior de música de Canarias. Con 18 años combina sus estudios Universitarios de Magisterio, comenzando a trabajar como profesor de folclore. También ha sido docente en varios colegios.

Ha ejercido como director de folclore, locutor de radio y televisión, y presentador de actos culturales, y llevado sus enseñanzas musicales por diferentes grupos y colegios de la Geografía Insular. Ha dirigido varios grupos folclóricos a lo largo de su trayectoria musical.

Actualmente, trabaja como profesor de música folclórica, en La Escuela de Folclore de Arona.



ARELY RIVERO

Arely Rivero nació después de finalizada la Segunda Guerra Mundial en Cuba.

Fue una activa revolucionaria desde sus recién cumplidos 12 años al triunfo de la Revolución Cubana del 1 de enero de 1959. De creencias religiosas desde su niñez, se fue apartando paulatinamente hasta considerarse atea durante muchos años.

Atravesó un proceso de intenso trabajo como médico por su pasión: la salud y el bienestar de los niños.

Con casi 50 años, ya en su tercer matrimonio, se lanzó a la aventura incierta del emigrante que entre adversidades y logros que comparte en su primer libro publicado.



BALBINA RIVERO

Vocal de ACTE Canarias desde febrero de 2024. Es directora de la Colección Tigaiga de poesía. Coordinadora del Club de lectura poética “Poemas al viento” desde sus inicios hasta la actualidad.

Nació en la Villa de Granadilla de Abona y reside en San Cristóbal de La Laguna, Tenerife. Cofundadora de la Tertulia Literaria Verbatim y fundadora del grupo poético-musical Pentaversus. Editora de la Colección Yorca. Colabora con la Revista digital Tamasma Cultural, donde lleva la Sección “Palabras del alma”.

Autora de decenas de libros de poesía, narrativa e infantil.

También ha participado en diversas antologías y libros solidarios.

El Museo de la Palabra la ha nombrado Embajadora de la Palabra.



CANDELARIA GONZÁLEZ

Vocal de ACTE Canarias desde febrero de 2024. Miembro del Comité gestor de ACTE Canarias desde su fundación hasta 2020.

Nacida en Santa Cruz de Tenerife, reside actualmente en Candelaria.

Miembro del Club de creación literaria “Alisios de verso y prosa”, de la Tertulia Tamasma, del primer Comité Gestor de la Asociación Cultural Canaria de Escritores/as, ACTE, y de la directiva de Amavite.

Mujer en disposición de aprendizaje y voluntariado siempre, Candelaria es viuda, jubilada y ama de casa, comenzó a escribir en el año 2010 y ha participado en las antologías: *Palabras al atardecer*, *Retos*, *La casa del Parque* y *El Canto de la alpista*.

En el año 2020 publicó su primer libro en solitario: *La ventana y su candela*. En el horno tiene su segunda publicación en solitario.



CARMELO GERMÁN GONZÁLEZ

Informático (Desarrollo de Aplicaciones Informáticas de Gestión); Docente del INEM en Formación Profesional Ocupacional; escritor, poeta y comunicador.

Es autor de varios poemarios y ha participado en diversas antologías de ámbito local, nacional e internacional, en proyectos multidisciplinares, revistas culturales y literarias, recitales poéticos, presentaciones de libros, y en programas televisivos y radiofónicos.

Miembro y cofundador de la Asociación Literaria y Cultural Letras y Sonidos, con la que ha presentado el libro *Un paseo por las emociones*, el audiovisual “Tomás Morales en Agaete” y diversos eventos culturales. Miembro de la Asociación Cultural Canaria de Escritores/as, ACTE Canarias, de la asociación ADOC, del grupo de teatro aficionado El Ómnibus, Teatro del Pueblo, y del grupo musical Tabaiba.

Realiza su primera exposición individual de pintura en 2021, bajo el título “Complicidad” y participa en la colectiva “En un marco inmarcesible” (2023) en la Casa de la Cultura de Guía.



CARLOTA SOSA

Carlota María Sosa Felipe es Licenciada en Derecho. Graduado Social.

Ha publicado dos libros de Poemas, *Círculos Concéntricos*, con Ediciones Agüere -Ediciones Idea, y *Retazos de Nada* con ACTE Canarias (Colección Tigayga) Ediciones Ibhuku.

También ha participado en varias antologías: *Mujeres 88*, *Palabras al atardecer*, *Retos*, *La casa del Parque*, *Abrazos a Benahoare*, y *Voces del Mar*.

Se confiesa amante de las letras y de la poesía que nos invita a trascender.



CARMENSA LEÓN

Licenciada en Bellas Artes. Escultura. Ha realizado varias exposiciones artísticas e instalaciones, tanto individual como colectiva.

Escultura pública en Los Realejos. Mency Bentor en el mirador del Lance. En la villa de Arafo. Musa a la música. Aramús. Actualmente, escribe poesía y relato corto.

Ha participado en talleres literarios y de poesía con profesores como: Angie Hernández, Bruno Mesa, Sergio Barreto y Marcos Dosantos.

Ha publicado en la Antología *La Soledad Acompañada* el relato "Cira".

Seleccionada en Arona de las Artes y las Letras con el relato: "El hijo invisible". 2001.



CELE DÍAZ

Nacida en abril de 1962, es maestra de profesión y amante por convicción de la palabra oral y escrita.

Es lagunera de nacimiento y chicharrera de acogimiento. Se considera una *sesentañera* marchosa, no una sesentona.

Desde siempre le ha gustado escribir. Al principio lo hacía para su gente (familia y amigos). No se atrevía a salir de su zona de confort. El ser miembro de la Asociación Cultural Canaria de Escritores/as, ACTE, le ha ayudado a abrirse a los demás. Asimismo, compartiendo con los grupos “Alisios de verso y prosa” y “Tamasma Cultural” pudo participar en las antologías *La casa del parque* y *El canto de la alpista*.

Su sueño inmediato es parir su primer “hijo” literario en este 2024 y darle en el futuro otros hermanos.



CRISTINA GARCÍA

Es licenciada en Filología Hispánica por la Universidad de La Laguna. Profesora de Educación Primaria y Secundaria de Lengua Española y Literatura. Adscrita en Secundaria a la especialidad de Filología Inglesa. Profesora en el C.E.P.A. del Puerto de La Cruz.

Posee estudios de Doctorado. Defensa de la Tesina: Estudio de la obra teatral de Fray Marcos Alayón (1675-1761) Manuscrito del Prebendado Pacheco (1790-1858) Universidad de La Laguna, y posee el Diploma en Estudios Avanzados (DEA) que acredita la suficiencia investigadora en el área de conocimientos de Literatura Española.

Es autora de Microrrelatos infantiles, en *Un Universo que se expande*. Del libro infantil *Números y letras cuentan su historieta* (Rimas), de seis libros de cuentos de carácter juvenil en prosa.

Cinco libros de cuentos rimados para lectores infantiles. Del libro *El niño que quería mover el horizonte*.

Ha publicado en las antologías poéticas *Mujeres 88* y *Tenerife Paisajes de Palabras*. En la Revista NEXO. Microrrelatos.

Ha recibido varios premios literarios.



CRISTINA RODRÍGUEZ

Nacida en Santa Cruz. Estudió Pedagogía y Psicopedagogía. Trabajó durante 30 años con diversos funcionales y esa parte de ella es la que me impulsó a escribir a los más desfavorecidos, como escritora social (en prácticas), transcribiéndolo a su canal de YouTube “KrisGil”.

Ha participado en la *Senda Poética Transoceánica* y en la antología *El Canto del Alpispa*.



ELENA PADRÓN

Elena Padrón, narradora nacida en Caracas, Venezuela, de padres canarios. Hace mucho tiempo que vive en Tenerife, isla que junto a El Hierro reconoce como su segunda patria.

De profesión educadora, escribe desde su adolescencia. El relato es su género de preferencia, aunque también escribe poesía.

Retazos es su primer libro publicado, pero ha participado en diversas antologías como: Cuentos de estas y otras orillas, Ventanas de Papel, La flor herida, Retos ¿Qué cuenta La Cuesta?, La Casa del, Avanzando Juntos, Antología para un Aquelarre, + de 100 Escritos a Padrón 2021, Canarias / Cuba “Senda Poética Transoceánica”.

En el año 2023 publica su primer poemario titulado *Tirabuzones* dentro de la Colección Timanfaya de ACTE Canarias. Participa activamente en los talleres de creación literaria impartidos por el reconocido escritor venezolano Antonio López Ortega. Pertenece a varios grupos relacionados con la literatura y el arte en general.



EMMA COELLO

Nacida y residente en Santa Cruz de Tenerife.

De profesión dependienta, ahora jubilada, ha estado muy influenciada en su vida por el amor que su padre sentía por la poesía.

Ha participado en las antologías: *Palabras al atardecer*, *Retos*, *La casa del Parque* y *El canto de la alpispa*.

Es miembro de la directiva de Amavite. De la Tertulia Tamasma Cultural. Y Vocal de la Asociación Cultural Canaria de Escritores/as, ACTE, donde además coordina el espacio “Encuentros con los autores” en el Centro Isidro Rodríguez Castro.



ESTEBAN RODRÍGUEZ

Esteban Rodríguez García reside en Las Palmas de Gran Canaria.

Coach en desarrollo personal y equipos. Experto en Mindfulness y Gestión Emocional. Comunicador, dinamizador y promotor cultural. Asesor y Coach en gestión de equipos en empresas. Mediador en conflictos familiares y sociales y equipos en empresas.

Delegado en Las Palmas para Efic, Escuela de Formación de Integral de Coaching. Formador y colaborador en jornadas y charlas de emprendeduría con la Fundación Universitaria de la Laguna y la Fundación Universitaria de Las Palmas de Gran Canaria.

Autor de varios libros: *Susurros de Conciencia. A Pie - la ciudad que construimos entre todas* y *Respira - Conversaciones Contigo*.

Colaborador en la ONG ADA Asociación para el desarrollo y autodescubrimiento del ser humano. “Experto de vida” y colaborador de varias ONG.

Colaborador en diferentes medios de comunicación: TV. Radio, prensa digital. Colaborador como *coach* en la TV. Canaria, “Buenas Tardes, Canarias” entre otros.



FÉLIX DÍAZ

Estudió Química en la Universidad de La Laguna, y más tarde Ciencia y Tecnología de los Alimentos. También es Técnico en Informática de Gestión. Actualmente está jubilado.

Desde los años 80 del siglo pasado ha participado en diversos fanzines de ciencia ficción. De esa época son sus primeras publicaciones: *Alma de Perro* en la revista Nueva Dimensión e *Historia de Draco*, cuento infantil publicado por CajaCanarias en la colección

“Historia de Draco y otros cuentos infantiles”.

En 2005 sale a la luz su primera novela, *Exilio*. Posteriormente ha publicado: *Como el Fénix*, *Naufragios*, *Draco y otras historias para niños*, *Uzoné el pequeño astronauta*, *Jimmy Cara de Caballo*, *Exoplaneta*, *Sombras del Pasado*, *Titanes*, *Aislados*, *Verodes*, *Kronos*, *Guiris*, *Nacido de Hombre*, *Soldado viejo*, entre otros.



GLORIA LÓPEZ

Nacida en Santa Cruz de Tenerife, es miembro de la Asociación Cultural Canaria de Escritores/as, ACTE, y del colectivo Literario Internacional Arando Letras de México en Tenerife.

Es a partir del año 2015, con la publicación de su primera novela titulada *La leva del poder*, cuando se implica activamente en el trabajo literario. En 2024 sale a la luz su poemario *Poemando mi ciclo vital*.

Muchos de sus microrrelatos, relatos, cuentos, poemas, nanorrelatos, siglemas, han sido seleccionados para formar parte de diversas antologías literarias, a nivel nacional e internacional, obteniendo además premios y menciones especiales.

Colabora con diversas revistas literarias como Tamasma Cultural, en la que lleva la sección “Memorias con historia”, y periódicos digitales.



INA MOLINA

Ina Molina Pérez nació en Las Palmas de Gran Canaria.

Es Diplomada en Magisterio, Licenciada en Pedagogía y Máster en Logopedia; escritora, poeta, comunicadora y dinamizadora cultural. Ha publicado en solitario el poemario *Versos heridos*; el libro de relatos *Nada es lo que parece*; *Afurgad, las voces del agua*; el poemario *Las esquinas del tiempo* y *Un paseo por las emociones* a tres manos.

Ha participado en diversas Antologías de narrativa y poesía, de ámbito local, nacional e internacional.

Correctora, prologuista y colaboradora en obras de otros autores y en varias revistas literarias.

Miembro de diversas asociaciones culturales y literarias.

Autora de la sección “La magia del teatro” en la revista *Tamasma Cultural*.



INMA FLORES

Inma Flores (Inmaculada Rodríguez Flores) nació en Barrial de Gáldar, en 1967.

Es autora de los libros: *Quimeras de Sal* y *Luz del Sur*.

Ha participado en varios libros colectivos de narrativa y poesía y en varias recopilaciones y antologías, tanto de narrativa como de poesía.

También escribe bajo los seudónimos de Irene Bulio y Roberto Kamé.

Pertenece a varias asociaciones de escritores como Palabra y Verso y la Asociación Cultural Canaria de Escritores/as, ACTE. Participa en programas de radio como “Onda Poética”, en Radio Gáldar y también publica en prensa digital.



ISA HERNÁNDEZ

Isabel María Hernández Rodríguez. Natural de la isla de La Palma y residente en Santa Cruz de Tenerife.

Enfermera jubilada. Abogada NE. Máster en Escritura y Narración Creativa.

Tres libros publicados: Narrativa, Cuento, y Relato corto. Y un primer Poemario en edición: *Los renglones del tiempo*.

2º Premio del Concurso de relatos Las Cenizas de Welles. 3º Premio y Mención del Concurso de relatos Las Cenizas de Welles.

Ha participado en diversas antologías y colaborado en varias revistas digitales de interés literario local, nacional e internacional.

Reconocimiento público en varios Grupos Internacionales de Poesía, de prestigio, con premiación de Diplomas de Honor, Destacados y de Apreciación y Excelencia.



ISABEL VIDAL

Isabel Vidal (Montevideo, Uruguay, 1946). Actualmente, reside en Santa Cruz de Tenerife, de profesión administrativa, ya jubilada.

Ha participado en los concursos de El Corte Inglés, Ansina, Herte e Inocencia Páez (La Graciosa), donde obtuvo el Primer Premio con su poema “La reina del mar”.

Autora del libro *Un punto de encuentro*, publicado en el año 2018, y de *La huella*, en 2022 (*ambos de narrativa*)

Ha colaborado en diversas antologías de poesía y relatos breves.

Miembro de ACTE Canarias desde su fundación, y de la Tertulia Tamasma Cultural.



JOSÉ LUIS REGOJO

Secretario de ACTE Canarias desde febrero de 2024. Director de la Colección Teide y Teide en corto.

José Luis Regojo (1958, Caracas, Venezuela), residente en Candelaria (Tenerife).

Traductor de la obra de Gary Snyder al castellano y catalán: *Les muntanyes son la teva ment*, *Viaje por la India*, *La práctica de lo salvaje*, *Assaigs sobre vida i natura*.

Autor de: *Max y su sombra*, álbum ilustrado, *Fronteras*, poemario, *Recetas y relatos de un año bisiesto*, *Trece meses*, antología de relatos, *Cuento contigo*, *Nala*, álbum ilustrado, *El pino*, novela-diario. Además de diversos libros de gestión de entidades sin ánimo de lucro, artículos periodísticos en 'Es Diari de Menorca', reseñas en la revista digital de poesía

Poémame y una columna mensual 'Desde mi balcón' en la revista canaria Tamasma Cultural.

Director de la revista digital de poesía Poémame.



JOSÉ VICENTE ACOSTA

José Vicente Acosta Díaz nació en Venezuela, para luego regresar al lugar de origen de sus padres, Icod de los Vinos. Actualmente, reside en Gran Canaria.

Inicia estudios en la Universidad de la Laguna. Desarrolla su trabajo en distintos ámbitos, pero todos con el denominador común de estar por y para la gente. Todo este enriquecedor equipaje de vida lo plasma en sus escritos, que tan generosamente ofrece en redes, concretamente en la página de Gotitas de Agua.

Es miembro de la Asociación Cultural Canaria de Escritores/as, ACTE, y tiene la sección “Gotitas de agua” también en la revista digital Canarias Cultural.

Actualmente, está preparando la publicación de su primer libro.



JUAN FRANCISCO SANTANA

Juan Francisco Santana Domínguez: Nace en Gran Canaria. Entre otros, es Doctor en Historia, Licenciado en Geografía e Historia, Licenciado en Antropología, Licenciado en Educación Física, Diplomado en Educación. Escritor, poeta, investigador, biógrafo, ensayista, articulista, prologuista a nivel insular, nacional e internacional.

Ha publicado ocho poemarios, nueve ensayos históricos y biográficos, dos novelas, un libro cuaderno didáctico.

Invitado, como poeta, al 500 aniversario de la fundación de Veracruz (México), representando a España. Miembro de la Asociación Mundial de Escritores Latinoamericanos (A.M.-D.E.L.). Delegado en Canarias, desde 2017, y Director en España, desde octubre de 2020, de la Academia Norteamericana de Literatura Moderna Internacional, sede en New Jersey, Estados Unidos. Embajador de la Paz, Círculo Universal de Embajadores de la Paz, con nombramiento en Francia y Suiza. Académico de las Artes y Letras de Guinea-Bisáu. Primer Premio TASATE 2021 a la Investigación Histórica. Académico de Honor de la Academia Internacional de Ciencias, Tecnología, Educación y Humanidades (A.I.C.T.E.H.). Conferenciante en el III Ciclo Internacional de Conferencias virtuales: Pensar la Literatura y la Lecto-Escritura desde el siglo XXI. Análisis y Experiencias. Parlamento Mundial de Escritores. Perú, México y Estados Unidos. Año 2021. Premio Estrella de la Cultura 2022 en la isla de Gran Canaria. Integrante de la primera antología indonesio-española, año 2022, editada por CIESART (Cámara Internacional de Escritores y Artistas. Indonesia).



KANDELA CORREA

María Candelaria Correa Medina (Kandela viva), nació en Santa Cruz de Tenerife en 1959.

Su primer poema, escrito con 14 años, fue publicado en la revista parroquial de la iglesia de San Fernando, García Escámez. También se publicaron dos poemas más en el periódico “El Día” y, actualmente, colabora con la revista del Centro Isidro Rodríguez Castro.

En 2023 participó en el Concurso de Relatos escritos por mujeres, organizado por el ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife.

Es miembro de la tertulia Tamasma y de la Asociación Cultural Canaria de Escritores, ACTE. Así mismo coordina, desde mayo de 2023, el Club de lectura del Centro de Día de Mayores Isidro Rodríguez Castro.



LALI GARCÍA

Lali García, licenciada en Psicología desde el 2004, por la Universidad de La Laguna. Amante de las letras, vincula su vida a la escritura desde muy corta edad, con su primer poema con la edad de 10 años. Pasa su adolescencia entre escritos y lecturas que le hacen pernoctar hasta altas horas, que trata de compaginar en vano con sus estudios, ya que el deleite por la escritura le hace olvidar el tiempo.

Miembro de la Tertulia Tamasma Cultural, participación en diferentes Talleres de Escritura, Narración y Poesía, publicación de microrrelatos, relatos y poemas en la revista Tamasma Cultural.

Actualmente, socia de la Asociación Cultural Canaria de Escritores/as, ACTE.



LALI MARCELINO

Nacida en Santa Cruz de Tenerife en el mes de octubre de hace siete décadas, su vida transcurre en diferentes lugares de la isla de Tenerife.

Sus aficiones: la literatura, la danza, el canto.

Ha asistido a diversos talleres literarios y fue miembro del Club de creación literaria Alisios de Verso y Prosa. Así mismo coordinó el Club de Lectura de narrativa “La Cueva”, de ACTE Canarias. Actualmente, dirige el Club de Lectura “La Cueva”, en el C. C. El Tranvía de La Cuesta, para la Asociación Cueva de Unicornios. Fundadora, con otras compañeras, de la Asociación Cultural Cueva de Unicornios, de la que es presidenta.

Socia desde sus inicios, donde formó parte del Comité Gestor, de la Asociación Cultural Canaria de Escritores/as, ACTE. Participa en la revista digital Tamasma Cultural con su sección “Reflexiones”.

Ha participado en las antologías: *Ventanas de papel*, *La flor herida*, *Palabras al atardecer*, *Retos*, *¿Qué cuenta La Cuesta?*, *La Casa del Parque*, *Avanzando juntos*, *¿Qué cuenta la Cuesta II?*, y *Nunca dejes de soñar*.



LANGE AGUIAR

Tesorero de ACTE Canarias desde febrero de 2024. Coordinador de la Tertulia Escribamos. Y conductor del programa de ACTE Canarias “Letras que hablan”.

Miguel Ángel Díaz Hernández, nació en 1952, en Icod de los Vinos, Tenerife.

Forjó su futuro simultaneando sus estudios con el trabajo, realizando su carrera universitaria como psicólogo en la Universidad de la Laguna.

Lange es el nombre con el que comienza a escribir desde muy joven y que mantiene a lo largo de su vida literaria, sin embargo, en el mundo social y profesional es más conocido como Miguel Díaz.

Muchos poemas sociales y de denuncia fueron escritos por él en los años difíciles de la dictadura, formando parte de periódicos clandestinos. También publicó en la desaparecida Tarde. Lange Aguiar, como escritor, evoluciona, dejando atrás su silencio de años y ahora nos ofrece unos poemas libres rompiendo toda norma y estructura. Sus últimos poemarios *Ser de luz, hijo de la tierra* y *Retazos del ser* son una expresión máxima de este sentir.

En 2024 le fue concedido el Premio Pablo Neruda del instituto panamericano de las letras, el premio Mundial Smart Lion Gold a la excelencia literaria de Ecuador.



LUIS ALBERTO SERRANO

Es titulado en Realización de Audiovisuales y Espectáculos.

De su faceta artística ha cosechado premios y éxitos tanto con sus cortometrajes, como en los musicales y obras escénicas que ha dirigido, y que han llenado teatros en tres continentes.

Ahora, afronta el nuevo reto de la escritura con su primera novela *Las tres reinas*, y dando conferencias del su proyecto de Relatos Cortos FOTO+RELATO (www.fotomasrelato.com) en el que, fotógrafos de todos los confines del mundo, han enviado sus fotos para que las convierta en historias y/o reflexiones.

Fiel al estilo que ha seguido en todas las disciplinas en las que ha dejado su sello: contar la realidad más cercana y, sin moralizar, dejar que el público la asuma y saque sus conclusiones.

Reinventándose durante esta pandemia, se estrena como articulista con su blog “Desde mi propia luna” (luisalberto-serrano.wordpress.com).



LUISA CHICO

Nacida en Santa Cruz de Tenerife, actualmente vive en Candelaria.

Es folclorista, escritora, gestora cultural, antóloga y prologuista. Fundadora de la Asociación Cultural Canaria de Escritores/as, ACTE, de la cual vuelve a ser su presidenta desde febrero de 2024, y Directora de la revista Tamasma Cultural.

Es autora de la biografía de don Sebastián Melo Castellanos. *Historia de una vida*. De las novelas: *Sueños de pescador* y *Brandán*. De los libros de folclore canario: *Agacheros, 60 años de folclore* y *Nuestros bailes, paso a paso* (junto a Diego Felipe). De los poemarios: *Burbuja vital, Delirios de madrugada* (junto a Eduardo García) y *EXs, 50 escalones hacia el olvido*. Del libro de relatos cortos *Crisol de letras*. Y de un cuento infantil *El cumpleaños de la princesa*.

También ha participado en diversas antologías, escrito prólogos y publicado artículos en prensa y revistas dentro y fuera de las islas.

En 2020 el Ayuntamiento de Güímar le concedió el Marcador de Plata.



MARÍA DE LA LUZ

Marilú Rondón Castro, escritora por vocación. Venezolana de nacimiento con orígenes canarios, residente en Tenerife desde el 2007. Diplomada en Ciencias Empresariales, grado académico, Licenciada.

Nombre artístico, María de la Luz, con el cual ha publicado sus escritos desde que comenzó su andadura por el camino de las letras, año 2014, en revistas, periódicos y páginas literarias digitales de España y Latinoamérica.

Sus escritos han recibido menciones y premios en varias ocasiones.

Ha publicado en las antologías: *San Borondón un viaje literario*, *Arona de las Artes y las Letras 2020*, *Los besos están prohibidos* y *Voces de Mar*.



MARÍA GARCÍA

María García Bello, nace en Venezuela. Actualmente vive en Arico.

Siente la pasión por la palabra escrita desde los 15 años.

Apasionada de la historia. Ha participado en diversos talleres de escritura.

Recibió el Primer premio del Concurso de Relatos Senior en el Día Internacional de las Familias 2021, por el Ilustre Ayuntamiento de San Cristóbal de La Laguna.

Es Socia fundadora y miembro actual de SEGEHECA – Sociedad de Estudios Genealógicos Y Heráldicos de Canarias. Experta universitaria en Heráldica, Genealogía y Nobiliaria por la Uned.

Ha publicado un poemario: *Versos Confinados 2020: De corazón a corazón*.

Coautora del libro de investigación genealógica: *Tomás Cruz García. Genealogía del municipio de Candelaria-Tenerife*.

Es también autora de la Ponencia en las Jornadas de la mujer en la genealogía 2020: “Linaje de Juana Díaz, mujer del siglo XVI”. Y de la ponencia del IX Encuentro de Genealogía de Gran Canaria 2022: “Lucía Hernández, aborigen de Gran Canaria, repobladora de Tenerife y su descendencia. Siglos XVI-XXI”.

Pertenece al colectivo de Escritores 2020 y al Club de creación literaria de Tamasma Cultural. Es autora de la sección “La Voz de Arico” en la revista Tamasma Cultural.



MATALE AROZENA

Nacida en Santa Cruz de Tenerife y de profesión enfermera, ya jubilada, Matale se inicia en la escritura hace seis años componiendo letras de canciones, principalmente de corte tradicional, con las que ha ganado varios concursos de Habaneras en Santa Cruz de Tenerife.

Miembro, como cantante, de la agrupación folclórica “Nijota” y de la agrupación lírico musical “Valkirias”; así como del Club de creación literaria Alisios de verso y prosa y de la Asociación Cultural Canaria de Escritores/as, ACTE.



MOISÉS RODRÍGUEZ

Moisés Aday Rodríguez Gutiérrez nace en Gáldar, Gran Canaria, en 1982. Su familia no tiene ningún antecedente de haber estado ligada al folclore y las tradiciones de nuestras Islas Canarias, sin embargo, desde que tenía unos ocho años, ya mostraba interés por él.

En el año 2000 funda la Parranda de Gáldar “Lo Nuestro” a la que pertenece unos 12 años; en el año 2004 tiene un paso fugaz por la

A.F. Lairaga del norte de Santa María de Guía y por la A.M. Facaracas de Gáldar. En el año 2018, regresa a la dirección musical del G.F. Los Cebolleros de Gáldar, además de compaginarla con la presidencia del grupo.

A finales del año 2011, crea el programa radiofónico “Entre Chácaras y Tambores”, del cual es director y locutor principal.

En el año 2017, es distinguido como Parrandero de Honor, por la Parranda Chedey de Tacoronte.

Durante la pandemia, idea el apartado “Ventana folclórica” para Infonortedigital.com, donde da a conocer diferentes colectivos y personalidades del folclore de nuestras islas.



RAQUEL REYES

Residente en Candelaria, Tenerife. Es Licenciada en Filología Inglesa y en Filología Hispánica y técnico superior en Administración. De profesión docente, ha diseñado y redactado trabajos educativos para la enseñanza de literatura y de lenguas extranjeras.

Su primer libro *Parque Drac*. Animalario fantástico de poesía y travesuras (Mr. Momo 2020) está dedicado al público infantil. En *Mensajes de Gaia* (VeredaLibros, 2021) comparte poemas breves y reflexiones inspiradas en la naturaleza. Sus más recientes trabajos son *Los espejos de Venus*, un libro de microrrelatos, y una antología de poesía para niños.

Ha participado en publicaciones conjuntas como *Cuaderno de profesores poetas*, *Voces de mar*, *El canto de la alpispá*, y ha ganado varios premios literarios.



REYES HERNÁNDEZ

Venezolano de nacimiento, actualmente vive en Tenerife. Reyes es artista plástico y escritor. Es licenciado en contaduría pública, con maestría en Derecho tributario, ya jubilado en esa área.

Docente en Pintura artística, ha recibido premios en su carrera artística.

Es autor del libro *El pintor del gremio*.

Ha participado en diversas antologías y en diferentes retos literarios, así como colaborador eventual de la revista digital Tamasma Cultural y de la revista escrita “La Hortelana”.

Miembro de la Asociación Cultural Canaria de Escritores/as, ACTE, y miembro fundador, socio activo y actual Presidente de la Asociación de Pintores Unidos en el Arte AUNARTE.



ROSA GALDONA

Vicepresidenta de ACTE Canarias desde febrero de 2024. Es la directora de las colecciones Taborno y Ayosa. Coordinadora del Taller literario de poesía “Hiperbólica Letra”, en Candelaria. Coeditora de la revista Tamasma Cultural, donde lleva también la sección “Viajando por los versos”.

Rosa Isabel Galdona Pérez es natural de Güímar. Doctora en Filología, investigadora, docente y escritora. Ha impartido cursos en las universidades de Santander, La Laguna, Las Palmas de Gran Canaria y Alcalá de Henares. Su tarea investigadora ha abarcado la Semántica, la Teoría literaria y la Crítica feminista aplicada a la novela. Dejó huella de ello en publicaciones como *Alaluz* (Universidad de Riverside) o el *Anuario* de la Universidad de Extremadura, entre otras.

Su tesis doctoral, *Discurso femenino en la literatura española de posguerra: Carmen Laforet, Ana María Matute y Elena Quiroga*, fue premiada por el Instituto Canario de la Mujer al mejor trabajo de investigación y publicada por la Universidad de La Laguna. La Real Academia de la Historia contó con ella para realizar la biografía de la escritora Elena Quiroga, incluida en el *Diccionario Biográfico Español*.

Es autora de los poemarios: *Algunos amaneceres deshabitados*, *Enllantecida Wendy*, *Reflexionario de mareas*, *Egográficas*, *Ablativa*, *La última esquina del viento*, *La grandeza de las simples cosas* y del libro de relatos: *Estampas de tinta*.



ROSARIO LÓPEZ

Rosario López González nació en La Laguna en 1948 y reside en Santa Cruz de Tenerife.

Ama de casa, autodidacta, comenzó a escribir como terapia en 1985, principalmente poesía de temática canaria, aunque también ha realizado alguna incursión en la prosa.

Ha participado en las Antologías de Alisios de Verso y Prosa, titulados *Retos* y *La Casa del Parque*.

Tiene editado su libro *Sentimiento, corazón y momento*. Es una gran amante del folclore local.

Concibe la palabra y la música como expresión de los sentimientos del alma, lo que desea compartir con la misma ilusión con que fueron escritos.



SARA DÍAZ

Residente en Candelaria, Sara Díaz Tavío. Apasionada de la literatura. La lectura es para ella una forma de felicidad.

Tercer premio de creación literaria del Concurso Premios al Arte del Ayuntamiento de Candelaria 2021.

Forma parte del grupo de amigos Escritores veinteveinte y del Club de creación literaria Tamasma Cultural.



TANIA RAMOS

Tania Ramos Morales (1951) es Licenciada en Química por la Universidad de La Habana, Cuba. Auxiliar Técnico de Biblioteca y Archivos por el INEM, Canarias, 2010.

Aficionada a la escritura, ha cursado Talleres Literarios y ha participado en Tertulias Literarias. Exmiembro del Taller Literario “Silvestre de Balboa” de la ACC “Leonor Pérez Cabrera”. De la cual fue Investigadora-colaboradora en 2007.

Investigadora y colaboradora de la Asociación Cultural canario-cubana “Leonor Pérez”, Tenerife, Islas Canarias, desde 2011 hasta 2013. Bloguera desde 2011: verodes2007.blogspot.com.es.

Es autora de múltiples libros de poesía y literatura infantil. Ha colaborado en periódicos, radio y revistas en Canarias en narraciones y poesía, en la de Tamasma Cultural lleva la sección “Arcoíris de cuentos”.

Ha recibido diversos premios a nivel nacional e internacional. Es miembro de la Asociación Cultural Canaria de Escritores/as, ACTE.



TERESA TERÁN

Teresa nació en Barina, Venezuela, aunque lleva casi 40 años viviendo en Tenerife.

Mujer trabajadora e inquieta y amante de la lectura, comenzó a escribir cuando se jubiló en un taller literario impartido por la poeta Elsa

Hernández en el Centro Isidro Rodríguez Castro. Más tarde se aventuró a escribir al entrar a formar parte del Club de creación literaria Alisios de verso y prosa. Continúa su proceso de formación asistiendo a talleres literarios y es miembro de la Asociación Cultural Canaria de Escritores/as, ACTE, y del Club de creación literaria Tamasma Cultural.

Ha participado con sus trabajos en varias antologías: *Palabras al atardecer*, *Retos* y *La Casa del Parque*.



TOÑI ALONSO

Antonia María Alonso Rodríguez (Toñi Alonso) nace en el barrio de Santa Ana, en Candelaria. Desarrolla su actividad cultural y divulgativa desde diferentes ámbitos.

Es miembro de la Sociedad Genealógica y Heráldica de Canarias (SEGEHECA), de la Asociación Canaria de Historia de la profesión enfermera (ACHPE) y del colectivo Escritores 2020.

Pertenece al Seminario canario permanente de historia de la enfermería, a la línea de investigación: Comadronas y Parteras en el sur de Tenerife (siglo XIX-XX)

Colabora en el programa de radio “La Caracola” de CandelariaRadio.

Distinción Afable del Turismo 2018, en el apartado Cultural y Social a nivel personal por el Centro de Iniciativas Turísticas de Candelaria.

Participa en diferentes concursos literarios, entre ellos el organizado por el Ayuntamiento de Candelaria, apareciendo en la obra conjunta del año 2019.

Prologuista y Coautora del libro de investigación genealógica *Tomás Cruz García, Genealogías del municipio de Candelaria*.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	7
I PARTE.....	9
ARMINDA - Relato encadenado de los tertulianos.....	11
DOLORES - Relato encadenado de los colaboradores de la revista.....	39
II PARTE.....	73
ALGUNAS VECES SIEMPRE - Matalé Arozena.....	75
ALEGATO DEL ALMA - Balbina Rivero.....	76
LA HISTORIA DE LA PRINCESA - Isabel Vidal.....	79
LA MUSA - Teresa Terán.....	81
LLANTO - Candelaria González.....	82
SOLO EL IMAGINARME - Juan Fco. Santana.....	83
RATÓN ENTRE PAPELES - Carmensa León.....	84
UN BLUES CON B DE COBARDE - Rosa Galdona.....	85
CUANDO TU MIRADA LLEGA - Tania Ramos.....	86
EN MIS NOCHES SIENTO - Inma Flores.....	87
EL AYER - Isa Hernández.....	88
LA CALCULADORA - Isa Hernández.....	90
DANZAR CON LA VIDA - Carlota Sosa.....	91
LA BESTIA DE BELLA - Carlota Sosa.....	93
LOS TACONES DE SAN AGUSTÍN - Rosa Galdona.....	95
AMOR SIN HERIDAS - Ina Molina.....	97
STROM - Lali García.....	99
CORAJE - María García.....	101
ROMPIENDO LA MEMORIA - María García.....	103
EL OCÉANO Y ELLA - José Luis Regojo.....	105
LA NOCHE - Candelaria González.....	107
¿QUÉ ES LA FELICIDAD? - Candelaria González.....	108

VIOLETA VALIENTE - Kandela Correa.....	109
¡¡MUJER!! - Cristina Rodríguez.....	111
NO ERA NEGRA - Cristina Rodríguez.....	112
ROSER Y EL ICEBERG DE LA VIDA - Lange Aguiar.....	113
UN ÁRBOL - Matale Arozena.....	116
LA MANZANA Y EL HACHA - Luis Alberto Serrano.....	117
MI OTRA YO - Lali Marcelino.....	118
LA PÓLVORA Y LOS SANTOS INOCENTES - Sara Díaz.....	120
CICATRICES - Carmelo González.....	121
IDENTIDAD - Balbina Rivero.....	126
LA ISA - Emma Coello.....	129
LA NOCHE - Emma Coello.....	130
LOS AMANTES - Emma Coello.....	131
YA YOSOY LIBRE - José V. Acosta.....	132
HOJAS MECIDAS - Esteban Rodríguez.....	134
LAS TIENDAS DE ACEITE Y VINAGRE EN BARRIAL - Moisés Rodríguez.....	136
EMIGRANTES - Luisa Chico.....	139
LOS VERANOS DE MI INFANCIA - Alexis García.....	141
 BIOGRAFÍAS DE LOS AUTORES.....	 145

Este libro que tienes en las manos ha sido maquetado y
diseñado con SOFTWARE LIBRE.

Ha sido impreso por Sacauntos, una COOPERATIVA de
trabajo asociado comprometida con la ECONOMÍA SOCIAL y
los MOVIMIENTOS DE BASE.

El papel sobre el que está impreso procede de
ECOSISTEMAS NO PRIMARIOS y la energía que se utilizó
para imprimirlo y encuadernarlo procede de fuentes 100%
RENOVABLES.

